

LOS RECOVECOS DE MANUEL MIGUEL

Desbocada reinención de la vida de Manuel Espínola Gómez

**BIBLIOTECA HUGO GIOVANETTI VIOLA / EL PASADO
DEL CIELO 8**



Primera edición: Caracol al Galope, 1999.

Primera edición WEB: elMontevideano Laboratorio de Artes, 2016.

Tercera edición: elMontevideano Laboratorio de Artes, 2021.

Portada: fragmento de un autorretrato grafitado por Manuel Espínola Gómez.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

SAÚL IBARGOYEN

UNA INSOSLAYABLE REINVENCIÓN DE LA HISTORIA

“Los recovecos de Manuel Miguel” es el título de esta primera biografía absolutamente no convencional que se escribe sobre uno de los mayores plásticos uruguayos, ya que, según advierte el autor en el subtítulo, se trata de una “Desbocada reinvención de la vida de Manuel Espínola Gómez”.

En estos complejos “recovecos”, el lector asiste -con cierto asombro- -para recordar de paso un relato de Fernando Ainsa- a un entretejido de varias biografías, a más de los incesantes elementos autobiográficos, que se afirma y crece por medio de una escritura asentada, metafórico-realista y, sobre todo, infatigable e inconfundible.

Si bien la realización de esta especie de novela-ensayo-testimonio, sobre la que algunos de los propios personajes reflexionan -al modo quijotesco-, parece haber sido escrita en poco tiempo, de un tirón y para ser leída así, la estructura fragmentarista indica una cuidadosa elaboración. Podría decirse que el libro en sí es una propuesta teórica que se pone a prueba a sí misma, tanto como permite el desarrollo de una teorización sobre la pintura polifocalista de Espínola y, asimismo, el replanteo de las obsesiones existenciales del autor. Estas, personalizadas con nombre y apellido, apuntan a renovados enfrentamientos con el Mal, la Pureza, la presencia o ausencia de Dios, la significación del arte y del amor, la ubicación societaria del artista...

Por eso, no sorprende la aparición de personajes como Tolstoi, Dostoievski, Bajtin, Eduardo Fabini, Lezama Lima, etc., que por un lado conforman el proceso de la narración y, por otro, encauzan el ámbito ideológico-espiritual donde Espínola ha sido ubicado. Pero lo que más sorprende en este libro insólito, es que la reinventada biografía del gran artista, se parezca tanto a la vida de un alguien que vive los momentos ocurridos en 1921 y el 2000, “como si todo lo vivido” se le juntara en cada instante a golpes de luminosa y simultaneísta vitalidad. ¿No será Espínola una permanente reinvención de sí mismo?

También no deja de inquietar al lector la notable abundancia de anécdotas -reales o ficticias, ficción al fin-, de situaciones, de lugares, de viajes, de bebidas y comidas, de referencias a la realidad sociopolítica uruguaya, etc., lo que impone la necesidad de una atención que va más allá de la mera lectura.

Quizá los resultados de este libro se añadan a esa especie de historia que muchos uruguayos, sobre todo los que han participado dentro y fuera del país en los “recovecos” de la acción cultural y social, todavía no se deciden a contar o “reinventar” plenamente. Estamos frente a un libro que debe leerse con ganas, con fruición, con libertad. Lo recomendamos como lectura insoslayable.

Ciudad de México, 2001

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

EL ÚLTIMO RECOVECO DE MANUEL ESPÍNOLA GÓMEZ (1921 – 2003)

H.G.V.

(Texto escrito en 2003 para la revista mexicana *El Entrevero*, y posteriormente reeditado como anexo en *El Taller de la vida / Confesiones* -Ediciones Caracol al Galope / elMontevideano Laboratorio de Artes / 2009. Esta tercera versión de 2021, lamentablemente, exigió algunos imprescindibles retoques de aggiornamiento a la redoblada y endémica infamia cultural que siguen perpetrando nuestros Ministerios de Cultura.)

Fue un sábado con sol, después de agonizar durante varias semanas en un Centro de Terapia Intensiva, donde lo intravenó la mejor de las certezas.

Esa tarde pensé que iba a meterme en un velorio lleno de barrigazos oficiales y no encontré ni flores. La segunda sorpresa fue el cajón destapado y aquella serenísima coronación lunar que nos ofrecía el rostro del maestro. Lo respaldaban y flanqueaban un

caballete con un autorretrato grafitado en la década del 80 y el titular que presidió su histórica retrospectiva del 2000: ENTRE LA ENTRAÑA Y EL LÍMITE.

La familia que le quedaba a Manolo éramos una patrulla de amigos íntimos y los demás iban llegando de a poco. También se filtraba Bach (*La pasión según San Mateo*, a pedido expreso) desde el cubículo donde ardía el gran rigor, emulsionando el entrecruzamiento de las versiones explicatorias.

Yo había tenido la invalorable oportunidad de encontrarlo, dos martes atrás, desentubado y bien despierto. A los saludos que le amontoné respondió murmurando: *Ustedes saben cómo los quiero*. Y enseguida llegó el infaltable: *¿Tus cosas andan bien?* Y me animé a desembuchar: *Bien. ¿Y vos cómo andás?* Entonces cabeceó y aplomó una mirada terminante: *Estamos viejos*.

No quería seguir. El Hombre Nuevo lleno de PAX-LUX que últimamente no tenía ganas de hacer **nada** pero que **siempre tuvo ganas de vivir** se desembarazaba de este mundo con una inquebrantable fe en la especie y en el cosmos y una no menos profundísima desilusión del comparserío dirigencial (de todas las banderías) que hizo tocar fondo a la cultura uruguaya en los últimos sesenta años. *Alcanza con verlos jugar al fútbol para entender lo que es esta decadencia total*, decía cuando andaba bravo.

Despedíamos al mayor juglar matrero que tuvo nuestro pueblo: un obelisco autodidacta (ni siquiera fue al liceo) de cuño ruralísimo y paridor de un friso plástico-verbal de indecifrables espiralamientos barrocos, escatológicos, brutales, supramundanos.

Manolo nunca se casó ni tuvo hijos. Pasaba muchas horas en boliches que elegía como apostaderos temporarios para conversar con quien se le sentara enfrente y **contemplar la vida**. No vendía sus cuadros y vivía de una jubilación y una pensión que cada vez le daban para menos. Ya hacía años que no soñaba con ver terminado el museo que ni siquiera ahora (parece que ni el *rigor mortis* ni la nobleza obligan) está destinado a sus obras. Porque durante la presidencia del laureado José Mujica, el mandamás ministerial Hugo Achugar logró clausurar el local (o mucho mejor dicho: lo **robó oficialmente**) y ensotantar las obras que Manolo donó al Estado en el Museo de Artes Visuales, sin ofrecernos la menor explicación a los albaceas.

La noche del velorio noche pasé por el boliche más clásico y en la mesa donde se recortaba su legendaria melena blanca había flores y una vela. Allí lo escuché dar con su voz de montaña una lección tan sencilla y memorable como un *koan*. Un pintor bastante joven comentó la exposición de un colega cabeceando: *Está bien*. Y a Manolo se le encabritaron las cejas y los lunares de su inajable rostro de galán y corrigió: *El problema es que las cosas no hay que hacerlas bien. Hay que hacerlas muy bien*.

Lo enterramos el domingo muy temprano y aquella noche me sorprendí redondeándoles este balance a unos amigos que visité: *El velorio fue una fiesta. Humilde. Despojada. Sin pelucones-cuervos ni flores podridas. Una fiesta. Delicada*.

Fue recién dos domingos después, cuando Jorge Abbondanza organizó una preciosa página en *El País* a propósito de Espínola Gómez, que **me** entendí del todo. Porque había un testimonio de Magalí Sánchez, extraordinaria tapicista y compañera esquelética del maestro, que testimoniaba:

Manolo tendría unos catorce años cuando asistió a un velatorio en su Solís de Mataojo que lo marcaría para siempre. Según contaba, la viuda cubrió, desprolijamente y con gran ternura, el rostro de su marido, con un tul, algo que parecía no tener ninguna importancia. “Sin embargo, eso fue importantísimo. Con eso, la señora protegió la intimidad del muerto sin exponer su cara tan crudamente. Al mismo tiempo, no fue descortés con los deudos que venían y por eso no se tapó el cajón” decía Manolo. Y además siempre me dijo: “Yo quiero ver a la muerte llegando, mirarla a la cara, y uno tiene que estar en el cajón preparado como para echarse a andar”. La semana pasada, cuando el final era irreversible, vi que sus botas estaban muy feas y entonces le compré unos zapatos que estrenó en su velorio. Por eso lo velamos vestido con un pantalón de pana, un cinturón flamante, un buzo negro y una camisa gris que mi hija mayor le trajo de Europa. Nada de mortajas con puntillas. Como no era creyente, no hubo cruz sobre la cabecera, sino un autorretrato. Sobre el pecho, idea de Arotxa, pusimos el pincel con el que pinto el Polifocalismo y dos biromes, una roja y otra azul. Nadie va a sospechar jamás lo que me costó salir a comprar el pedazo de tul.

Entonces comprendí que Manolito nos había revelado su último recoveco en el ágape clave. Y que yo, por lo menos, no descifré qué era lo que otorgaba a aquel rostro su ingravidez lunar. Un delgadísimo pedacito de tela que era capaz de perforar y transparentar la irre realidad caricaturesca de la parca.

Porque sólo la muerte / construye la espesura del amor, grabó sobre la piedra Juan Carlos Macedo, que también se despidió un sábado con sol. Y esa es la verdad purísima, vallejiana, ecuménica, más allá de cualquier desencuentro filosófico que pueda distanciarnos.

Y a la cultura liberadora hay que rehacerla **muy bien**. O reinan los misiles.

SEÑAL DE AJUSTE

La presente **historia biográfico / novelesca** (o **ficción alusiva a Manuel Espínola Gómez**) o mejor (y para hablarlo en Bajtin) **cronotopo** -vale decir: **enclave temporal / espacial específicamente estético / narrativo** más acá y más allá de lecturas complementarias (aunque **no concentradas en el imprescindible y conceptualmente irreductible campo hipnótico de los símbolos**) que pudieran surgir desde otros ángulos discursivos **vertiginosos** (poseedores de un grado de verdad absoluta **discernible** pero jamás **completo / sosegado** en el sentido de la **síntesis plena**) como lo son el científico / fisicalista, el científico humano o el ideológico / ético- fue soñada y escrita mientras esperábamos que se reiniciaran las obras de terminación del **Museo Espínola Gómez**, que albergará el espectáculo detenido de la extraordinaria obra plástica que Espínola donara casi en su totalidad al Estado, hace aproximadamente una década. Como el proceso de construcción del museo continúa interrumpido, advertimos al lector-espectador que sólo podrá complementar este cronotopo ucrónico recurriendo a las reproducciones gráficas y a la cronología puntual aparecidas en el libro de Jorge Abbondanza que editara Galería Latina en 1991. O a las nuevas exposiciones que se realicen en torno a la obra de M.E.G. De lo contrario, se deberá enfrentar a la abismal contemplación de un pájaro parado sobre un caballo invisible.

Y confiar en que la luz espejada lo acompañe.

.

para Manuel Espínola Rivero y Hugo W. Giovanetti Sanna

padres con mansedumbre y entereza de piedra palomar

para Guillermo Fernández y Leonel Roche

maestros y amigos grávidos de la Más Dimensión

Cuidado, nosotros vivimos en la infancia, por eso nos van a matar.

Jorge Teillier

(advertencia hecha a Jorge Boccanera)

*No existe ni la primera ni la última palabra, y no existen fronteras para un contexto dialógico (asciende a un pasado infinito y tiende a un futuro igualmente infinito. Incluso los sentidos **pasados**, es decir generados en el diálogo de los siglos anteriores, nunca pueden ser estables (concluidos de una vez para siempre, terminados); siempre van a cambiar renovándose en el proceso del desarrollo posterior del diálogo. En cualquier momento del desarrollo del diálogo existen las masas enormes e ilimitadas de sentidos olvidados, pero en los momentos determinados del desarrollo ulterior del diálogo, en el proceso, se recordarán y revivirán en un contexto renovado y en un aspecto nuevo. No existe nada muerto de una manera absoluta: cada sentido tendrá su fiesta de resurrección. Problema del **gran tiempo**.*

Mijail Bajtin

Es preciso no tener miedo de ir demasiado lejos, porque la verdad se encuentra siempre más allá.

Marcel Proust

Con el maestro no existe la distancia.

Lama Steten

PRIMERA PUERTA: CIRCO AL MEDIODÍA

ABRO LA puerta del cuadro y aparezco caminando por la vereda izquierda del puente que cruza el arroyo Solís. El cauce está muy bajo, y apenas refracta la violencia del sol horizontal. Un camionazo que viene desde el norte me hace una guiñada pero no disminuye la velocidad: tengo que ladearme como un torero, y recién me suelto del barandal de hierro del puente cuando el pajarerío vuelve a coronar la tarde. Entonces quedo enfrentado al amurallamiento del horizonte del sudeste, con la sierra de Las Ánimas fosforecentemente incrustada entre el campo y el espacio.

Ahora bordeó la carretera en dirección a Solís de Mataojo, que todavía no está a la vista. Un perro esquelético me gruñe echado frente a un rancho. Los macizos de maldeamores se azulan bajo los eucaliptos, y después de repechar medio quilómetro veo emerger la torre de la iglesia. Del otro lado de la carretera puede rastrearse el descenso del arroyo Mataojo por la cantidad de arbustos resplandecientes como aromos en flor. Hasta que la pulverización dorada de la tarde empieza a refrescarme. Y un gallo se enloquece sobre una jardinera en ruinas y un caballo parece sondearme el corazón perfilado en un corral que perforan los chanchos.

A la orilla del pueblo encuentro la cancha del 13 Fóbal Club, donde hasta hace pocos días estuvo instalado el circo que pintó Manolo: todavía hay huellas claras en el pasto muy seco.

La carpa del Pensado era inusualmente anaranjada y flamante y su lomo bruñido por el sol cenital te despabiló de golpe mientras vagabas calculando que pronto vendría Fabini y sólo tendrías para mostrarle el perfil que le grafitaste el negro Mamerto y avanzaste hacia el toldo-porche y cuando viste salir al enano conteniendo una risa sudorosa como si acabase de soñar con una madonna en cueros haciendo equilibrista sobre un tordillo te animaste a meter la nariz en el circo desierto y entonces te estaqueaste frente a aquella explosión desmesurada del mediodía y cuando descubriste que las rendijas celestes de la carpa se espejaban sobre el aserrín del picadero como si el Pensado fuera una naranja-asteroide saliste corriendo por la carretera a buscar tus herramientas.

En la próxima esquina localizo el almacén La Cruz del Sur y me doy cuenta que preciso una copa. Los solisenses sentados frente a la frescura casi nocturna me escrutan desde las veredas o los jardincitos, entre el último fulgor de los cardos los ceibos y las constelaciones de jazmines del país: llevo chancletas, un short de baño azul-rojo-amarillo y una camisa a rayas comprada en el Chuy. Vengo de 1994 y ellos están en el 38, saboreando una atmósfera todavía pura pero esperando que reviente la Segunda Guerra Mundial. Acodado en el almacén de José García hay un muchacho pelirrojo que me manda servir una caña de La Habana. Es una belleza de bebida. Entonces el pelirrojo endereza desafiantemente su borrachera y murmura:

-¿Sabés **qué** fue lo que le besó Manuelito a mi prima aquel carnaval en el club, cuando éramos gurises? La **luz** cerquita de la pepa. Él mismo me lo dijo.

No contesto, pero sonrío.

Pero recién el mediodía siguiente te decidiste a arrancar hacia el circo con la paleta el caballete y la caja de colores y le avisaste a tu padre que no te esperara para comer y el General te observó salir a las zancadas como quien ve alzarse una cometa de la cual podrá sentirse responsable pero jamás motor y al llegar a la esquina pensaste que esta vez no podía repetirse la mancada del autorretrato con boina roja y al irrumpir en la espesura del circo vacío comprobaste que el sol filtrado entre las rajadas de los gajos más altos de la carpa no se reflejaba lógicamente en el suelo sino que abría un increíble tajo de puro cielo y trataste de sujetar el caballete a los tablones del gallinero sin suerte hasta que apareció el enano y se ofreció a sostenerlo y pudiste empezar a espatular la pasta.

-¿Y vos qué hacés aquí? -me acorrala el borracho-Gárgola, haciéndome erizar. -No me digas que andás buscando la eternidad del alma.

Sigo sin contestarle.

-Pobrecito. Otro bolche que acabó por metamorfosearse en cuervo pedorrero.

Me apuro a terminar la caña y apenas hago una señal de despedida, pero el pecoso insiste con femineidad cruel:

-¿Sabías que Manuelito se pasa vigilando las estrellas panza arriba en el puente y hasta que no ve pasar el gallo de Felisberto no puede pintar **nada**?

Y mientras vuelvo a caminar por el asfalto de Solís (la calle principal-carretera) siento la gravísima necesidad de bucear en un Caribe de caña.

DESPUÉS RECORRO la media cuadra de balasto color arena que me separa de la casa de los Espínola: los servidores saravistas que matean y fuman con el General en la penumbra de la galería parecen acampados al costado del tiempo. Y entonces sé que no voy a precisar golpear las manos ni defenderme de los perros. Entro murmurando Buenas tardes, nomás.

-Yo diría que no te cagues en Dios, Dirón -tuerce un poco los ojos incurablemente melancólicos el General, aunque sin desplazar el peñón aguileño del centro de la charla.
-Puedes cagarte en Francia, en Chile o en el gallo de las Hortensias o en lo que se te ocurra. Pero en Dios no conviene.

-Lo que pasa es que era un jefe de veras -carraspea una voz de sombrero muy aludo, en el momento en que hago una seña pidiendo permiso para pasar hasta la cocina iluminada.
-Vos lo mirabas de perfil y enseguida sacabas que era Diego Lamas. Porque tenía la nariz **igualita** que en las fotos del diario.

El único farol que hay encendido ahora en la casa me guía hasta la pequeña cocina de piso de tierra.

Y poco tiempo atrás habías escrito que cuando las tormentas eléctricas no cedían era como si un caballo desbocado les estuviera pateando la puerta y el General sacaba una hoja de palma bendecida de la mesa y la chamuscaba con la vela y quedaban esperando cada cual en su cama que los demonios se aplacaran y cuando la calma líquida empezaba a tamborilear sobre el cinc tu padre se persignaba automáticamente como todas las noches aunque tal vez lo único que pudiera importarle de la Iglesia era la procesión-fiesta de San Isidro Labrador donde podía sondear con avidez de viudo el torbellino de mujeres en flor arracimadas frente a los camiones que llegaban de Minas cargando estudios fotográficos máquinas de hacer churros o victrolas con fox-trots.

-Pero qué hacés por aquí -casi grita Manolo, dejando caer los cubiertos de la cena.

Y nos abrazamos sin preguntarnos ni explicarnos nada. El tiene 17 y yo 45. Después acepto un exquisito plato de puchero cocinado por el general y me decido a confesar:

-La eternidad me tiene loco, Manolo. ¿Sería mucha joda pedirte para ver el *Circo a mediodía*?

Hay una explosión reprimida en los ojos fluviales del muchacho, que pierde indisimulablemente la complacencia.

-Uff -demora en espantar una mariposa que provoca una sombra de murciélago sobre las chapas del techo y las paredes. -Eso quedó juntando polvo arriba en el ropero. La cagué, creo. No tendrías que haberle metido pincel. Aunque aquello era un NARANJA de la gran puta. Yo nunca vi nada igual. Y no sé si volveré a ver nada igual tampoco. A lo mejor si hubiera mantenido la unidad de la espátula -sin la menor estría- quién te dice. Aunque no creo, tampoco. Pero decime una cosa, ya que andás chapaleando en el tiempo estepario: ¿a vos el apellido BO-RO-DIN no te suena a algo como DESLIZAMIENTO HONDO Y BLANCO POR LA CÚPULA ETERNA, DELICADÍSIMAMENTE ENCRESTADO por lo que podría ser la CREPITACIÓN SERÁFICA DE UNOS CASCABELITOS?

-Ah, macho -cabeceo, escuchándolo carcajear mientras me agarra los hombros por encima de la mesa para frotarme (sin que se haga ostensible) el horror de los huesos.

Después hunde los platos y los cubiertos en un palanganón y explica:

-No, es que dentro de un rato empieza un poema sinfónico de Borodin. Paradedda se fue temprano para Montevideo y me dejó solo con la radio. ¿Qué más querés? Y HAY LUNA!!!!

Y AL empezar a caminar hacia lo de Paradedda el muchacho espigado tuerce las cejas en dirección a la penumbra azul de la galería, donde una sombra se ha decidido a levantar campamento.

-Fijate vos -dice Manolo con la voz adelgazada por la ternura. -Ese viejo que se va es un vecino que peleó dos veces con Aparicio. Gervasio Dirón. No sabe leer ni escribir. Y una mañana de crudísimo invierno -tempranito- escucho desde la cama que le comenta al viejo mío: **Che General: ¿viste qué helada? El campo parece una paloma.**

-Coño -me río.

-Ah no, si la lírica silvestre es de una calidad que no tiene goyete. Así como el viejo mío te dice que el sol salió **bajo barras**, cuando las nubes sueltas y paralelas a la tierra cubren el horizonte. Eso es tradición oral pura. Y uno todavía queriendo meterse a escribir estampas lugareñas a lo Azorín o a lo Gabriel Miró. Dejate de joder.

-Así que tampoco me vas a mostrar lo que escribiste.

-Pero si esas paginitas están en barbecho, todavía. Vos me querés sacar con más espuma que meada'e yegua. Che, ¿viste que a lo mejor se trenzan los alemanes con los ingleses y los franceses y capaz que hasta con los rusos? Te digo que sería fenomenal ir siguiendo una guerra de ese calibre. Ma qué biógrafo ni biógrafo.

Y ahora me doy cuenta que es todo el Uruguay el que está acampado al margen de los tiempos de fuego.

-¿Y por qué te dio por describir la procesión de San Isidro Labrador? -escarbo mientras cruzamos la calle principal.

-Y yo qué sé -demora en contestar Manolo, frenando frente al humazo dorado que provoca la luna sobre las serranías. -Eso aquí es un acontecimiento muy importante. Aquí y en muchos pueblos, supongo. Esa especie de cortejo de parejas campesinas que empiezan a dragonear desde temprano es una cosa muy especial. Y la testa barbuda del santo -al sol- cuando lo cargan llevándolo alrededor de la plaza solamente los hombres del campo.

*Aunque demorarías muchos años en escribir que **las cabezas canosas y lumínicas parecían realmente desguarnecidas y a punto de ser tragadas por las informes y gigantescas fauces del espacio quedando como a disposición de aquel gran vacío radiante y voraz: todavía vivas pero ya marcadas por aquel extrañísimo adiestramiento direccional.***

-Se precisa otra luz. Otro escenario -digo, y ahora siento que ni siquiera la luna es suficiente para esponjarme la sed. (Y no digo que la noche anterior a mi entrada en el cuadro me llagó una suavísima necesidad de encontrarme con Jesús, por primera vez en mi vida.) -Claro que vos no sos religioso.

-No. Para mí después de morir se acaba todo.

Los cuerpos en parte empaquetados por los paños domingueros y en parte abiertamente desprotegidos ofreciendo esa desnudez testal a una especie de guillotina invisible.

-Aunque en cierta forma QUEDE TODO, también -se corrige enseguida Manolo. -Porque esto es infinito. Y además la vida es LARGA, compañero. Larga como refalada'e tamango.

EL DORMITORIO de los Paradedda ocupa el primer piso de la casa y tiene una ventana orientada hacia el norte. Escuchamos *En las estepas del Asia Central* apoltronados en butacones, casi sin hablar. Y al terminar un quinteto de Mozart Manolo comenta, con el perfil serenamente azulado:

-¿Viste que no pasa nada en Mozart? Pero siempre te da tristeza que se termine.

-¿Cómo que no pasa nada?

-Que es como un juego, digo. Como si te mostraran lo que pasa durante el día en la casa de enfrente. A los que viven adentro les podrá importar mucho. Pero vos ves que no es nada más que eso. Sin ningún Raskolnikov que te ponga la vida patas para arriba, por ejemplo.

-¿Y en Borodin qué pasa?

-Bueno, ahí ves a Raskolnikov. Aunque no esté matando a ninguna vieja crápula. Pero lo ves clarito, rodeado por una escenografía de BLANCURA ABISMAL.

Y una tarde te decidiste a pintar un enorme autorretrato en aquel ámbito donde tantas clarísimas noches de verano te sentiste transportado hasta el titilar de los íconos enclavados entre la nieve y a lo mejor trataste de que la pana de tu saco brillara con la satinación a contraluz de un pensador salvaje y condenado a defender la pureza de la especie y preferiste que tu boina apareciera roja y al costado ubicaste de Philco como un intruso abstracto y responsable del salto inmortal.

-Ojo -agrega Manolo, haciéndome señas de parar con una mano sumergida en la sombra cetácea que dibuja el butacón sobre la alfombra. -Mirá que incluso en *El sepulcro de los vivos* tampoco pasa nada extraordinario, aunque el tema sea peliagudo. Me acuerdo que a mí no se me movía un pelo mientras iba leyendo. Pero cuando cerré el libro se me cayeron las lágrimas: era **yo** el que me iba de la cárcel y dejaba **todo aquello** definitivamente atrás.

Y la mano entra en el campo lunar y después en su rostro iluminado para deslizarse lentamente -con el índice y el pulgar muy abiertos- desde las puntas de los ojos hacia una sonrisa dura.

-¿Y el autorretrato con boina roja por dónde anda? -pregunto.

-Putá, me adivinaste el pensamiento. No: ese tampoco talla. Está en lo de Fabini, contra la pared. Che, ¿qué te parece si salimos a estirar las patas hasta el puente?

Y AL salir pregunto a quemarropa:

-¿Es verdad que pintás nada más que cuando ves pasar al gallo de Felisberto?

-¿Pero quién te dijo esa barbaridad? -se entrepasa con fiereza Manolo.

-Tomatito. Lo encontré en La Cruz del Sur y me acusó de bolche metamorfoseado en cuervo pedorrero.

-No le hagas caso, loco. Ese tipo chupó tanto que terminó viviendo en orsai de por vida. Yo después de la actitud que tomó con Uruguay Artigas no le di más pelota.

-¿Y cada cuánto tiempo pasa el gallo de Felisberto?

-Ah, muy de vez en cuando. Y siempre llevando Hortensias: les distinguís la flotación del pelo, como si fueran secreciones meteóricas. Y el gallo parece un muñecote de carro de carnaval. Yo incluso estoy seguro que una noche Felisberto me vio, allá en el puente. Y hasta me pareció que me hizo una guiñada, con el ojazo desparramándosele igual que un huevo frito.

Llegamos a la esquina y nos paramos a conversar con un policía muy joven y muy bizco, que parece obsesionado con el posible retraso de su reloj.

-¿Pero para qué te hacés problema al cuete, muchacho? -lo tranquiliza Manolo, sacándole la gorra para frotarle una conmovedora pulverización de gomina. -Si cuando se apague todo ya sabés que son la una.

Y entonces sucede. Las copas de los plátanos de enfrente empiezan a proyectar una sombra compacta que se quiebra en dos planos sobre las casas.

-Esta sí que es una luna de Cúneo -murmuro.

Del policía sólo va quedando un taconeo mecánico y el eco de su silbato, multiplicado cada vez más lejos en los otros puestos de la guardia nocturna.

-Estaba apurado el hombre. Clavado que tiene una refregada de hocico con alguna Pito de Oro -se balancea Manolo con exageración mientras cruzamos hacia la vereda iluminada.

Y de golpe me señala un perro que viene por la misma vereda de la otra cuadra y me obliga a esconderme con él en el umbral de una talabartería. Y cuando el jadeo hediondo (y mucho más impregnante que el olor a cuero) se recorta frente a nosotros Manolo acuchilla de abajo a arriba el vaho lunar como para pegar un revés y aúlla:

-YAAAA HIJO DE UNA GRAN PUTA!!!!

La vereda es de pedregullo muy fino y el perro (sin mirarnos) se espanta en un gran remolino de pataleos borrosos, igual que en los dibujos animados. Recién después de hacer pie y fugarse hacia la esquina se da vuelta para ver qué mierda pasó.

-Casi me hace mear de risa -se seca los ojos Manolo. -¿Viste cómo cinchaba en el aire? Este pobre pagó el pato por todas las judeadas que me hacen los lobizones de Yemanjá en la carretera, cuando camino de noche

El último gran bromazo fue esperar el pasaje de la peregrinación de coches ómnibus y camiones desbordados de fieles y curiosos que iba a hacia el cerro del Verdún para pedir milagros o cumplir promesas o simplemente amontonarse a festejar la fecha de la Virgen y te hincaste con un amigo en la cancha del 13 Fútbol Club a unos diez o quince metros de la carretera en actitud orante y con los testículos al aire hasta que diste orden de correr a esconderse por si alguien los denunciaba al pasar frente a la comisaría.

La luna ya está alta y Manolo camina por la carretera relojeando de vez en cuando la imponentia del estrellero, hasta que una doble fosforescencia orejuda y babeante aparece detrás de un eucalipto y nos obliga a espantarla a grito pelado.

-Mejor agarramos piedras -sugiero.

-No -se impone el muchacho con delicadeza. -A los lobizones de Yemanjá no hay que darles pelota: perdés mucha energía al pedo. Mejor seguimos en paz.

Y recupera un balanceo menos farsesco que elegante, mientras se reacomoda la boina con las cejas narcisistamente enarcadas.

Y una vez descubriste un sombrero de fieltro verde arrumbado en lo de Gastelú y no dudaste en pedirlo y aquella noche esperaste que el pueblo quedara ciego y tomaste la precaución de hacer un rodeo inusual por 25 de agosto para salir a la carretera y entonces acariciaste la cinta de cuero negro del sombrero aludo tan parecido al que usaba Fabini y te sentiste un héroe digno de la pantalla nevada y a los pocos días le pediste a una amiga que te cortara un blusón típico ruso y proyectaste las guardas que bordearían el cuello y el cerramiento pechero y esa noche volviste a caminar rumbo al profundo Sur con los ojos volados.

Un poco antes de llegar al arroyo nos ilumina desde atrás un camión cargado de alfalfa y le cuento a Manolo la pirueta taurina que tuve que hacer esa tarde, en la vereda del puente.

-Y sin embargo ese es el lugar más seguro para acomodarse -retruca el muchacho, como quien se refiere a la tribuna de un estadio. -Los camioneros saben que hay una curva a la derecha y que embalar a la entrada sería muy peligroso.

No entiendo bien, pero me callo. Y al llegar al puente Manolo se detiene al comienzo de la angostísima vereda y dice:

-Yo siempre me tiro aquí, boca arriba. Escuchás el arroyo y el monte y vas dejando que el espacio se te meta adentro, como por un embudo. Esa es la comunión, para mí. ¿Querés probar?

Acepto. Y después de mucho rato de impregnación cósmica -sólo interrumpida por el paso de otro camión que nos ciega y nos hace retemblar y toser- siento que lo que me separa de la inmortalidad es apenas una tela de dulce incandescencia.

-Mirá: yo nunca supe bien lo que significan el ying y el yang -dice Manolo de repente, con la voz muy cambiada. -Pero me da la sensación de que Raskolnikov y la vieja agiotista se corresponden de la misma manera que el ying y el yang: el campo blanco son su “carozo” negro, y el campo negro con su “carozo” blanco. Qué misterio que es todo, carajo. Pero al final siempre te dan ganas de gritar: VIVA LA VIDA!!!! VIVA LA ETERNIDAD!!!!

Y lo veo sentarse trabajosamente, mientras el relumbrar de la melena canosa y el elefantiásico ensanchamiento del cuerpo lo transportan a 1994.

-Yo me voy a quedar un rato más -advierde, cuando me paro sacudiéndome la ropa. -Y no te sorprendas al empezar a caminar porque durante unos metros vas a ver todo demasiado nítido -demasiado **conocido**- hasta que lo extraordinario se termine de evaporar por adentro. Y tampoco te olvides que no estamos hechos para ser felices, hermanito.

SEGUNDA PUERTA: ARENA ASOMBRADA

ABRÍ LA puerta del cuadro y entré a un bar esquinero del centro, donde debía encontrarme con una pintora a la que no conocía ni de nombre. Estábamos a mediados de abril de 1975, y los plátanos empezaban a ponerse rembrandtianos. La mujer me hizo una guiñadita para darse a conocer. De golpe tuve mucho miedo de mirarle los ojos. La tarde ya muy dorada le embellecía un rostro treintón de muñeca filosa: nos saludamos con un beso remansado, como si nos frecuentáramos desde el liceo. Yo llevaba unos documentos del Partido Comunista escondidos en los calzoncillos y pensé que si ella también guardaba los suyos en algún sitio similar podía ser muy interesante terminar intercambiándolos en la intimidad. Me senté y pedí una caña doble con hielo y una Coca-Cola. Para mi asombro, el urgente contacto clandestino con la pintora se redujo a una bajada oral de información sobre las próximas actividades de la Coordinadora del Arte. Entonces insulté interiormente al desgraciado que se había equivocado al pedirme que llevara encima aquellos cuatro papeles que me podían costar cuatro años de cárcel y fui al baño a tirarlos. Cuando volví encontré a la camarada encapuchada por una crispación que me hizo dejar de desearla ipso facto.

-Acaba de entrar el genio -gruñó, señalando con un fruncimiento hacia la otra punta del boliche.

-¿Quién?

-El Peludo Espínola Gómez. Mucho hacer amistad con el Partido y estrados para la CNT y logotipos para el Frente, pero ahora anda medio borrado. Me contaron que le dio por escribir poemas. No me digas que no sabés quién es.

-Lo conozco de nombre, por supuesto. Nunca vi nada de él.

-Tiene cosas geniales. Pero no pinta más. Lo último que expuso en Losada fueron unos dibujos muy bien hechos y un AUTORRETRATO TAMAÑO SOBRENATURAL. Porque te juro que ni los tiranosauros debían tener tanta egolatría. Y vamos a aclarar: unas cosas muy bien hechas y con unos colorcitos muy lindos, pero de un naturalismo to-tal. Después de tanto joder con el Guernica y la abstracción. Hasta en la Unión Soviética anduvo dando línea. Y aquí en la UAPC siempre tenías que trillar por donde a él se le antojara. Por favor. Ahora se le debe ocurrido resistir al fascismo escribiendo el *Romancero solisense*.

Una semana después entro al mismo boliche acompañando a un amigo-camarada para cambiar ideas con un pintor interesado en co-fundar una revista cultural: encontramos a Espínola Gómez con aire de cabalgar al paso aunque embutido en un saco de pana azul eléctrico que parece sosegarlo como un amable uniforme de fuerza: Espínola se acaricia la melena y pregunta sonriendo si por casualidad yo no era el que había estado sentado con una pintora conocida suya la semana anterior en la mesa de la otra ventana: Bueno entonces andamos coincidiendo murmura.

-Qué raro que esté solo -dijo la pintora, abriendo la cartera para sacar plata y guardar los cigarrillos. -Ahora nomás empieza a caer la pendejada a escucharlo divagar. La pendejada o alguna mina de turno. Porque a él lo obsesiona coleccionar mujeres, entre otros objetos no desperdiciables.

Y después que esbozamos un anteproyecto para la revista y marcamos fecha de reunión con otra gente Espínola nos cuenta que en noviembre expondrá en Galería Losada una serie de grandes paisajes muy depurados y sin detalles particularizantes: Lo que me importa es esa satinación que tienen los días más nítidos del otoño nos explica entornando los ojos en dirección al ventanal hoy lluvioso y yo siento que una brizna de esperanza se me hunde humosamente en la melancolía.

Y en el momento de irnos el hombre de mirada cabalgadora reconoció de golpe a la pintora-muñeca y alzó una mano rotunda para saludarla.

-Yo me quedo un rato más -me dijo la mujer sin mirarme, y se contoneó hasta la mesa del Peludo como si caminara por una pasarela de modelos puntaesteña.

A FINES de mayo la revista ya funcionaba con un Consejo de Redacción cohesionado, campaña financiera y reuniones semanales de excelente nivel. Una tarde muy clara iba para el centro en la camioneta de mi padre y sorpresivamente distinguí a Manolo, caminando por la orilla de la Playa Honda: estaba en mangas de camisa y llevaba las manos agarradas en la espalda con total placidez. No dudé en bajar a saludarlo.

-Che, ¿pero vos también sos jubilado? -preguntó desplegando una alegría más hipergestual que ampulosa.

Él andaba pisando los 54 años y yo acababa de cumplir 27.

-Voy a dar una clase de guitarra a la vuelta de tu taller -expliqué: -Santiago Vázquez casi Avenida Brasil.

-Yo vine a almorzar a lo de Fifina, y pensaba largarme caminando hasta allá. Porque esta luz me tiene enloquecido. Decime una cosa: ¿qué está pasando contigo? Hace un par de semanas que andás más pálido que una butifarra.

-El mundo -murmuré, sin poder sonreír. -Volví de París en diciembre y todavía no me animo a mirar a la gente a los ojos. El mundo y otros enjuagues, Peludo. Ahora me anda acosando un esqueleto con peluca de medusa.

-Uh: esos son los peores. ¿Y se te mete adentro de la cama y todo?

-Sí. Pero lo terrible es cuando el resplandor polícromo de Moby Dick entra en los ojos de mi padre, por ejemplo. Nunca me había tocado aguantar nada tan insufrible.

-¿Y qué me contás cuando te engarfian los huesitos del meñique en la sopa y no tenés más remedio que zamparte hasta el último fideo? Eso sí que es un infierno, carajo. Si los conocerá a esos esqueletos.

A veces nos reunimos en lo de Juan Carlos Macedo y a veces en lo de Tarik Carson o en lo de Saúl Ibargoyen o en mi casa pero siempre rotando porque la dictadura se está poniendo negrísima; compramos vino y pizza y simulamos hacer lecturas de poemas o festejar cumpleaños y una noche de niebla me siento sumergir en el horror abstracto como cuando tenía dieciocho años y lloraba a escondidas por la muerte-sin-fin y ahora ya no es sólo al diablo-invasor-de-rostros al que debo cuerpear: me aturdo con unas copas y observo desde el fondo de todos los océanos los perfiles borrosos de mis compañeros hablando con entusiasmo y les acariciaría el valor o la impermeabilidad y cuando Manolo agita unas pupilas soñadoras y delirantemente explosivas y esboza algún proyecto trato de corresponderlo exhalando un cardumen de burbujas de oro.

-A la mierda -se frenó el Peludo, señalando una tarántula escapada de un montón de ramas podridas. -Mirá qué bicho fiero. Decime: ¿no tendrás tiempo de pasar un rato por mi taller?

Al llegar a Pocitos cambié el día de la clase y estacioné definitivamente frente al edificio donde Manolo tenía instalado su legendario taller desde el 52.

-Bueno, esto todavía sigue medio aquilombado -me explicó mientras bordeábamos una selva penumbrosa de objetos de todo tipo que parecían observarse entre sí como gallos que cantaran en un planeta ya abandonado por los hombres. -Tengo que terminar de ordenarlo, aunque el relajo no se termine nunca. Además imaginate que si pongo visillos y carpetitas y la mar en coche van a pensar que me volví un viejo marica.

Y bajó de los estantes algunos de los retratos expuestos en el 72.

-Son como mapas -dije al rato, dejando que las retinas se me insolaran hurgando en los islotes de purísima crayola que redimían la vaciedad gráfica de los rostros cansados de su carne.

Así que esto era el naturalismo to-tal pienso sonriendo y me parece sentir el alivio lejano de la mano de mi madre apoyada en mi frente cuando ardía de fiebre o vomitaba a mares: el Peludo acaba de noquear a la Gárgola-invasora en un par de rounds carajo lástima que la Cabeza de la Medusa petrifique al más pintado pienso: y entonces Manolo dice Esperate que falta uno y me sirve de postre el retrato de María Carmen Portela y es como si pusiera todo patas arriba y los océanos nos expulsaran por simple gravedad: porque el fulgor del ojo verde traslúcido que me ofrece la mujer no cabe en la muerte.

-Hoy no tengo un vintén. Pero acordate que te debo una cena, Peludo -le advertí, con voz de resucitado.

-Déjese de joder -retrucó el hombre alto.

A MEDIADOS de junio Manolo presenta un formidable proyecto de tapa para la revista y al salir de la reunión estoy a punto de invitarlo a cenar pero me da vergüenza: lo que yo necesito en realidad es terminar de emborracharme y él ni siquiera toma alcohol: en julio sobrevivo registrando milimétricamente el primer verdor en algunos árboles hasta que la dorada y fugacísima penetración de agosto acaba por convencerme de que recién en primavera podré resucitar como Dios manda.

Una tarde de domingo vi pasar caminando a Manolo hacia lo de Fifina y aproveché para alcanzarle un material poético recién llegado a la revista. Me invitaron con té y bizcochos, pero yo tenía que llevar a mis padres a tomar un ómnibus en el centro. Se iban dos semanas al Brasil. Cuando volví encontré al Peludo esperándome en el portón de casa. No quiso entrar.

-Quería saber cómo andabas, nomás -mostró los dientes con dulzura.

-Ando esperando a una muchacha que debe estar escondida atrás de la puerta de la primavera -contesté.

-Feliz de usted que está para esos trotes.

-Disculpá la indiscreción: ¿vos nunca te casaste?

-No. Mujeres hubo muchas. Y machihembrado viví dos veces, casi con ganas de tener un hijo y todo. Pero la convivencia es tremenda. O uno será tremendo, vaya a saber. Yo sólo pude convivir con mi padre.

Y nos miramos fijo. (Mi padre era la persona que yo más quería en la vida. Y acababa de sentir que lo despedía para siempre -sin ninguna razón justificada- entre la arborescencia neblinosa de la Plaza Libertad.)

-Bueno, el miércoles nos vemos -dijo el Peludo sacudiendo la cabeza como un perro mojado. -No vengas hasta la parada, por favor: hace un frío que te achura. Y además yo siempre oí decir que a los esqueletos empelucados los favorece mucho el viento del sur. Mejor quedate adentro y poné algo de Mozart. Serenito.

Y el miércoles se somete a aprobación el material del primer número de la revista y cuando llegamos a los poemas Manolo objeta ásperamente la inclusión de los textos que le arrimé a lo de Fifina: Uno ya está cansado de tener que zamparse tanta tajadita de salchichón insulso resopla En el banco de material hay cosas muchísimo más interesantes que esas: Ojo que esas cortadoras de salchichón son dos de las poetas más importantes de los últimos treinta años me retobo y el Peludo se incorpora con las cejas desmelenadas y dice que a él no le interesa la supuesta importancia de nadie y menos su cercanía política y agrega Guarda que yo soy un tipo muy difícil: Yo tampoco soy fácil le sale al paso Saúl y Macedo y Tarik se miran sacudiendo la cabeza y terminamos por suspender la reunión y dejar el tema para la próxima semana y mientras bordeamos el Estadio en la camioneta Manolo rompe el silencio para advertirme que cuando él propuso funcionar por unanimidad sabía en lo que se estaba metiendo y al llegar a Soca y Rivera dice Dejame aquí nomás que preciso estirar un poco las patas y se va caminando como si llevara las muñecas atadas sobre el ensanchamiento del saco azul eléctrico.

FINALMENTE HUBO acuerdo respecto a la publicación de los poemas y esa noche Manolo me sugirió frotándose las manos con picardía, de camino a su casa:

-¿Qué te parece si vamos a una parrilladita de mala muerte que está abierta hasta muy tarde, allá frente al zoológico? Si a vos te alcanza para prestarme lo que sale la cena yo te lo puedo devolver cuando cobre la jubilación, la semana que viene.

Comemos chorizos y morcillas en un sucucho enclenque donde no hay ni postre y terminamos hablando de nuestros respectivos padres y de la versión del Concierto N° 21 para piano y orquesta utilizado en la banda sonora de Elvira Madigan: entonces Manolo alza los brazos para invocar a Wolfgang Amadeus pero queda en suspenso mirando el asador: una radiante y rara ansiedad de sosiego le quema los ojos: Si me permitís dice Voy a invitarme con una morcilla dulce para el postre: y su sombra gigante se requiebra en los ángulos del cinc mientras va hacia el mostrador y vuelve para engullir la híbrida sabrosura del color embutido en la pasta nutricia: Eso quiero hacer: Mozart: esa serenidad para esperar la muerte suspira hinchando una mirada mansa.

Y en ese momento me animé a preguntarle si no se podía ver algún paisaje de los que iba a exponer en menos de tres meses.

-Todavía no los pinté -chistó, contrariado. -Esto de la revista no me deja empezar. Pero en cualquier momento voy a ver si me largo a meterles el diente. Che, hablando de todo un poco: ¿vos te enteraste que Yemanjá del Mar Dulce les declaró la guerra a los que te dije y les larga comparsas de esqueletos tamborileros por Curuguaty?

-Quiere decir que también hay esqueletos como la gente -suspiré.

-Claro. Vos fijate nomás en aquella Muerte que se dejó joder jugando al ajedrez en *El séptimo sello*. ¿Te acordás? Una parca macanuda.

-Parecía más macanudo el caballero.

-No -se escarbó la risa Manolo con uno de mis fósforos. -Fue ELLA la que permitió que se salvara la Sagrada Familia!!!! TODOS NECESITAMOS DE TODO!!!! Mirá: yo estoy

seguro que si vos desafiás a una pulseada a ese medusón que te persigue y le desparramás falange por falange se termina la joda. Porque lo que él precisa es PULSEAR!!!! ¿Me entendés? Hay que ganarle, loco. O vas a terminar peor que esta morcillita.

EL MATERIAL del primer número de la revista *Palabra* empezó a ser compuesto en setiembre. Llegamos a corregir pruebas y todo, hasta que el Ministerio del Interior ordenó secuestrar los plomos de la imprenta y llamaron a declarar a nuestro director, Leonidas Spatakis. La tarde que salí volando a Pocitos a comunicarle al Peludo lo que pasaba lo encontré en plena batalla con uno de los ocho cuadros polifocalistas.

-¿Escuchaste la gritería, recién? -me preguntó, mirándome con dificultad a través del vapor extraordinario que segregaba el cuadro en elaboración (*Cierto regreso, cierta continuidad, cierto sueño*). -Lo que pasa es que no me salía un color y me agarré una calentura que casi reviento.

-Yo no escuché nada.

-Entonces habré gritado hace un rato. ¿Qué horas son?

-Deben ser como las cinco. Nos cagaron la revista, Peludo. Requisaron la imprenta ayer de noche y hoy Spatakis estuvo declarando no sé cuántas horas. Pero no te preocupes, que salió bien parado.

Manolo frunce una mueca muy ancha y se clava dos dedos moteados de óleo sobre los párpados: tiene medio cuerpo desnudo y suda a chorros: yo apenas me animo a vichar el enorme bastidor octogonal como me pasó en El Prado cuando entreví el salón donde fulguraba El Greco: pero al torcer los ojos me enfrento al ya terminado Más allá de nuestros días y la reverberación del reino me paraliza: entonces Manolo hace un breve comentario sobre el cierre de Palabra y recupera el ritmo de una pincelada percutiente como si se sometiera a una palanca de mando: Fuerza grito y me escapo escuchando un resoplido.

EL 18 de noviembre fue estrenada la muestra en Galería Losada, y se repitió en marzo del año siguiente a pedido del público. *MANUEL ESPÍNOLA GÓMEZ EXPONE durante 14 tardes laborables LOS PRIMEROS EJERCICIOS UNIVERSALES EMERGENTES DEL POLIFOCALISMO (nuevo enfoque óptico expresivo ideado por el autor)* anunciaba el catálogo, que contenía también una enjundiosa fundamentación estético-biográfica. Todo arrancaba en la infancia solisense, cuando el “*mirador cavante*” que siempre fue Manolo buscaba -entre otras cosas- *el descubrimiento, a través de “golpes afortunados” de pupila -en realidad pupila gobernada-, de fisonomías frescas, no demasiado familiares, “incontaminadas”*. O sea, la “*restitución*” -de una parte al menos- del “*misterio original*”, en cierto modo perdido o manoseado. El primer intento “focalista” tuvo lugar hace ya más de tres décadas. Quise materializar, mejor aun, inmovilizar esa experiencia contemplativa mediante un retrato de mi padre, cuyo centro o foco panorámico habíase fijado en el extremo nasal -la nariz era su rasgo más prominente-, y el resto, iba, -fue- perdiendo los contornos filosos, precisos, y la intensidad de su superficie. Manolo reconocía -aunque recién ahora, contemplando la historia retrospectiva- la influencia que la fotografía y la cinematografía deben haber tenido en aquel primer intento (clave) que no se concretó. Muchos años después, en los “retratos paisajes” o “retratos decorativos” del 72, situaría los focos aislados de coloración múltiple que se roban la “mira” del espectador dentro de cada rostro. Hasta que en los paisajes actuales se concretaba por fin -aunque no plenamente, todavía- el polifocalismo. *Ahora bien, ¿cuál es el origen de este último? Observando detenidamente mi “propio sistema” de prensión visual -que es más o menos el común- descubrí o creí descubrir -porque es muy difícil “pasar en limpio” algo que puede mezclarse con la autosugestión- que el comportamiento de mis ojos frente a la realidad circundante se verificaba, de manera corriente, en no menos de dos o tres y no más de cinco o seis sucesivos “golpes de vista” enérgicos, vitales, con las correspondientes excepciones. (El panorama, así, mostraríase con algunos puntos mayormente “recortados”, punzantes, que el resto, mas... no por razones de perspectiva atmosférica, eso sí.)*

Mi padre también tiene un catálogo en la mano: acabamos de ver la exposición y ahora estamos sentados en la platea del Millington Drake esperando que salga a tocar Álvaro Pierri en su primera presentación montevideana después de haber ganado el Concurso Internacional de Guitarra de París con medalla de oro: Qué noche le murmuro a la muchacha que encontré parada apenas abrí la puerta de la primavera: Nadie puede discutir que el Peludo es un maestro me codea mi padre Pero para qué se complica tanto escribiendo estas cosas: en ese momento Álvaro sale a escena y nos paramos a aplaudirlo: **Todos con la cabeza afuera del agua y hundidos en una luz más larga que el horror y la muerte para siempre amén** rezo sin recordar que no soy religioso.

EN 1977 tuve ocasión de ver la muestra colectiva *Arena*, organizada por la Comisión de Fomento de Punta del Este. Mis padres trabajaban todo el verano en la península atendiendo la sucursal de un negocio de casimires y yo viajaba de jueves a sábado a dar clases de guitarra a destajo. Los pisos del local de la Comisión de Fomento estaban cubiertos por un colchón de arena: sobre esa original base escenográfica uno se tambaleaba encontrando obras de nivel bastante parejo, hasta que el tarantulón de 2.24 por 1.30 enviado por Manolo emergía destrozando cualquier clase de armonía colectiva imaginable.

-Qué locura -dijo una mujer que estaba parada adelante mío del brazo de un pituco famoso. -Este tipo tiene un afán de hacerse ver realmente in-to-le-ra-ble.

-Pero te aseguro que en Buenos Aires no hay un pintor así -dijo el hombre. -Este tipo es un genio.

-¿Un genio que pinta por encargo de una Directiva se señoras snobs?

*Le piden a Manolo un cuadro cuya temática tenga algo que ver con la arena o con la playa y aunque el plazo es muy corto le resulta imposible resistirse a la tentación de instalar una máquina de guerra bajo las marquesinas del jet-set: primero piensa en una invasión de arañas pero calcula que eso podría llevarle meses de trabajo y se decide por una parábola todavía más petrificante: trata de sacar apuntes observando tarántulas vivas en la vieja Facultad de Humanidades y termina por arreglárselas con otros modelos conservados allí en alcohol y una vez reelaborado y geometrizado el dibujo lo calca y lo proyecta con iluminación oblicua y demora casi un mes en resolver el problema de las sombras y de las patas y los dos pedipalpos aparte de todo lo demás que delineará percutiendo con un gran pincel de punta redonda para obtener el **flou**: abajo se verá una familia de caracoles pulverizados por el paso de la monstruosa aparición cuyo vientre tiene la forma de una lámpara-granada emblematizada por un filamento al rojo y con forma de E: el Ejército aunque también existe la posible lectura superpuesta de un 3: las 3 armas o de una W: Washington (USA); o de una M: la Muerte: y al costado habrá una especie de bolsón de huevos de raya dignos de ser cargado por la huesuda medieval y arriba una familia entera de caracoles a punto de ser deshecha: y se sabe que el embajador de la administración Carter se mataba de risa comentando en qué forma más increíble le acaban de hacer estallar un “añarazo” en la cara a la oligarquía rioplatense.*

-Vámonos de una vez -agregó la pintora-muñeca que me había bajado el informe de la Coordinadora del Arte casi dos años atrás, a la orilla de un otoño tristemente dorado.

-Como quieras, mi amor -contestó el porteño sesentón que había elegido tolerarla.

A la salida de la exposición tuerzo hacia un muellecito cercano al puerto. La luna llena fluye sobre la isla Gorriti como un oleaje de humo. Entonces me dejo inundar por Manzi y canto suavemente:

-Yo digo que es un tesoro de plata y oro tu corazón.

Y el aire está en paz: el de afuera y el de adentro. Y en el muelle encuentro a un muchacho de boina roja, tirado de cara al estrellerío.

-No te levantes -dije. -¿Andás bien?

-Bien -dijo Manuelito. -¿Y vos?

-Marchando. Se acabó la pulseada antártica, por lo menos. Me volví a casar y mi compañera está embarazada de seis meses.

-Eso es muy bueno, loco -sonrió el muchacho, agarrándose las manos para balancearlas en señal de serena (aunque estremecida) felicitación. -Yo acabo de ver pasar al gallo de Felisberto con una Hortensia vestida de novia. Mirá qué casualidad.

-Y yo acabo de ver el bicho que expusiste en la Comisión de Fomento, maestro. Te salió una parábola FUERTE como pedo de sordo.

Entonces Manolo largó la carcajada y no tengo duda que pensó en todas las Gárgolas demoníacas del mundo cuando tajeó la brisa con el brazo azulado y aulló desorbitadamente:

-YAAAA HIJOS DE UNA GRAN PUTA!!!!

TERCERA PUERTA: FLUENCIAS Y RECOCIJOS CILICIADOS, OSCUROS PASADIZOS, TOCADOS LUCERNARIOS

ABRO LA puerta del cuadro y aparezco jugando solo en el enorme baldío que hay frente al Club Marítimo Punta Gorda. Llevo puestos un slip de baño atigrado (estilo Tarzán) alpargatas bigotudas canana con dos revólveres y sombrero de cow-boy. Tengo 7 años. De golpe oigo un zumbido de carretera y me escurro entre los aromos y los tamarices hasta desembocar en un monte de eucaliptos. Aquí el calor es más espeso y casi no se pisa arena. Las palomas se quejan como superpájaros escapados de Krypton. Y mientras cruzo el alto pastizal que hay en el fondo de un rancho aparentemente abandonado empiezo a ver brillar la cara de Manuelito, sentado del otro lado de la carretera.

-Por qué llorás -pregunto, sentándome en la otra banquina.

-Porque mi viejo se sacó el bigote -contesta Manuelito, sin dejar de observar el rancho que está a mis espaldas. -Aquí nací yo. No quiero seguir viviendo en el centro ni seguir yendo a esa escuela de mierda. Quiero volver aquí y vivir solo, carajo.

Yo ni siquiera sé dónde estoy ni de dónde conozco al chiquilín que llora casi corcoveando, pero me solidarizo enseguida: tengo la sensación de que si mi padre se afeitara el bigote el mundo sería mucho más triste.

Cuando las presiones-amenazas familiares obligaron a Manuel Espínola Rivero alias el General a comprar un revólver y apersonarse al comisario de la Quinta Sección de Maldonado para advertirle que si un día se despertaba y encontraba los pajeros ardiendo iba a tener que prenderle cartucho a dos de sus hermanos empecinados en arrancarle tajadas de la herencia paterna el lungo campesino de porte militar y bigotes levantiscos se decidió a desprenderse de su parte y comprar unas cuerdas a la salida de Solís de Mataojo donde un 5 de julio de 1921 el doctor Delfino extrajo a Manolito con fórceps

desde el predestinado vientre de Evarista Gómez que varios años atrás había abortado naturalmente y sufrido horrorosos raspajes y esa noche resplandecía con el verdor dorado de una ictericia que no alcanzó a estragarle la felicidad.

-Che: ¿y vos de dónde saliste? -me pregunta el chiquilín, después de arrasarse el moquerío con una mano plana. -Parecés Tom Tyler de panza afuera.

Y el sol de marzo le acairela una carcajada más dulce que burlona.

-Vengo de 1955 -explico. -Estaba jugando a Roy Rogers allá en Punta Gorda.

Entonces Manuelito se endereza una gorra idéntica a la de El Pibe y cruza la carretera a las zancadas.

-Yo tengo 7 años y vivo en 1928 -dice. -Choque esos cinco. (No me limpio los mocos que me deja en la mano.) -A lo mejor allá adentro queda alguna sandía fresca guardada debajo de un catre. Podría ofrecerle tónico pa las tripas, también. O cocinarle algún guiso con perfumación árabe. ¿No me prestarías un revólver, por las dudas?

El rancho de piso de tierra está completamente vacío y nos sentamos en el suelo y soñamos un banquetazo que yo riego con el exquisito vino color rubí que tomaba Sandokan.

-¿Vos tenés algún auto a cuerda? -me pregunta Tom Tyler en la sobremesa, echándole mano a un “guitarrero” de élitros metálicos para posárselo junto al oído. -Auto con musiquita sonora, quiero decir.

El terreno llegaba hasta el arroyo y vivían con un hermano de Evarista y se las arreglaban con un medianero para la labranza y de cuando en cuando el General se entrajataba puntillosamente y se iba a jugar al gofo a Mosquitos o a Minas o a San Carlos o al mismo centro de Solís donde también timbeaba en los billares o los frontones de pelota y volvía de aquellos lances lejanos a los o dos o tres días con el bigote manso y una vez le trajo a Manuelito un diminuto Ford T a cuerda y lo primero que hizo el chiquilín fue echarlo a andar y apoyarle el pie encima para ver si resistía y el general

soltó un Pero mijo tan conmovedor que Manuelito terminó por atarle un piolín al Fordsito de lata descuajeringado para hacerlo renguear consoladoramente de la mano de su padre.

-Pa -doy un salto, captando cómo se ha inclinado la pulverización de la tarde. -Voy a tenerme que irme rajando, o mi vieja me mata.

-A mí el que va a sobarme la badana es el viejo, cuando se entere que me las pelé de lo de tía María.

-¿Y tu vieja dónde está?

Entonces el chiquilín se saca la gorra para señalar la puerta entornada de la otra pieza y dice:

-Estuvo allí. Vení.

En la puerta sobrevive una especie de perfil militar tamaño natural dibujado a lápiz (y aureolado por una suavísima doble línea exterior) con prolija torpeza.

-¿Esto lo hiciste vos? -pregunto.

Pero Manuelito no contesta y se escapa a la otra pieza y al volver está vestido de marinero y es más bajo que yo y me agarra de la mano para guiarme.

El General estaba parado junto a la cama apenas iluminada por una vela y cuando Evarista vomitó un lodazal gelatinoso al hombre se le agrandó el horror de la nariz mientras el niño de 4 años los miraba desde la puerta del dormitorio sin comprender nada.

Y después que volvemos al comedor y Manuelito se para frente a un rincón lleno de telarañas y dice:

-Me explicó una de las mujeres del velorio que adentro de este estuche hay una muñeca.

Evarista murió internada en Montevideo y el General lloró altísimamente durante todo el velatorio realizado en el comedor del rancho mientras Manuelito correteaba o cabalgaba sobre mujeres que estrujaban pañuelos sentadas alrededor de la difunta aunque el niño identificaría durante años el recuerdo del ataúd con el de la tapa rectangular y verticalizada contra la pared y al otro se llevaron el colosal estuche atornillado de la muñeca en un cuadrangular y sencillo carruaje negro arrastrado por dos caballos también negros quedándose el gurí sin entender nada y con los ojos seguidores.

Y en el momento en que Manuelito me señala el cajón invisible escuchamos un galope y mi amigo se transfigura relampagueantemente en El Pibe y murmura:

-El General!!!! Vamos a escondernos o me va a quedar el culo como un tomate.

Cuando llegamos a la parte más tupida del pastizal escuchamos detenerse el galope y ahora es Tom Tyler el que me pregunta:

-¿Cómo era que te llamabas vos?

-Roy Rogers, ¿No vas a usar el revólver?

-No. Y lo que te quería pedir es que no le tires al General, Roy. Mirá que el mejor sheriff que hay en hay en el mundo. Sin despreciar a nadie.

El General vendió el terreno en poco tiempo y compró una casa en el centro de Solís para que Manuelito pudiera ir a la escuela y estuviera más cerca de las tías paternas pero durante los últimos meses de permanencia en el rancho se dedicó a cuerpear

meticulosamente la ansiedad del niño que buscaba a su madre detrás de las puertas e intentaba jugar con los pezones del padre hasta que el hombre prensaba los ojos volviéndose a enamorar del esplendor secreto de Evarista y alejaba a Manuelito con dulce sequedad y el día que se le ocurrió dibujarle perfiles con quepis y abultadas barbillas y sinuosas gargantas en papeles de estraza y hasta sobre la puerta del dormitorio para que el chiquilín se entretuviera repasándolos fue como si desflorara para siempre la piñata de un alma.

-Ya debe haber adivinado dónde estoy -se tapa la cara con la gorra El Pibe, y vuelvo a oírlo llorar. -Yo siempre me escondía aquí atrás cuando venían visitas y se tenían que pelar el anca pa encontrarme. Pero a mí lo que me jode no es que el General me sobe la badana porque nunca me tocó un pelo, ¿entendés? LO QUE NO QUIERO ES VERLO SIN BIGOTES!!!!

-Shhhh.

-ANDÁ A SABER ADÓNDE FUE A PARAR TU CARA, GENERAL!!!!

*La cara del General batiendo el corazón de las yemas amembranadas y consteladas por el azúcar en aquella ceremonia casi religiosa como lo fuera antaño la partición de las sandías en la mesa familiar aderezada por Evarista y el revuelo de leche hirviente que coronaba el candial mientras el hombre viudo canturreaba **Una y una y una / y una y dos son tres / contaban dos amantes / contaban al revés / contaban y contaban / y contaban veintitrés** y la copla latía cremosamente en el reborde del cráneo-corazón de la memoria del niño que ya había atesorado el aura de la palabra **abril** indescifrablemente ligada a la brillantez tensa y plegable de la capota de un charret o la palabra **febrero** como la implantación de un misterioso soplo vehicular que acaso profetizara la próxima mudanza hacia el centro en la que el General dejaría atrás la desgracia en carne viva y Manuelito la celestísima aspereza de una primera infancia tan solitariamente orillera que la tarde que su madre lo llevó al poblado en pleno carnaval y le compró una paquete de serpentinas obligándolo a volver antes de que comenzara el festejo gregario el niño terminó haciendo flamear el papelerío contra los alambrados del crepúsculo y acaso comprendiendo ciegamente que la melancolía iba a ser la definitiva forma de la alegría que le destinaría el mundo.*

-GARBANZO -LLAMÓ el General. -Salga tranquilo, mijo. Yo sé que usted está ahí.

Y sentimos retumbar las pisadas aplastando el pastizal y Manuelito no se saca la gorra de arriba del llanto y entonces ms decido a llevármelo a través del monte.

-Vamos a escondernos en Punta Gorda -explico. -Vamos para mi casa y allá decidimos qué hacer.

Manuelito me sigue con la gorra en la mano y el rostro rebrillando entre un sol horizontal que afila las contorsiones de los eucaliptos. El campaneo de las torcazas de Krypton empieza a diluirse. Y de golpe nos enfrentamos a un túnel con olor a pescado y no dudamos en atravesarlo en cuatro patas, aunque siento que nos metimos por un atajo equivocado.

-¿Pero vos estás loco? -sonríe tornasoladamente mi amigo, apenas emergemos en la Playa de los Ingleses. -Esto no es Punta Gorda, botija.

-Ah no. Qué va a ser.

La cara del General cuando la comadre santiguadora llegó al rancho para aliviar a Manuelito con el ungüento y los masajes estomacales en forma de cruz y hubo que seguir la recomendación del doctor Delfino de llevarlo a una playa como prevención de salud y el tío Tomás les ofreció un rancho en Punta Colorada donde el niño se enamoró inmediatamente de un barco blanco que pasaba a lo lejos todas las tardes y volvía a verlo pasar en sueños y penetró por primera vez al océano guiado por Evarista que vestía un viso claro que le lamía los tobillos y de golpe el general vio salir a Manuelito llorando y después revolcarse en la arena y meterse por fin solo para que el agua lo limpiara mientras la mujer ancha y muy baja sonreía hacia los bigotes erectos de su esposo.

-Esto es Punta Colorada -porfía mi amigo. -¿No ves los ranchos de mi tío Tomás, allá entre los transparentes?

-Aquellos son los ranchos de los pescadores. Te estarás confundiendo.

-Puede ser. Pero lo que te puedo asegurar es que me estoy cagando. Esperame que voy hasta las rocas.

-Esperá a llegar a casa. Queda a dos cuadras.

Pero Manuelito corre atravesando la enorme luz rosada y se esconde en la penumbra maciza del roquedal y al rato vuelve con un cangrejo muerto en cada mano.

-Lindo airecito -dice, desahogadamente. -Mis primos me judeaban poniéndome estos bichos vivos arriba de las piernas. ¿Aquí hay faro?

-Sí. Allá lejos. En Punta Carretas.

-¿No te gusta venir de noche a verlo viajar?

-¿A quién?

-Al autobús del mundo.

La cara del General guiando al niño por la orilla espumosa con Evarista y otra mujer oscuramente emperifollada conversando detrás y la llegada a un ruedo de carretas puestas de culata al centro donde se comió y se bailó hasta que comparsa ecuestre de disfrazados con máscaras de alambre fiambreira y las solapas y los bordes de los sombreros negros arcoirizados por cintas multicolores irrumpió entre la fiesta como un chorro de magma y después de sofrenar a los caballos el aquelarre agitanado siguió creciendo y de repente el chiquilín se acercó al General para decirle que acababa de ver una estrella roja cayendo sobre su madre y el hombre empalideció y le advirtió que cerrara el pico y que no quería escuchar bobadas.

-Che: vos sos medio poeta -le digo a Manuelito, al empezar a subir la ancha escalera de dos tramos que da a la rambla.

-Dejate de joder -retruca el chiquilín, deslumbrado por los autos que ya prenden las luces largas.

Y al terminar de escalar el repecho de Grito de Gloria sentimos un relincho y vemos aparecer un tordillo azulado por el último soplo del atardecer, en el baldío que hay frente al Club Marítimo.

-El General!!!! -se desorbita Manuelito. -¿Dónde queda tu casa?

-Para allá.

Y corremos casi una cuadra escapándonos del campo visual del jinete, pero no podemos evitar que el General llegue a la esquina antes que nosotros alcancemos el portón de mi casa.

Y aquella noche el General soñó que la estrella que Manuelito había visto descender sobre su madre durante el bailongo se transformaba en una lágrima con pétalos de fuego que se encrespaba sobre los párpados de Evarista condenada a una crucifixión insoportablemente temprana y cuando despertó de un salto escrutó la mansedumbre de la mujer dormida bajo el relente y pensó que la palma que chamuscaba para espantar los demonios de las tormentas no servía contra los relámpagos sudorosos del miedo y recordó la noche que batió un récord en la historia del gofo solisense yéndose al mazo con 30 porque supo calcular que el Papalote le ganaba de mano y sintió que con la vaciedad de fe había que manejarse igual y tragar ríos enteros de saliva barrosa esperando que aclarara.

Entramos casi corriendo por el patio del costado y nos refugiamos en el taller de mi padre, que está pintando un Cristo: es un proyecto de vitral constructivo preparado para un concurso. Al lado está sentado Guillermo Fernández, otro pintor del Taller Torres-García muy joven y ya muy calvo. Detrás suena bajito -en el tocadiscos recién comprado- *La Pasión según San Juan*.

-Epa -dice Guillermo. -¿Qué les pasó, muchachos? ¿Los anda persiguiendo algún malón?

-Nos anda persiguiendo el General -contesta Manuelito. -Mi padre.

Y me doy cuenta de que ya se conocen con Guillermo. Mi padre termina un molinete de la estructura y nos estudia peinándose su bigotes estilo años 50, muy espeso y sin puntas retorcidas.

-¿Dónde te habías metido? -pregunta, serio. -Tu madre te anda buscando hace rato.

-Las madres -abre una risa de labios cerrados el hombre-muchacho, ahuevando sus ojos celestes. -¿Y el General dónde quedó, mijito?

Y aquella noche el cielo reverberaba y el hombre alto recuperó la coronación calmosa y ya rala de su frente y esperó la llegada de Tomás viendo subir la luna llena que duplicaba el bajel de los ensueños en los ojos del niño y doraba la felicidad compacta de Evarista y cuando la forchela hizo titilar sus focos sobre el primer horizonte de los pliegues del camino serrana el General saboreó una serenísima amistad con las estrellas y supo para siempre que aquella paz iba a ser la indoblegable heredad de Manuelito.

Entonces se oye un relincho y un ancho y acompasado estallido de palmas y el chiquilín murmura:

-Ahí está el viejo mío, con más ganas de achicharrarme el traste que María Carmen, la maestra de Quinto.

-Calma -dice mi padre.

Y se limpia rápidamente las manos con aguarrás y sale hacia la calle, mientras mira el cuadro y sonríe con duro amor. (Como si nos dijera: **Los verdaderos héroes jamás se olvidan que la vida es la cruz, pichones de Roy Rogers.**)

La cara del general fumando en el asiento delantero de la forchela cuando tuvieron que llevar a Manuelito a Solís porque volaba de fiebre y la lluvia mapeaba el parabrisas y

Evarista refrescaba los pañuelos y los retorció sobre un tacho volviendo a cubrir la frente y la barriga del chiquilín que de golpe gritó Acabo de agarrar el barco blanco General y el hombre se dio vuelta sedado por la fe y dijo No vaya a ponerle una pata arriba garbanzo o nos hundimos con forchela y todo.

La Pasión según San Juan avanza ardientemente y Manuelito se esconde atrás del caballete y yo empiezo a tiritar en la noche de marzo, apenas defendido por mi taparrabos. Guillermo me hace una seña para preguntar qué corno está pasando pero quedamos en suspenso escuchando las pisadas y las voces que se acercan por el patio.

-Somos de acá atrás del monte -explica el General. -Aunque yo no conocía este poblado.

-Bueno, nosotros tampoco conocemos demasiado la zona -informa mi padre. -Nos vinimos del Paso Molino hace menos de un año. ¿Qué fue lo que pasó con su hijo?

-Es que esta mañana me saqué el bigote y cuando el garbanzo me vio venir medio de lejos no me reconoció y se largó a berrinchar. Pobrecito. Se ve que no le cayó bien la poda. Pero anoche tuve un sueño tan jodido que ahí me ve: me quedé más liso que chorizo recién embutido.

Y se ríen suavemente.

-Soñé que tenía una estrellada colorada en cada bigote. Así: colgando -agrega el padre de mi amigo, recuperando un timbre doloroso. -Y eso en nuestras casas es de mal agüero.

El padre del General se llamaba Melquíades y era un maestro vareliano emigrado de las Canarias y su barba pluviosa derramaba un fulgor de autoridad legítima en su escuela de la Quinta Sección de Maldonado y una noche estaba leyendo a su amigo Pérez Galdós y vio una estrella roja en el ángulo de la ventana del dormitorio y despertó a su esposa Trinidad y le dijo que la hija enferma de unos vecinos de campaña acababa de morir y al amanecer se vistió de luto y cuando al poco rato llegó un jinete a comunicarles el fallecimiento despertó a Trinidad y le dijo Yo ya estoy pronto.

Entonces Manuelito sale disparado de atrás del caballete, y tenemos tiempo de seguirlo para verlo enfrentar el rostro modernizado del general.

-Pero mijo -se inclina el hombre alto, ofreciéndole los brazos.

CUARTA PUERTA: EDUARDO FABINI

VAMOS ANDANDO en bote por el Mataojo, y manolo rema. Fabini transpira en el centro del bote, con un traje muy blanco y un sombrero de ala dura dibujándole un perfecto antifaz. Manolo usa boina.

-Qué los parió a los gringos -digo. -No llegamos más. ¿No querés que reme un rato, loco? Te vas a reventar la columna.

-Déjese se embromar -tuerce la boca el hombre alto, que esta mañana no se afeitó la maleza con resplandor de azúcar. -Dentro de un rato me tomo otra aspirina y chau.

-Cuesta -dice Fabini. -Cuesta tanto llegar a la Fonte. ¿Usted que edad tiene, mijo?

-No me acuerdo -murmuro.

-Yo ya tengo 40. Y si no llegamos pronto se me va a reventar el corazón sin haberlo hecho cantar como la tierra pide.

-FONTE A LA VISTA!!!! -grita Manolo, señalando una especie de pequeña cascada color almíbar que fluye sin moverse y paraliza el curso del arroyo.

Entre los talas y los sarandíes asoman cabezas de aborígenes, gauchos y curas que parecen lavarse los ojos con el ORO. En la orilla hay niños y mujeres desnudas, bañándose silenciosamente.

-¿Y? -pregunta Fabini. -¿Valía la pena el viaje?

-Coño -me animo a decir. -Uno siente que los que están mirando tienen su verdadero rostro a flote.

-Ah Tololo -se ríe el Peludo. -Cortó como pa diez.

-Campo -suspira Fabini. -Esto es el CAMPO, mijo. Ahora tengo que cargarlo hasta allá. Duele tanto que mortifica.

-Che, Manolo -me doy vuelta agitando un índice acusador. -Me parece que esta luz ya la pintaste en los cresponarios, sinvergüenza.

-Eso lo dijo Guillermo Fernández -se defiende el hombre alto. -Yo no me bato el parche. Y además uno puede andar buscando otra cosita. Algún poema, por ejemplo.

Y alza las cejas y fabrica una trompa con bamboleante picardía.

-Bueno -ordena Fabini. -Hay que pegar la vuelta. A cuidar el tesoro, mis amigos.

Y se hunde el sombrero hasta el tronco de la oreja. Entonces Manolo se traga otra aspirina, rema para dar vuelta el bote y de golpe me observa desorbitadamente.

-NO TRAJISTE SOMBRERO, ANIMAL!!!! -me fulmina. -¿NO SABÍAS QUE EL SOLAZO NO PERDONA?

Y se cala la boina hasta la nariz y yo siento que el color del tesoro empieza a chorrearme rostro abajo, ilevantablemente.

ESTA VEZ había abierto la puerta del cuadro y entrado en una pesadilla de la que emergí sudando hielo. Estaba acostado en una de las camas instaladas por Fabini en *La patria vieja*, su rancho solisense para huéspedes. Escuché pájaros y un siseo de hoz y caminé hasta una ventana que derramaba filos de luz primaveral. Viché a través de la separación de las cortinas y descubrí a Fabini parado frente a un jazminero; usaba traje negro, camisa rayada y corbata de moña. De espaldas a él -a unos dos o tres metros- un quintero harapiento segaba el pasto.

Entonces el hombre sesentón entorna unos ojos telúricamente curvados hacia abajo y recita:

-En una de esas mañanas / de esas mañanas muy blancas / que parecen tener francas / ingenuidades de hermanas / en una de esas mañanas / al pie de ese mismo pino / se dieron el primer beso / y partieron su destino / con una sola palabra.

Y se besa los dedos y roza el lomo del árbol como quien acaricia un aroma de novia.

-Ho-nor -murmura el quintero, y Fabini no puede reprimir una mueca de fastidio y avanza en dirección a un jazmín del país ya florecido donde se concentra durante mucho rato hasta repetir la ceremonia galante.

Me vestí y salí. El maestro me escuchó y vino a darme la bienvenida con su verdadero rostro (el de las reverencias a las carnes florales) a flote. Usaba una colonia raramente viril.

-Este es Despacito -dijo, señalando al quintero.

El pequeño hombre roto se levantó y me dio la mano en cámara lenta, mientras murmuraba:

-Es un ho-nor.

Entonces Fabini me ofreció el brazo y caminamos hasta el jardín donde llevaba dos días posando para Manolo, bajo uno de los enormes ombúes.

-El pintor ya debe estar por llegar -informó. -Cuando se dedica no hay necesidad de ir a despertarlo. Bueno, usted tiene que desayunar.

-Yo tomo sólo mate.

El maestro me clavó una mirada de cristalización lacrimosa y advirtió:

-Mire que yo uso pava. Podremos estar en 1940 y los extraños podrán seguir inventando máquinas muy modernas para chicharrar el mundo, pero yo sigo usando la pava.

-No hay problema ninguno.

-¿No tendría la amabilidad de sentarse a esperarme allá abajo del ombú? Porque me levanté a tomar mate antes de aclarar pero después salí y fui dejando para más tarde ordenar algunas cositas que tengo por ahí.

Apenas me quedo solo -escuchando la orquestación del pajarerío y el chasquido de la hoz que se acerca desde el fondo- el sol parece tensarse como una seda sobre un par de caderas encantadas. Entonces veo a la mujer de facciones hermosas que observa el jardín apoyada sobre la ventana de la casa: una especie de almíbar moribundo le resplandece entre las arrugas, y tengo la certeza de que aquella va a ser la última vez que resueñe lo que no vivió. El sol flamea empañadamente sobre el filo de su cara de muchacha y yo me escapo a sentarme cuidándome de no cambiar un milímetro de lugar la silla vangoghiana.

-¿Sabe que yo fui guardia de honor de Santos? -me dijo Despacito, al llegar al ombú.

La vida es cruel, Stefanie -recé, sonriéndole silenciosamente a quien quisiera verme. Y repetí:

-¿Guardia de honor?

-Sí -cabeceó el quintero, recogiendo la bolsa de pasto perfumado. -Y le cuido las rosas a las Hortensias locas.

-BUENO, YO diría que esto está liquidado -sonrió Manuelito tres horas más tarde, y se fabricó una visera con la paleta para estudiar el oro sosegado que fluía de la tela. -O a lo mejor el que está liquidado soy yo. Vaya a saber.

Fabini no parecía entumecido, aunque avanzó hacia el caballete con la férrea inclinación de un árbol desnudamente expuesto al viento de la sierra. Y después de sondear el retrato dijo.

-Esto es así.

Y levantó un brazo para llamar a un vecino que pasaba por la calle: era un hombre cuarentón y de osamenta mansa, que nos dio la mano a los tres como si estuviéramos en un festejo sacramental.

-A ver -se puso muy serio el maestro, señalando la tela. -¿Quién le parece que es ese señor que está allí? ¿Usted lo conoce?

Entonces Manolo se contorsionó para pedirle por señas al vecino para que dijera que no lo conocía. El hombre hizo oscilar unos ojos más respetuosos que pícaros, y demoró un momento en responder:

-Ta clavado que es usted, maestro. Pero me parece que este bandido quiere que me haga el zonzo.

Y nos reímos los cuatro con felicidad.

FABINI PIDIÓ que esperásemos un rato porque tenía que hacerle un encargo a su hermano Enrique y nos sentamos abajo del otro ombú, con el cuadro a la vista.

-Qué lo parió -dijo Manolo, achatándose el pelo mojado. -A mí el sol me deshace. -Y después de entornar largamente los ojos en dirección al caballete agregó: -Me parece que no voy a usar más los pinceles. Cuando estuve en Montevideo vi un paisaje espatulado de Utrillo que tenía las paredes MÁS PAREDES que se deben haber pintado en el mundo. Una cosa increíble. Che: ¿te gustan los “arcoíris” que les encajé a las manchas de sol del casimir o es una idea muy bruta?

-A mí me gustan -demoré en contestar, completamente erizado.

Manolo está sentado adelante mío y no puede ver a la vieja de facciones frágiles que acaba de asomarse otra vez a la ventana: ella lo mira a él, y un denso rosado perfora el jardín como un foco de lava.

-Lástima que se me acabó la beca -chistó el muchacho. -Qué cositas que vi en Montevideo. Hasta anduve medio acollarao, loco. ¿No querés que ensille el mate?

La Hortensia se esfumó.

-Por mí no -murmuré.

Pero Manolo ya había agarrado el porongo y la caldera y avanzaba hacia la casa con demoledora ansiedad. Al volver relató prolijamente la estadía de cinco meses en Montevideo: la fallida incursión en Bellas Artes, el encuentro con Cúneo y la exposición

De David a nuestros días donde se había estaqueado frente al espesor humectante de Utrillo, Vlaminck y Cézanne.

-Fue un poco como cuando el maestro me llevó a saludar a Erick Kleiber después de un ensayo -resopló Manolo, y mordió la bombilla con incrustaciones áureas y opalinas. - Pero este petiso sudaba más que todas las paredes juntas de París, carajo: era una verdadera LOCOMOTORA HUMANA. Yo ya había visto unos cuantos ensayos y cuando le apreté la mano fue igual que si me hicieran una especie de TRANSFUSIÓN ORQUESTAL. Y ojo que todavía me falta contarte lo más ALTO de mi viaje al profundo Sur, botija. ¿Alguna vez oíste hablar del Ballet Joos?

-De ballet no sé nada.

-Yo tampoco. Pero fui a ver a la compañía de Kurt Joos, un alemán que estaba radicado en Inglaterra por oponerse al régimen nazi. Y bueno, cuando aparecen los bailarines iluminados a hacer la *Pavana para una infanta muerta* te encontrás con que no hay escenografía. Sólo luces, y dos pianos fuera del escenario. Entonces se va formando una guardia móvil de barrotes humanos que encierran a la infanta: tres de cada lado. Y ella trata de salir y trata de salir y trata de salir, hasta que va cayendo.

Manolo baja la cara y yo espío la ventana y allí está la vieja, dejando que un tul líquido le embellezca el cráneo. El llanto es asombrosamente joven y parece brotado de la Fonte, pero la ajenidad del rostro es increíble.

-Muchachos -llamó Fabini desde el portón. -¿Qué les parece si vamos a tomar un aperitivo a lo de García?

La Hortensia loca desapareció. Yo me paré muy transpirado y con necesidad de asfixiar el horror en un barril de caña, pero el muchacho de 19 años parecía menospreciar por completo la presencia devoradora.

-Yo recién empecé con el mate -nos hizo una seña Manolo para que arrancáramos solos. -Y de paso vigilo a este Renoir después-de-la-gripe, a ver si no estornuda demasiado.

-QUÉ PELIGRO -suspiró Fabini mientras caminábamos hacia La Cruz del Sur. -Este muchacho es capaz de ponerse a corregir ahora mismo y terminar mandando el cuadro al diablo. ¿Se enteró que *Circo el mediodía* acaba de ganar un premio en el Salón Municipal, además de recibir el reconocimiento de la crítica?

-Sí -cabeceé, enervado por la alusión al diablo.

-Bueno, fíjese que a esa tela se la tuve que sacar de las manos y encuadrarla y presentarla al Salón por mi cuenta. Porque a Manuelito no lo conformó nunca. Y ahora ando tratando de venderle otras obras allá en Montevideo, a ver si puede hacer unos pesos. Porque acá trabaja solamente pintando carteles. Eso sí: la plata siempre va a dar a manos del padre, para parar la olla. Pero viven en una pobreza que no tiene nombre. Manolito produce poco, además. Yo lo pincho para que saque apuntes de lo que se va extinguiendo en el campo: las mangueras de piedra o los tipos característicos del pueblo. Muere todo un mundo allí. Pero en fin, los muchachos con condiciones a veces son caprichosos y no hay vuelta que darle. Ellos llevan algo que se podría llamar EL PAISAJE ESENCIAL en la sangre y esa palpitación es lo que les marca el compás del trabajo. En cambio nosotros tenemos que vivir parando la oreja continuamente para que la naturaleza nos dé el tono. Escuche, escuche a ese sabiá que hay en la jaula del vecino. Ese es un sabiá del Litoral: tienen un fraseo distinto que los de las sierras.

Ya hacía mucho calor. Media cuadra antes de llegar al almacén de José García nos cruzamos con un tambaleante muchacho pelirrojo que no me saludó.

-Oiga -insistió Fabini, torciendo la cara hacia una explosión de chicharras. -Ese es el sonido inspirador del comienzo de *Campo*. Todo el mundo cree que el comienzo representa el amanecer, pero el comienzo es eso: la siesta. Y el inicio de la *Melga sinfónica* apareció por una espantada de teros.

En la Cruz del Sur todavía estaba fresco, y nos sentamos al lado del mostrador y pedimos un jerez y una caña de La Habana. García adjuntó un plato con queso semiduro para picar,

-Salud -sonrió el maestro. -Pienso que Manuelito pintó su segundo gran cuadro y que además quedó contento de veras. No creo que lo estropee.

-¿Usted cree en el diablo, maestro?

Fabini no se inmutó, pero cerró un momento los ojos para madurar la respuesta.

-De lo que estoy seguro es de que hay alturas del alma donde eso que llaman el diablo o los lobizones de Yemanjá o las Gárgolas empelucadas ni siquiera se meten, mijo. Porque saben que no tienen lugar.

-Brindo por las alturas.

Fabini no tomaba más de una copa, y respeté la costumbre.

-Vamos a tener que apurar el paso -ordenó mientras nos incrustábamos en el sopor de la vereda. -Porque ya debe estar la comida pronta.

-¿Su mujer cocina? -me atreví a preguntar, recordando el rostro de la ventana.

-Sí. Pero ella se quedó en Montevideo, esta vez.

No pude decir nada.

ESTAMOS EN el Tasende Bar: Fabini es cincuentón y Manolo setentón. Yo ni siquiera existo del todo.

-Hágame caso, maestro. Pruebe la muzzarella al tachó -insiste Manolo, levantando el brazo hacia el mozo para que traiga otra porción. -Si uno viene al Tasende es para comer la especialidad de la casa, ¿no?

Y me da una palmadita en la cabeza. Fabini parece preocupado.

*-En este momento Calcavecchia ya debe haber empezado a pasar en limpio **Campo** -dice.
-No sé cómo caí en la imprudencia de entregar los originales antes de tener la total seguridad de que estaban bien. Lo que pasa es que me empujaron tanto que al final me hicieron perder hasta el sombrero. Y ahora estamos embromados.*

Yo pido mi segundo vaso y observó el nácar compacto que cubre las ventanas. No es la luna, pienso: es el alba de París. Lo que tendría que hacer es salir a gritar por ahí que preciso un cigarrillo. Porque me siento triste de verdad.

-Gracias -le dice Manolo al mozo, y engulle un triángulo de hervor elástico casi sin masticar.

Entonces veo a la muchacha, recortada celestemente en la vereda. No le distingo muy bien las facciones, pero sé que ha venido a ofrecerme un Peter Stuyvesant. Me lo tira desde afuera y Fabini rezonga:

-Pero si yo tengo Sinniko, mijo.

Enseguida llega otra muchacha que tiene un largo pelo cobrizo y un traje de fiesta con mucho escote.

-La desnudez no es mala, maestro -dice Manolo. -Yo viví siempre en cueros y aquí me ve: con más paz de conciencia que un vagabundo.

Entonces miro a la segunda muchacha y le digo sin hablar:

-Yo vivo siempre con la misma ropa. No es que esté sucio. Nunca se lo quise explicar a nadie, pero no tengo más que esta ropa.

La segunda muchacha empieza a fosforecer y le comenta a la otra:

-Fijate vos. Quiere decir que no era por suciedad que me miraba tanto el escote.

Y entran al Tasende y se sientan a tomar cerveza.

-Me parece que llegó la Hortensia loca, maestro -murmuro. -No la quiero ver más. Dígale que se vaya.

-¿Pero dónde diablos la ve? -se alarma Fabini.

-Allá. Contra la ventana que da al Palacio Estévez. Son dos. Pero la Hortensia Loca es la que lleva el traje color almíbar.

-Yo lo que veo en aquella mesa es un jardín del cabo y un jazmín del país capaces de conquistarme más que la misma Fonte. Y recién ahora me doy cuenta que a los jazmineros habría que regarlos con espuma de cerveza.

-Todo es investigativo -sentencia Manolo. Y casi me grita: -No se cague, carajo. Y descubra lo que tiene que descubrir, a ver si la Sacratísima Humanidad no se nos termina de ir a la mierda!!!!

Prendo el cigarrillo y miro a la segunda muchacha. No tiene nada de diablo y sus pupilas de plata me perdonan y me abrigan con una densidad más carnal que estrellada. El tesoro, pienso: Todavía no terminamos de salvar el tesoro.

Me desperté de la siesta con la brumosa sensación de ser un Hombre Nuevo. Estaba atardeciendo, y Despacito podaba los arbustos del fondo.

-Un ho-nor -saludó, acomodándose la boina.

El caballete ya había sido retirado del jardín, pero Fabini seguía sentado bajo el ombú. Ahora usaba traje blanco y tocaba fatigosamente la guitarra. Parecía muy envejecido.

-Por fin -sonrió al terminar el *Triste N° 2*. -¿Sabe que usted acaba de dormir una siesta que duró nueve años? Estamos en 1949.

-¿Y Manolo?

-Recién salió a dar una vuelta. Pero mire que ya hace meses que vive en Montevideo. Hoy lo encuentra por casualidad en Solís, de visita. ¿Escucho la transcripción que hizo Rapat del *Triste*? Cuando lo oí den mi casa le tuve que pedir que lo repitiera dos veces, para poder descifrar algunos malabarismos que no se me aparecían demasiado claros estando -como estaban- muy bien hechos. Y el hombre parecía preocupado porque pensaba que yo tal vez no iba a aprobarlo.

-¿Y qué me dice de la versión del *Triste* que toca Olga Pierri con el conjunto?

Fabini se esforzó para observar la luna que ascendía detrás de la alameda plantada en la otra cuadra por su hermano Enrique y dijo:

-Yo no soy religioso y sin embargo siempre he sentido que Olguita vendría a ser una especie de Nuestra Señora de la guitarra uruguaya. Quién sabe lo que surgirá de esa escuela. ¿Vamos a dar un paseo por el fondo? Últimamente tengo prohibido caminar mucho.

Pensé en mi pesadilla.

-Allá anda Despacito con sus jazmines -jadeó Fabini, dándome el brazo y emponchándose un momento con la particularísima dulzura de su colonia. -Manolo dice que Despacito se agarró un metejón con los jazmines, pero en realidad él ha vivido siempre enamorado de las muñecas que se ven pasar en el gallo de Felisberto.

Entonces recuerdo a la vieja que nos acechó durante aquel mediodía de 1940 y entiendo que el Hombre Nuevo está condenado a redimir las alucinaciones del horror, de aquí a la eternidad.

-¿Manolo no habrá ido a darse un baño espacial, como en los viejos tiempos? -pregunto al enfrentarnos a los jazmineros.

-Puede ser. Aquel anda muy obsesionado con la llegada del hombre a la luna. Desde que era muy jovencito ya viene hablando de eso.

-¿Y usted qué opina de eso?

-Yo escucho. No digo ni que sí ni que no. Reconozco que cuanto más de cerca podamos respirar la gran blancura nocturna mejor podremos comprender la gran infinitud.

Y mientras yo recuerdo el reino de las pupilas de Ojos de Plata escuchamos gritar:

-ACABAMOS DE PISAR LA LUNA, MAESTRO!!!!

Manolo está parado abajo del ombú, con el saco de pana azul eléctrico cubierto por filtraciones que parecen medallas nacaradas.

-Viene de 1969 -le explico nerviosamente a Fabini.

Pero el maestro no sólo asimila la noticia con impasibilidad sino que retruca, levantándose el ala del sombrero:

-Buenos, menos mal. Ahora esperemos que la Humanidad no termine dándole de comer estrellas a las gallinas.

QUINTA PUERTA: CIERTO REGRESO, CIERTA CONTINUIDAD, CIERTO SUEÑO

ABRÍ LA puerta del cuadro y aparecí en la plaza de Solís de Mataojo, mirando trabajar al farolero Benítez. El hombre subió la escalera recortándose sobre el cielorraso purpúreo y después de manipular la llamarada (que terminó por espejarse enteramente en su sudor) silbó una polquita de morondanga y se trasladó hacia la próxima columna.

-¿Jugás a la chanta? -me preguntó Manuelito cuando la plaza se había transformado en un gran estadio dorado.

Tenemos 10 años. Mis padres me dejaron venir a pasar el fin de semana al pueblo, donde Manolo vive temporalmente en la casa de los tíos Pedro Garateguy y María Espínola. El General -que trabaja colaborando con su cuñado Cecilio en el pago de los sueldos de la trilla- fue a buscarme el viernes a Punta Gorda y me trajo a caballo. En la casa de los Garateguy estaba de visita Quintín Castillos, el autor del legendario Bromazo del Pedo: era un hombre macizo y curtido, parecido al Viejo Pancho y con unos aletargados (aunque no jubilados) ojos de yagareté. (Muchos años después Manolo me diría: “Si hubiera vivido en Solís, Ricardito Strauss seguramente habría compuesto otro poema sinfónico titulado *Quintín Enlespiegel*.)

-Pucha. Ese viejo me ensilló -dice mi amigo, mientras arrima su bolita para decidir quién sale jugando. -¿Qué te parece si fundamos el Bromazo Fútbol Club, con sedes en Solís y Punta Gorda? Podríamos tener actividad deportiva y joditiva al mismo tiempo.

-En ese caso se tendría que llamar Institución Social y Deportiva El Bromazo -lo corrijo.

-Sin pecado concebida -irrumpió una voz que nos hizo saltar.

El chiquilín estaba vestido de marinero, y la claridad del traje parecía volver a emergerle en las córneas casi fluorescentes.

-Salute -murmuró empinando un frasco lleno de un jarabe del color de sus pecas y su pelo cortado a lo Juana de Arco.

-Tomatito!!!! -sonrió Manolo

-Aquí estoy porque he venido. Salute -repitió el pelirrojo, incrustándose el frasco en un bolsillo. Después avanzó unos pasos y agregó, crudamente maquillado por la espesura del farol:

-La muerte me dejó libre.

Nos sentamos en el cordón de la vereda, y Tomatito le cuenta las novedades a Manolo (mientras el redoblar del ranerío se infla sobre los grillos y las flores segregan algo como los restos agridulces de un corso): su hermano murió hace una semana en un hospital montevideano, y la familia decidió inmediatamente volver a radicarse en el pueblo.

-Mirá vos. Pobre Chapete -sube la cara Manolo. -Va a llover que da miedo.

-¿Seguiste dibujando? -pregunta el pelirrojo.

-Sí. Si habré dibujado: a mí me costó un corte de trompa y a Tornesi una vitrina. Roy Rogers sabe la historia.

Poco tiempo después que el General se afeitara el bigote te empezó a obsesionar el perfil protuberante de Arquímedes Tornesi y un día estabas en la peluquería sin nada que hacer y con tus 8 años grafitaste un retrato donde la fenomenal nariz del peluquero se prolongaba en el reverso de la hoja y el hombre ungido en talco festejó entusiastamente la ocurrencia y otro día te largaste a copiar la foto del ómnibus Banderita apoyado sobre el vidrio del exhibidor y de golpe aprendiste que la vida se puede desbocar en un CRASHHHH!!!! de relámpago.

-Tch: es una cicatriz más boba que un lunar -arquea los hombros el pecoso. -Aunque te va a durar hasta que te mueras. ¿Alguien quiere vineta?

Y destapa el frasco de jarabe y engulle un trago muy largo, con los párpados prensados por la devoción.

-¿Vineta? -dice Manolo. -¿Pero vos estás loco? Andate, que ya está lloviendo.

Entonces Tomatito levanta unos ojos insondablemente aterciopelados y retruca:

-¿Todavía no sabés que la vineta es la única bebida que te hace ser un buen lobizón de la guarda, botija?

Y se queda sentado bajo la lluvia.

AL LLEGAR a la plaza nos cambiamos las camisas y las medias ensopadas, y cenamos con los tíos de Manolo. La tía María come los tallarines con salsa azucarada y toma unas píldoras del padre Vilas, quejándose de un dolor que se le mueve entre el hígado y el estómago. Al rato estamos todos aplaudiendo la teatralidad rampante de un recitado de Manuelito y la tía se olvida de la dolencia y yo del chiquilín que tomaba vineta y hablaba como un viejo. Ahora llueve mansamente. Los tíos se acuestan y nosotros nos quedamos con el gato en el comedor, donde tenemos armadas las camas.

-Mirá qué relámpagos de la masita -dice Manolo al apagar la lámpara. -¿Vamos a hacer un EXPERIMENTO LUMÍNICO con el gato?

Y levantó la sombra arqueada del animal y se acercó a la celosía por donde penetraban los tableteos de azufre. Pero cuando el gato reflejó casi enceguecedoramente la próxima explosión -y Manolo cerró los ojos y le besó la panza- su cabeza de transformó en un rostro de niña que desapareció enseguida, con el rodar del trueno.

-Bueno, vaya a dormir de una vez -dice mi amigo, soltando al bicho en la penumbra de la cocina. Y se mete en la cama y al rato murmura: -Estoy medio triste, loco.

-¿De qué murió el hermano del pelirrojo?

-Nació enfermo. Dicen que tenía el estómago hecho una masa con el páncreas y el hígado. Algo así. Era compañero de escuela mío, pero casi nunca iba. Un tipo inteligentísimo. Se pasaba leyendo de todo, con Tomatito. Yo jugaba con ellos cuando venían a la casa de la prima, aquí enfrente.

Chapete andaba siempre de pantalón largo y tenía cuerpo de títere y los labios cianóticos y una mirada estoica y empozada y la vez que se sentaron juntos en el cine y se atacó de tos hasta quedar azul estuviste a punto de rezar para que se calmara y una tarde te desafió a luchar en la casa de la prima y rodaste y te revolcaste abrazado de tus huesitos y te diste por vencido fingiendo no poder más y Chapete creyó ahogadamente en su victoria.

-¿Tomatito era el menor? -pregunto, desvelado.

-Sí. Dos años menor. Y fue como un esclavo del otro. Pero el otro era un bicho fabuloso. Yo soñaba con hacerle un dibujo, pero nunca me animé. Porque la idea era hacerle un ojo, nada más: UN OJO COMO UN FARO. Y el resto de la cara que se fuera perdiendo.

Y otra tarde te animaste a esconderte con la prima de Chapete en el baño y besar en la boca a la chiquilina de 7 años igual que en la pantalla cinematográfica y como si saborearas el color de un helado y de golpe escucharon el pestillo y la puerta dejó asomar milimétricamente un OJO que te ofrendó la primera HERMANDAD EN LA LUZ que conociste.

-A mí me gustaría ser director de cine -agrega Manolo, euforizándose. -Y filmaría todo. TODO. Que no quedara nada perdido. ¿Vos sabías que aquí vino un ingeniero el año pasado y filmó a medio pueblo? Vino con un sobrino de Fabini. Yo pedí para salir, también. Y Chapete también quedó GUARDADO allí. ¿No es algo fabuloso?

-¿No sabés cómo se llamaba el sobrino?

-No. Creo que Romeo. A lo mejor Tomatito se acuerda. Aunque él se quedó sin salir en la cinta: nunca pudimos saber dónde carajo andaba ni lo que hacía. Y Paloma (la prima) y mi gato tampoco aparecieron, qué joder. A mí me pone medio tristón todo ese desperdicio.

-A mí también.

-Che: llueve como la puta, otra vez.

Cuando recién se mudaron al pueblo dormían con el General en un cuarto sin cielorraso y en invierno las chapas condensaban goterones insufribles y el General colocó un tablón de cabecera a piesera encima de tu cama y tendió un poncho de fieltro donde se deshacían los colmillos de la intemperie hasta que tía María les pagó un cielorraso de pinotea con la plata que guardó de una lotería que el General no compartió por puro capricho de “cabulista” y empezaste a entender que vivías en un planeta indescifablemente doloroso y seguro.

Al rato me levanto para ir al baño y al atravesar la cocina veo que el gato rebrilla y me sonríe con facciones de niña, otra vez.

EL SÁBADO demoramos bastante en reponernos de la confusión que sufrimos en la matinée del cine Ariel, viendo *De carne somos*. Ni siquiera buscamos chiquilines para formar el cuadro de la Institución Social y Deportiva El Bromazo, aunque deambulando en dirección al arroyo Manolo me propone que lo pruebe en el arco y elegimos un baldío con muy poco declive que hay atrás de la modernísima escuela. Manolo ataja bien, especialmente por arriba. Y de golpe se zambulle para prensar un tiro envenenado, y al aterrizar apoya la cabeza contra la pelota de trapo y dice:

-¿Te diste cuenta que el piano del cine también lloraba? No sé si Miralpeix o Maruja Delgado estarían llorando cuando tocaban. Pero el piano sí.

-¿Pero vos sabés cuál des la diferencia que hay entre llorar de amor y llorar de tristeza?
-nos volvió a sorprender Tomatito, ahora recortado sobre el chalet de Enrique Fabini (y avanzando hacia nosotros como si se dejara empujar por la frescura del atardecer, que le aturquesaba compactamente el traje de marinero). -La diferencia está en que los que lloran de amor ACABAN DE VER PASAR AL ÁNGEL. Y lo saludan con agua de la Fonte. Salute.

Y destapó el frasco de vineta y lo hizo reverberar contra el verdor ya estriado por resedas rojizas.

-¿Y vos de dónde saliste? -se ríe Manolo, incorporándose con la camisa y el pantalón llenos de barro.

-De aquí atrás -frunce una seña el pecoso. -Mi primo me trajo a lo de don Enrique.

-¿Y por qué no fuiste al biógrafo? Dieron una película increíble.

-¿Cómo que no fui al biógrafo? Estuve parado todo el tiempo atrás de ustedes mientras Delgado tiraba los cohetes. Pero después no quise entrar a ver esa película.

-Te puedo asegurar que Emil Jannings es lo más grande que existe -demora en reaccionar Manolo.

-LÁGRIMAS DE TRISTEZA!!!! -se ensañó Tomatito. -¡ALMAS DE CARNE!!!! VADE RETRO, GÁRGOLAS!!!! Y volvió a besar el frasco entre la luz ya malva y se puso en cuatro patas y entornó una mirada perruna.

-Cuando Chapete empezó a agonizar me tenía que poner así -explicó. -Mamá me dejaba llevar vineta al sanatorio y yo me emborrachaba y me quedaba así y Chapete me acariciaba y decía: **Se acaba de meter la Gárgola en el jardín, Guardián. Chumbale.** Y yo ladraba y después lo lamía. Y un rato antes de morir Chapete abrió un OJAZO y me dijo **Gracias, ángel. EL ORO!!!! EL ORO!!!!** Fue lo último que dijo.

-Che, Tomatito -pregunta Manolo cuando nos paramos para irnos. -¿Y vos por casualidad no te acordarás cómo se llamaba el sobrino de Fabini que vino con Camps cuando hicieron aquella filmación, antes de que ustedes se fueran para Montevideo?

-Se llamaba Romeo. Y tenía un amigo que fumaba en pipa y me regaló un bastón de caramelo con los colores del 13.

-ENTONCES ERA EL CUIDADOR DEL MOLINO DE LA CANTERA!!!! -pego un salto. -EL RUSO MIJAIL!!!! A nosotros también nos regala unos caramelos gigantes y se pasa fumando en pipa y filmando todo el día.

-Oíme: vamos a ver al ruso. YA!!!! -nos arenga Tomatito.

-Pero queda en Punta Gorda -me achico. -Hay que caminar una barbaridad y se viene la noche, loco.

-Hay que ir YA -se interpone Manolo, con ojos de Tom Tyler.

HICIMOS TODO el trayecto -el tramo de la carretera rumbo al norte, el cruce del monte eucaliptuno (según lo adjetivó Manolo) y la posterior caminata hasta Malvín-sobrevolados por una luna llena que apareció como una nave prodigiosamente programada para custodiar a la patrulla del Bromazo.

-Allá está. Es un molino de agua hecho por el 1800 -expliqué al llegar a la cantera, mientras contorneábamos el roquedal proyectado a pico sobre el pequeño valle donde el arroyo viboreaba rielando hasta desembocar en el Río de la Plata.

La fachada casi cuadrada del Molino de Pérez se erguía como una esfinge pulida por las mareas, y su sombra devoraba el ala inferior del edificio -donde vi titilar la ventana del ruso- con una ferocidad de ángulos picassianos.

Mijail no nos hace pasar al subsuelo donde vive. Adentro suena un armonio.

-Tengo visitas -murmura soplando el humo dulzón hacia la luna. -¿Qué precisan? ¿Es urgente?

-Sí -sonríe Tomatito. -Habría que demostrarle a quien sea que CADA SENTIDO OLVIDADO TENDRÁ SU FIESTA DE RESURRECCIÓN. Hoy estos locos lloraron como yeguas viendo *De carne somos*, allá en Solís de Mataojo.

-Bueno, no se olviden que estamos en 1958 y ustedes vienen de 1931 -se entusiasma el ruso. Hay muchos adelantos. ¿Qué quieren ver?

-La filmación que hicieron en el pueblo -dice Manolo, espiando por la ventana. Y nos hace una seña: -Che, mirá. Ahí adentro está Eduardo Fabini!!!!

-Ahí adentro hay una Brigada del Gran Tiempo trabajando. No armen barullo -nos atajó el ruso. -El que toca el armonio se llama Wolfgang Amadeus y el viejito barbudo León Nicoláievich: siglos XVIII y XIX reconectando diálogos. Joseph Conrad, Eduardo Fabini y Felisberto Hernández están invitados como moderadores.

Y traspuso la diagonal de sombra y caminó en dirección a la fachada igual que un narco empenachado.

-La MUTACIÓN DEL TIEMPO siempre debe celebrarse frente al COLOR ESENCIAL -nos explica encendiendo dos velas que apenas apenumbra el balcón. -Siéntense en el suelo, hijos.

Los tablones están muy húmedos.

-Oiga -dice Manolo. -¿Por casualidad usted no conoce el Bromazo del Pedo?

-¿El de Quintín Castillos? -se ríe el ruso. -Lo tengo en primera fase de reconstrucción. Sin ángeles.

-No importa -dice Tomatito. -Páselo igual.

Entonces Mijail pone en funcionamiento un destellador de ardor -que parece una farola empotrada en el muro- y las piedras del fondo del galpón se entreabren implantando un escenario tridimensional donde el joven Quintín Castillos galopa hacia el rancho de una familia conocida.

En el rancho con piso de tierra había un bailongo muy iluminado y Quintín ató el caballo y se paró en la puerta después de meses de no frecuentar a los Carrión por unos problemas que habían tenido y cuando la dueña de casa lo vio le comentó altisonantemente a otra comadre No te dije que hasta el terutero cantaba y Quintín dejó pasar la burla y esperó que los bailarines se sentaran y enderezó hacia la hija menor de la casa y empezó a galantearla como si no existiera ofensa capaz de resistir el encanto un poco gordo pero de busto altivo y pupilas de topacio de la moza ya casadera y cuando empezó la próxima polca Quintín sacó a bailar a la susodicha y al volver para sentarse él terció su ponchito veraniego sobre el respaldo de la silla que iba a ocupar la muchacha quedando parte del mismo sobre el asiento lo cual significaba toda una galantería y cuando ella apoyó la vaporosidad de su vestido en la paja románticamente tapizada se le escapó un pedo tan fenomenal que no hubo nadie en el bailongo que no quedara oyendo el latir de los grillos y ella se levantó de golpe y corrió llorando para adentro seguida por el mujerío familiar y Quintín se quejaba de la irrespetuosidad de los Carrión dándose golpes en el pecho como los cocoliches de los sainetes y hubo quien se acercó a calmarlo o a disculparse pero el bailarín salió dando zancadas y jurando vengarse y ya nadie lo siguió y al enfrentar los ojos de su caballo le mostró la vejiga a medio desinflar que le había atado a los flecos del poncho y le dijo al alazán Amigazo de aquí fue que salió el pedo mortal y montó y lloró de risa hasta llegar a su casa.

-Un ángel vengador -dice Tomatito cuando terminamos de festejar escandalosamente el bromazo de Quintín. -Brindo por esos ángeles.

Y levanta con exageración el frasco.

-Bueno: ahora la filmación de Solís -anuncia el ruso, después de incendiar un fósforo en una vela para volver a prender la pipa. -Aunque les advierto que hay una sola escena reconstruida con ángeles. ¿Quieren un caramelo?

Ninguno contesta. Pero nos miramos con mi amigo, y es como si él dijera:

-Putá, cómo hinchán las pelotas estos tipos con los ángeles.

Entonces empezó a arder el destellador del Gran Tiempo reimplantando la atmósfera de Solís de Matajojo para que desfilara don Miguel Álvarez paseando enlutadamente por la vereda del club y doña Tana Salsamendi espantando una gallina a escobazos y el comisario Exequiel Palacios junto a sus subalternos y Eduardo Fabini vestido por el esplendor de sus 46 años y de golpe Manuelito (que había insistido en “salir”): pero mientras el chiquilín firuleteaba agarrándose las manos en la espalda y dibujando un ocho en la calle con su caminar menudo había un gato muy negro y con hermosísimas facciones de infanta sobrevolándolo y detrás venía Chapete con su larga cabeza engominada y las piernas de títere enfundadas en un pantalón largo seguido por un perro guardián con el rostro de Tomatito.

Ahora ya no nos queda más remedio que creerlo. Y Manolo murmura, con la dentadjura brillándole de oreja a oreja:

-¿Así que vivo con las paloma ronroneándome atrás?

Y Tomatito agrega:

-A veces hay que ser perro. Y hasta lobizón, pibe.

Y yo siento que la tela de una iglesia pintada por mi padre me protege del horror como un manto sagrado.

Y AL otro día fueron al Club Social toda la tarde y mientras Tomatito y Roy Rogers saboreaban el jolgorio dominguero estaqueados en el frontón donde el general acababa de plantear un desafío por joder a la pelota vasca (botella contra share) te metiste con Paloma en una pieza penumbrosa y empezaste a besarla en la boca sintiéndote Gary Cooper aunque cuando tuviste necesidad de pararla sobre una mesa y subirle la pollerita y zambullirte como un pescador de perlas en la marea rosada de sus muslos (recordando confusamente un rancho y una siesta sudorosa transcurrida entre Irenes y Elviras y Clotildes que largaban risitas con las piernas espejeantes como el Matajojo cuando el amanecer empieza a irregularizar los coros de los sapos según le mostraría Fabini a un amigo muchos años después) sentiste que no era carne lo que estabas besando.

El General acaba de perder el desafío y me saluda levantando la botella, que se incrusta un momento en el sol ya rasante. Entonces me doy cuenta que Tomatito no está al lado mío y voy a buscarlo adentro. Lo encuentro discutiendo con Manolo en una pieza que hay al costado de la escalera: mi amigo está terriblemente pálido.

-Se armó -informa Tomatito. -Mi tío pescó a Gary Cooper haciendo COSAS RARAS con Paloma arriba de esta mesa.

-Pero no entiendo -se saca su impecable saco dominguero Manolo, para despegarse la camisa del pecho. -No entiendo cómo se puede tener tanta mala suerte, me cago en la gran puta.

-Más bien que lo que no se puede tener es la puerta abierta -destapa la vineta el pecoso. - ¿Querés un trago?

-No. ¿Está muy bravo tu tío?

-ES muy bravo. A vos te podrá parecer una malva, pero cuando se calienta agarrate.

-¿Y qué carajo hacemos aquí? -protesto, sin atreverme a averiguar cuáles fueron las COSAS RARAS. -Vámonos de una vez.

-¿Tas loco, vos? Mi tío me dio orden terminante de que lo esperaríamos aquí. Cuando me vine del frontón lo encontré en la cabina y me dijo: TENGO QUE HABLAR HOY MISMO CON MANUELITO.

-¿Y Paloma?

-Se fue hace un rato para la casa -dice mi amigo, chorreando como un ahogado. -Mirá si nos pesca el padre.

-TE PUDE HABER VISTO YO, TAMBIÉN. O CUALQUIERA -se alborota el pecoso.
-SHHHH. Escuchá esos tacazos en la escalera. Ahí viene.

El tío es alto y usa un traje azabache y un reloj con una gruesa cadena de plata ciñéndole la barriga.

-Manuelito -nos hace subir torcidamente los ojos hacia su voz serena. -En vista de tus probadas condiciones, tengo el honor de encargarte la decoración del espejo grande del club para los próximos carnavales. Podemos proporcionarte lo que necesites cuando estés dispuesto.

Entonces Tomatito corre hasta la puerta y nos grita, igual que si festejara un gol:

-BROMAZO OLÍMPICO, SEÑORES!!!! SIN PECADO CONCEBIDO!!!!

Y TUVISTE que luchar a brazo partido para fijar los perfiles de Pierrot y de Colombina porque la acuarela inapropiadamente utilizada por falta de experiencia chorreaba sobre el espejo y ahora te sentías el único responsable de implantar un garabato que emponchara más que el posible desamparo del pueblo antes de los carnavales la ostensible “belle époque” que se daba también allí y no sólo en París: y mientras pinceleabas lamiéndote el sudor te sentiste el farolero Benítez y recordaste el ojo indeleble de Chapete y el oro de la farola del ruso y el revuelo de los ángeles y acaso comprendiste definitivamente que Solís de Matajojo (y la Humanidad entera) era un

atrincheramiento (sin ningún desperdicio concebible) en lucha contra el lóbrego señorío del misterio porque mientras hubiera misterio habría tristeza.

SEXTA PUERTA: IRRUPCIÓN

ABRÍ LA puerta del cuadro y ayudé a bajar a mi mujer de un 104, en la Plaza Independencia. Era la penúltima noche de octubre de 1980 y nosotros íbamos al vernissage de la retrospectiva de Manolo que organizaba Galería Latina. La galería quedaba en Sarandí y Policía Vieja, y también se inauguraba aquella noche.

-Qué ganas de comer unos panchos en La Pasiva -dijo mi mujer. -Pero ya es tardísimo.

-Podés ir haciendo boca en el vernissage -murmuré, apoyando una imperiosa mano sobre su embarazo de siete meses para que no bajara a la calle.

Frente a nosotros cruza una limusina que se recorta fantasmalmente sobre la mole de mármol barcino que erigió la dictadura para exponer la pulverización de Artigas: la limusina es blanca como la melena y el traje del hombre que la maneja: el hombre no es un chofer profesional y usa unos lentes espejados que apenas le disimulan las facciones de Gárgola: me mira y lo reconozco.

-¿Qué te pasa? -preguntó ella. -Estás pálido. ¿Viste qué limusina? ¿Vendrá al Victoria Plaza?

-No. Es Moby Dick -le dije, observando cómo el horrendo brillo se acercaba a la Puerta de la Ciudadela y desaparecía por Sarandí. -Viene desde el infierno, nada más que para ver la retrospectiva del Peludo Espínola Gómez. ¿No es un honor?

MIENTRAS RECORRÍAMOS las dos cuerdas escasas que nos separaban de la galería retomé la composición mental de un poema que me flotaba en la cabeza desde el mediodía: tenía soñados sólo seis versos, pero segregaban una frutalidad resistente.

-Moby Dick no se ve por ningún lado. Debe haber estacionado a la vuelta -comenté, contemplando la comparsa de siluetas chinescas que derramaba la flamante galería hacia la calle.

-Bueno -ordenó mi mujer. -Ahora tratá de no pasarte con el whisky, que estás con el estómago vacío.

Lo que no tengo es el pasado vacío -pensé, recordando el cementerio de La Teja y los ojos del chofer del auto-ballena.

Un hombre barbudo de gestualidad infatigablemente simpática se presentaba como Pablo Marks y saludaba con un apretón de manos a cada uno de los que nos metíamos en el hervidero.

*Apenas se puede caminar y tratamos de abrírnos paso hasta el subsuelo donde está expuesta la retrospectiva y de golpe me parece ver relampaguear los ojos de la Gárgola entre la pitucada y los figurones y las sirenas con las pelambres teñidas de violeta o de verde como en el Boul Mich de los tiempos heroicos: y necesito whisky pero no hay ningún mozo a mano y debo proteger el perfil de mi mujer mientras somos empujados por la escalera: entonces me defiendo rezando cabeza adentro “Para nadie hay descanso: / ni en la felicidad / ni en el barro del fondo. / Los hombres contrasurcan una corriente parda / -raramente rielante- / donde al fin flotarán / con las branquias quebradas”: y al empezar a despeñarnos por el segundo tramo y avistar las atmósferas solisenses clarinando en el subsuelo-pecera me brotan otros versos como catapultados: “¿Pero cuántos emergen / sobre los maremotos de nuestra travesía?”: y al toparme con Manolo lo abrazo y le hago un chiste a propósito de su nueva indumentaria y recuerdo la humildad del saco azul eléctrico y él sigue saludando a “**distanciados**” “**despistados**” **snoobs especialistas investigadores aficionados o autores** con el alma caldeada: y tratamos de vichar la mayor cantidad posible de cuadros y me olvido de la Gárgola y del whisky y del poema hasta que mi compañera no aguanta más el apelmazamiento y decidimos salir a festejar el triunfo de Manolo con panchos y cerveza.*

En La Pasiva había poca gente y conseguimos una mesa cerca de la ventana. Yo me senté de espaldas a la calle y devoré la espesura espumosa y dorada de medio chopp mientras llegaban los primeros frankfurters. Entonces pude completar la estrofa catapultada en el subsuelo de la galería: “*¿Pero cuántos emergen / sobre los maremotos de nuestra travesía / para morder al aire / y arrancarle burbujas al remanso espacial?*”

-Me parece que salió el primer poema del libro de mi padre -anuncié.

El 2 de noviembre iba a hacer exactamente un año que supe de repente -leyendo a Lezama Lima frente a un atardecer que se espejaba como la zarza bíblica sobre los eucaliptos- que la congestión pulmonar de mi padre era un cáncer.

-¿Ya está terminado? -preguntó mi mujer, entornando los ojos al sorber la cerveza.

-Me falta un verso.

Y sentí que podría esculpirlo en cuestión de segundos.

-Se va a llamar *La invencibilidad* -agregué.

Y contemplo el cardumen de palomas turquesas que atraviesa los ojos de mi compañera y siento que no hay finales felices sino guirnaldas cósmicas anudando las historias de hombres y de mujeres que eligieron amar el callado envoltorio del estrellero: Mirá señala ella Allí va la limusina asesina otra vez pero no me doy vuelta: Será tan invencible como Moby Dick pregunta sonriendo y yo liquido el chopp recordando el destello polifocalista y rubrico amansado: “Sólo la luz lo sabe”.

LA MAÑANA del 19 de enero de 1981 yo iba caminando por Sarandí en dirección al Registro Civil para anotar a mi segundo hijo -nacido el miércoles anterior- cuando al pasar frente a la Galería Latina me desconcerté: el cartelón que anunciaba la retrospectiva de Manolo seguía flameando afuera. No tuve más remedio que entrar y enterarme que la

muestra ya había sido definitivamente clausurada, aunque permanecía montada para una filmación.

-¿No se podrá bajar a verla un momento? -me animé a sugerir.

La mujer miró el reloj y contestó con suavidad:

-Vuelva dentro de media hora.

A las diez de la mañana mi hijo ya era ciudadano uruguayo oficial y Pablo Marks permitió que alumbraran el subsuelo sólo para mi sombra. Entonces pedí prestado uno de los lujosos catálogos y repasé serenamente la retrospectiva.

Y cuando estoy parado frente al Gran Tiempo polifocalista escucho unas suavísimas pisadas en la escalera y un saludo excavado por dos v riverenses: Gusto de verte Abel: y al darnos la mano con el chofer del auto-ballena su blancura me besa mortalmente los huesos.

Ray De Deus olía a Peter Stuyvesant.

-Ya sabés que no soy Abel Rosso -dije sin convicción.

-Da lo mismo -sonrió Ray, acomodándose los lentes espejados entre un cascabeleo de pulseras de plata. -Me escapé de tu novela. Pero no te preocupes, porque vine a ayudarte por orden de Yemanjá del Mar Dulce. Ya no acepto tus órdenes.

-Las órdenes en mis novelas las da Dios -subí un dedo filoso.

Entonces el hombrecito-simio-lagarto que asesinó la inocencia de Abel Rosso en la rue Monsieur-le-Prince traslada el resplandor lastimante de su traje y su melena hacia la

pared donde reinan los cuadros octogonales y me recuerda que mi admirado Manuel Espínola Gómez nunca creyó en Dios.

-Lo que importa no es **creer en Dios**. Lo que importa es **no odiarlo** -porfié, con tristeza.

-Votija -me tentó Ray. -¿Qué te parece si vamos un rato hasta el Tasende a festejar el reencuentro con unos cavallitos y de pasó te presento a Yemanjá del Mar Dulce?

EL TASENDE estaba vacío, y una bailarina lubola muy vieja y borracha tarareaba dulcemente un candombe de Gavioli.

-¿Quién les dio vela en esta macumba, che? -mostró los colmillos cuando nos sentamos.
-Hoy estoy tan podrida de los uruguayos que me cagaría en la mismísima jeta del Mudo.

-No te metas con Gardel que vamos a tener lío -se ajustó los lentes Ray, deslizándose una mueca de complicidad.

-Ma qué Gardel, otario -se encrespa la negra. -¿O en este país de bestias todavía no saben quién es el MUDO JEFE?

El mozo trajo nuestros vasos y otra botella de whisky White Horse.

-Brindo por el Mudo Jefe -le dije a Yemanjá

La diosa alza su vaso y sus ojos color borra de café recién hecho emigran hacia un trasluz de limpidez oceánica: y rezonga juvenilmente Aquí siempre te odiaron Exá. Desde los mandamases hasta los comemierdas que se la van de artistas.

Nos miramos con Ray.

-No me parece que el Peludo Espínola Gómez odie a Dios -me animé a corregir a la diosa.

Entonces ella se observó las enormes tetas perladas y prendió un Peter Stuyvesant dejando que su melancolía derramara hacia la resolana de la Ciudad Vieja.

-¿El goloso? -chistó de golpe. -Pero avisá, pelado. Ese choma es como Obdulio: está fuera de concurso. ¿Nunca lo viste comer muzzarella al tacho aquí en el Tasende? Te puedo asegurar que cuando ese canario mete la trompa en una cajeta no hay quien se salve de ver a Exá, rapaz: a las hembras -y este hijunagranputa se especializaba sobre todo en féminas casadas o ennoviadas- les quedan los bochones como uvas moscatel. Aunque te aclaro que a mí nunca me flambeó la cachaza.

Y largó una risotada cabaretera.

-Permiso -dijo Ray, entre un tintinear de esclavas. -Voy a buscar el coche al estacionamiento y vuelvo. No te vayas, Avel.

-¿Dónde conseguiste Peter Stuyvesant? -le pregunté a la negra cuando quedamos solos. Y agregué sin esperar la respuesta: -Te agradezco la intención de ayudarme, pero lo último que precisaba eran que me largaran atrás al asesino que yo mismo inventé, carajo.

Yemanjá rellenó los vasos con agilidad de pantera y explicó en un crescendo estridente:

-Los fasos me los tiran los marineros, siempre que me porte bien. ¿ASÍ QUE LE SEGUÍS TENIENDO MIEDO AL AGUA TENEBROSA Y QUERÉS IR A VER AL MUDO, RASCATRIPAS?

Tomé un gran trago triste.

-Escuchá estos versitos ma-de-in-So-lís-deMa-ta-o-jo y en no-sé-dón-de-pu-ta-más que me enseñó el Peludo en esta misma mesa -se apaciguó la negra, apuntándome al pecho

con una gigantesca uña color malvón: -El primero parece medio pelotudo, pero funcan en yunta. Escuchá: *Si querés aborrecer / al ser que estás adorando / consideralo cagando / recostado a la pared. ¿No te gustó? Jodete. Ahora sentí el segundo, y enseguida vas a chapar cómo viene la mano: Cada vez que considero / que me tengo que morir / me dan ganas de cagar / y empezar a repartir.*

Tomé otro trago largo.

Entonces Yemanjá vuelve a ofrecerme un contraluz de intransigencia purificadora y señala la limusina que acaba de estacionar frente a nuestra ventana: Garra celeste macho eso es lo que hace falta para aguantar las ganas de cagarse en el Mudo murmura: y Ray baja del auto-ballena y me invita a subir prestidigitando una reverencia de dientes brillantísimos.

-¿NO PAREZCO John Lennon en la foto de *Abbey Road*? -preguntó Ray mientras rodeábamos la Plaza Independencia en dirección a la Ciudad Vieja, La limusina olía a haschich.

-Igualito -contesté.

Prendí un cigarrillo de los tiempos de la crucifixión y me sentí inmediatamente abrigado por la custodia de Ojos de Plata.

-Vo, Marlowe -dijo Ray. -Te aclaro que a partir de este momento ya no estoy a las órdenes de Yemanjá. Pero pienso ayudarte, igual.

-Dios te oiga -suspiré.

El hombre-Gárgola dobló a la derecha por Sarandí espantando a un heladero con un bocinazo de ballena y al pasar frente a la Galería Latina siseó:

-Che: antes rompías los huevos con la Virgen María, nada más. ¿Y ahora que te atacó con Dios y con el Mudo Jefe y la verga del loro?

-Dios y Exá son la misma cosa -me reí. -A la verga del loro te la podés meter donde más te guste que me da igual.

-*Imagine no religions* -canturreó el hombre-Gárgola sin acusar el dagazo. -John se las sabía todas, papá. Nadie puede con la nada.

Doblamos a la izquierda por Juan Carlos Gómez y al cruzar Buenos Aires pregunté secamente dónde íbamos.

-Tranquilo -sonrió Ray, estacionando en la esquina de Brecha y Reconquista. -Alquilé un vulo frente a la Torre de los Panoramas. Y pensaba mostrarte la proyección de una serie de slights exclusivos: los ocho cuadros polifocalistas delineados en carvonilla. Espínola los mandó fotografiar antes de pincelearlos.

-Estás mal estacionado -advertí mientras bajábamos.

-No te preocupés: porque ya hace unos cuantos años que los milicos me clavan **cuando yo quiero**, ¿tamos? -alzó los lentes Ray, obligándome por primera vez a bajar la mirada.

PARA VER la Torre de los Panoramas había que salir a la azotea del edificio, y preferí no ir. Desde el bulo de Ray se dominaba la frutalidad radiante del Mar Dulce: la pieza tenía baño y tres ventanas, pero la mugre general y el hedor a haschich me sumergieron en la repugnancia de la bohardilla del hotel Stella donde vivió Abel Rosso. Ray corrió unas cortinas azules que se aturquesaron al bloquear el mediodía y dijo:

-Te aconsejo pitar para ver esto. Aunque hayamos tomado algunas copas, un petardo siempre viene bien.

No dije nada. Es la tristeza de París -pensé: La que mata. Y atención que esta vuelta en el Tren Fantasma recién acaba de empezar, viejo Marlowe.

-Espínola está filmando la retrospectiva con Mugni y Oyanedel -informó Ray. -Y ahora tienen ganas de ponerle otras cosas: tomas en Solís de Mataojo y en el taller de Avenida Brasil, música de Tosar y no sé cuántos chiches más. Pero lo que te voy a mostrar es exclusivo.

-¿Y al final nunca te largaste a hacer las esculturas de las Gárgolas? -seguí tratando de torear al hombrecito-simio-lagarto de traje reverdecido.

Ray chamuscó una punta de la tableta color mierda, mezcló el polvo con el relleno de un cigarro y recién al terminar de pasar la lengua por la hojilla retrucó:

-No preguntes vovadas. Si ya savés perfectamente quién me mandó castrar.

-Yo no fui. Y Dios tampoco.

Ray me alcanzó el petardo haciendo rechinar las pulseras, encendió el proyector que apuntaba a la pared del baño y dijo:

-¿Vamos a hacer las paces de una vez? Observá qué belleza de carvonillas y olvidate de todo y chau. Pero primero pasá el faso, campeón.

*Entonces fumo con asco y cuando se proyecta el esqueleto de “La luz, las distancias y las horas” veo a mi padre agonizando entre las dos ventanas del taller de Manolo: está en la cama con la cabeza baja y al lado hay una silla de ruedas y un tanque de oxígeno: y de golpe me mira y se señala el pulmón derecho y descubro que tiene una calavera con cuerpo de víbora enroscada en la tráquea mordiéndolo y hablándole sin parar: y mi padre hace señas de querer escribir hasta que la ventana de la derecha empieza a ser perlada por una progresión de grumos celestísimos y él se concentra y parece esculpir sobre el destello algo que reza así: **Una grandiosa sed de resistencia: / eso queda del viaje / en la estación oscura. / Pude sobrevivir tras un pincel flotante / -a ras de los horrores- / siendo sencillamente otro hermano azula / el color del misterio / con la***

razón domada: y el óleo de Manolo se expande por el cuadro percutiendo esfumados de insurrecta nostalgia y transcribo otros dos versos que hacen callar al diablo: **Porque no conocemos de la inmortalidad / más que su espantapájaros:** y mi padre se calza la máscara de oxígeno ya sentado en la silla de ruedas y sus ojos me dictan el final del poema: **Pero por sobre todo deberás otorgarle / -antes de que atradezca- / una mansa mirada fluvial a lo terrestre. / Eso queda del viaje.**

-¿Sigo? -preguntó Ray.

-¿Por qué no?

*Y cuando el proyector se detiene frente al boceto de “Alborada en las gargantas” veo a mi padre abandonando su dormitorio definitivamente para ser internado: no va en silla de ruedas ni lleva máscara de oxígeno y se abraza de mi madre y de mi hermano con el cuerpo chorreado como el pellejo de Miguel Angel en el Juicio Final: yo lo miro avanzar por el pasillo y murmuro **Pero hablándolo en oro eres de acero** y él apenas me presta atención porque el pincel empieza a percutir la espesura del cielo azul y rojo y entonces la turbiedad de sus córneas hinchadas sentencia hirientemente: **Se dividen las vidas. / Y la desgracia filtra / su amanecer oscuro entre la primavera / mientras un hombre muere alargando sus húmeros:** pero cuando Manolo encresta la claridad bermellón de los gallos mi padre agrega en paz: y **el sudario morado irradia una metáfora / que no alcanzan las sondas / de la carne / o del cosmos.***

-¿Sigo? -preguntó Ray, con voz de gallo negro.

-Siga, carajo. Siga -ordené.

*Y al proyectarse la carbonilla del “Serenísimo paisaje encabezado” me veo de madrugada en la pieza trasera de la sala velatoria: estoy conversando con Guillermo Fernández y Leonel Roche y de repente mi hermano se agarra el entrecejo y dice Qué lo parió en este momento siento que tengo la frente y la nariz y el bigote de papi: y un naranja rosáceo irrumpe como un chaparrón solar sobre la cabeza humana crecida en plena alameda hasta la altura de los cipreses y de las araucarias que coronan la playa: y el mensaje parece resonar entre la zarza del viento detenido: **Dejar más que un recuerdo: / colgar la dulce cumbre de tu cabeza muerta / como un yelmo de abrigo /***

para que otros la calcen desesperadamente / cuando el río no sea más que un gran vientre talado / y haga falta jadear a la sombra del sol / -sin navegar ni hundirse- / en la heredad flotante: y la tela se lla hasta la incandescencia y transcribe una respuesta para el Eclesiastés: Pero el predicador olvidó que tu vida / fue cuajada en el barro hueco de una mujer / y que no vuelve al polvo / lo que ganó el espacio. / Flores son flores. / Y cipreses: cipreses.

-Carajo -dijo Ray, sacándose los lentes. -¿Estás viendo lo que yo veo?

-Sí -dije sin atreverme a mirarlo.

-Me parece que me cagaron con la proyectora. Absorbe los colores.

-Los colores, el pasado y el Verbo -lo hubiese corregido, pero me di cuenta que él no estaba escuchando el sermón espacial y comenté:

-Sí. A mí me también me huele que te cagaron, hermano.

-NO ME DIGAS HERMANO. ¿Querés que siga?

-Sí.

*El siguiente boceto es “Más allá de nuestros días” y aparezco en el cementerio de La Teja cargando el ataúd y Guillermo Fernández y Leonel Roche surgen intempestivamente para ayudarme a sostener la manilla que me agarrota el brazo hasta morderme el cerebelo: y al llegar a la tumba cierro los ojos y mientras pienso un Padrenuestro siento cómo se instala la sedosidad del Gran Tiempo: y ahora versifico en voz alta: **La mansa luz horizontal del mundo / nos hace ver el mar reverdecido. / Tristes rostros que amamos -como a nuestros espejos- fueron barridos por la imperfección. / Hora para rehacer la eternidad del gesto / -el rictus de asunción o elección de la especie- / con que al ritmo del sol / ecuménicamente / toda perversidad / fue siempre / perdonada.***

Entonces me animé a enfrentar los ojos que asesinaron la inocencia de Abel Rosso en el hotel Stella: pero en el centro de las pupilas enloquecidas del hombre-Gárgola había dos niñas de plata espejando aquel destello más real que la nada y amparándome indoblegablemente contra toda irrupción tenebrosa. Yemanjá del Mar Dulce conoce el barro a fondo, pensé. Ray se fue dando un portazo y cuando llegué a la calle ya no quedaban rastros de la limusina. Salute Moby Dick.

SÉPTIMA PUERTA: HOMBRE AL SESGO

Abro la puerta del cuadro y empiezo a subir el lomo de la Punta Gorda junto con mi padre, un sábado de tarde. Tengo 12 años. Hace muy poco que instalaron el *Monumento a los caídos en el mar* en la Plaza Virgilio. El escultor -Eduardo Díaz Yepes- vive en el barrio y es conocido nuestro. Yo todavía no vi el monumento de cerca y cuando quedamos enfrentados al gran círculo de hierro formado por el trenzamiento del Hombre y la Misteriosa Ola de los Horrores mi padre dice:

-El verdadero nombre de esta obra es *La lucha*. Yepes la venía trabajando desde los años de la guerra civil española.

-Y aquellos son los brazos del hombre -señalo el erizamiento huesudo que parece techar la oquedad de la lucha

-Claro -cabeceó mi padre. Pero al posar los ojos en el horizonte del Río de la Plata (que resplandecía focalizado por el vacío central del monumento) fue como si agregara -Si te duelen los brazos de sufrir / no los bajes / más que para peinar / el lomo de tu sombra.

Después vemos llegar una familia con pinta de nuevos ricos a reírse sin el menor disimulo de la obra de Yepes y cuando se van mi padre dice:

-El mundo. Y a propósito del mundo, te tengo que comunicar que va a ser imposible comprarte la bicicleta de carreras para fin de año. Lo que podemos hacer es mandarle cambiar los tubos a la mía, que en sus tiempos fue muy buena.

Siento que la primavera se oscurece.

-No hay problema -trato de sonreír, y la angularidad desequilibrante del Hombre de *La lucha* me hace acordar al padre de Manuelito.

-¿Me dejás ir a Solís este fin de semana? -pregunto. -El ruso descubrió un túnel entre las rocas de la cantera que desemboca cerca de la usina de aguas corrientes.

Y al torcer la cabeza descubrí que mi padre estaba pensando en la pobreza. Y el Mar Dulce espejaba en su mirada un mensaje barroso que parecía extenderse más acá y más allá de su muerte tan temida: Algunos la elegimos / -amándola de a ratos- / aunque la odiamos siempre como al himen del valle / que querríamos preñar. / Hijo: no te derrumbes / por la sed humillada. / Suficiente será con que ganes tu sesgo de luz para la tribu. / Yo la mastiqué a solas / -mientras velaba el brillo de invencibles metales- / hasta la última paz de mi vida nocturna. / Y cuando la perdí: perdí la vida.

-Seguro -contesta, clavándose un Sinniko fino en la dentadura sonriente y protegiendo la llamita del encendedor con la mano manchada por el óleo. -Dale, que te acompaño.

EN LA cancha del 13 había partido, pero no distinguí a mis compinches de El Bromazo. Y en la cuadra del rancho donde vivían Cecilio Hernández y la tía Rosa nos encontramos con el General, impecablemente entrajado.

-El Garbanzo y el Tomatito acaban de salir corriendo para aquel lado -informa el hombre alto, después de saludarnos con alegría. -Vaya a saber qué andarán haciendo por aquí.

En ese momento aparecen en el jardín Rosa y dos mujeres grises, que se detienen a observarnos bajo las glicinas que adornan el portal.

-Atienda, General -dice mi padre, y de golpe nos distraen un tamborilear y una voz acaribeñada que empiezan a sonar en la otra cuadra.

-Mi Dios -dice el General, prendiendo un habanillo de aroma muy picante. -Se largó a cantar el Papalote. Es un negro alarife que anda por el pueblo: se rechifla y le da por cantarles serenatas a las Pito de Oro.

-¿Las qué? -se ríe mi padre.

-Eso se lo explico en otro momento -se ajusta la corbata de moña y el sombrero el hombre alto. -¿Qué le parece si me deja al gurí y mañana de tardecita lo pasa a buscar, nos comemos un puchero y conversamos tranquilos?

Entonces le doy un beso a mi padre y salgo corriendo en dirección a la otra esquina. La tía de Manuelito no me reconoce, pero la saludo al pasar. Rosa está vestida totalmente de negro y ahueva una mirada donde se empoza el ardor de la sierra. Ya no pienso en mi padre ni en el General. Y corro.

El Papalote estaba sentado sobre un tronco que cacheteaba como si fuera un bongó. La primera premura del atardecer casi doraba su pantalón su guayabera y su panamá impolutos, aunque los dientes y las córneas de sus ojos de tigre parecían pura espuma. Y lo escuché cantar, con melodiosidad quemante:

-Descubre tu presencia, / y máteme tu vista y hermosura. / Mira que la dolencia / de amor, que no se cura / sino con la presencia y la figura.

Un perrazo medio tuerto y de pelaje arenoso aullaba rítmicamente echado junto a las plantas lilas de sus pies. Y a los pies del perrazo y en la oreja derecha del negro resplandecían dos rosas color sangre.

Cruzo la calle de tierra para juntarme con Manolo y Tomatito, que están agazapados junto al rancho de las Pito de Oro. Nos saludamos sólo con sonrisas y alzamientos de cejas. Manolo anda con un block en la mano y Tomatito acompaña al Papalote utilizando el frasco de vineta como si fuera un sikus. Los vecinos se siguen amontonando alrededor

del negro y observan de reajo la prolija cortina azul cobalto que bloquea el portal del rancho.

Hasta que el negro aulló:

-No quieras despreciarme; / que, si color moreno en mía hallaste, / ya bien puedes mirarme / después que me miraste / que gracia y hermosura en mí dejaste.

Y entonces un asombroso rostro de mujer retrocediendo a su cráneo adolescente más perfecto y feliz emergió por la cortina como diciendo: “Gracias, Con esto alcanza y sobra”. Y desapareció.

-Gocémonos, Amado -se envalentonó el Papalote: -Y vámonos a ver en tu hermosura / al monte y al collado, / do mana el agua pura; / entremos más adentro en la espesura.

Y después de un redoble de bongó-tronco y un estertor del perro remató con tersura jaramillesca:

-Allí me mostrarías / aquello que mi alma pretendía, / y luego me darías / allí tú, vida mía, / aquello que me diste el otro día.

Y hay un silencio que parece inmovilizar la polvareda de sol anaranjado.

-Che, estos sí que son poetas -murmura Manolito en la oreja del pecoso. -Y no los que vienen de Punta Gorda.

Tenemos que aguantar la risa dándonos vuelta con la boca tapada, y de repente vemos aparecer a una de las Pito de Oro cargando un palanganón: es rubia linda joven culona de ojos celestes y mandíbula inferior devoradora.

-¿ASÍ QUE A-MA-DO, EH? -gritó después de atravesar la zanja del desagüe. -ESTO ES PA QUE SE TE REFRESQUE EL AFRECHO Y TE DEJES DE JODER A LA GENTE DE BIEN!!!! YO NO USO CONSOLADOR. ¿ENTENDISTE, SOTRETA?

Y zarandeó el palanganón y un arco iris espumoso se estrelló sobre el cantor y su escudero tuerto.

-QUIETO, LOBO -jadeó el Papalote.

El perrazo volvió a sentarse, aunque sin ocultar los dientes color fuego.

*-DALE: CANTÁ, SOTRETA. ANIMATE A SEGUIR AMOLANDO, SI SOS HOMBRE!!!!
-insistió la mujer envarando la frigidez grasosa que el mundo amontonó sobre su cráneo en flor.*

-Oh cristalina fuente -recitó el papalote, sin secarse su perfil caballuno. -Si en esos tus semblantes plateados / formases de repente / los ojos deseados / que tengo en mis entrañas dibujados!

-Atención atrás -murmuró Tomatito.

Y cuando miramos hacia el rancho descubrimos la filosa tristeza de una chiquilina de nuestra edad asomando por el cortinado.

-APÁRTALOS, AMADO / QUE VOY DE VUELO -gritó el papalote en ese momento, y la sonrisa que se formó en el rostro de la infanta me hizo pensar en los pedidos que la gente garabatea en la catacumba del señor de la Paciencia.

Entonces Manolo saca un lápiz del bolsillo y se pone a grafitarla con cara de buzo alucinado, mientras la Pito de Oro empina el culo hacia el negro y le dedica un pedo que hace llorar de risa al vecindario.

El Papalote bajó hacia el Matajojo sin chistar. Nosotros nos escapamos lo antes posible del alboroto y esta vez encontramos a la tía Rosa inmovilizada muy cerca de la esquina, como si estuviese esperando una extraña serenata sobre el vientre de la tierra.

Rosa: que en el hogar natal que fundaron don Melquíades Espínola y doña Trinidad Rivero vio a su hermano caerse del techo y quedar ensartado en un hierro de la verja igual que si fuese un cordero puesto a asar al pincho y que mientras escuchó casualmente la serenata del Papalote revivió las facciones de su hermano y sintió que hasta la sangre que le chorreaba del cuerpo a medio morir era hermosa y que el mundo era una especie de irremediable horror festejable y celeste.

Y Trinidad: que era comadre del comisario de la Quinta Sección de Maldonado y cuando supo que don Manuel (muchachón todavía) había caído preso en una redada de timba clandestina puso el máuser abajo del recado y galopó hasta la comisaría y se le apersonó a su compadre el comisario exigiéndole que le entregara inmediatamente a su hijo: y que cuando su compadre dudó en soltarlo ella se le atarantuló gritándole que no tenía más tiempo para perder en zonceras y el hombre le ordenó que respetase sus barbas y Trinidad gritó que se cagaba en sus barbas y terminó llevándose al futuro General a su cuarto de viuda.

Y Melquíades: que al llegar de las Islas Canarias ya era maestro y se adaptó al plan vareliano y atendió la escuela de la Quinta Sección de Maldonado donde según contaba Chochó Salsamendi era capaz de sofrenar a cualquier retobado agarrándole un brazo mientras lo encandilaba con su barbaza pluvial y sus cejas de plata: y que según contaba Rosa una vez salió al camino real para clavarle los ojos a un carrero y exigirle que dejara de maltratar a unos bueyes tristísimos.

Y el General: que cimentó su legendario imbatibilidad como jugador de gofo timbeando una semana seguida con el Papalote en una carpeta fernandina: pero que cuando fue dependiente de almacén a los 18 años y comprobó que el patrón le dejaba plata dulce boyando por cualquier rincón lo paró en seco y le advirtió que no tenía necesidad de someterlo a ninguna prueba y que si llegaba a orejear otra muestra de esas abandonaba inmediatamente el trabajo: y que tropeando chanchos o recaudando fondos para el Partido Nacional o vendiendo los bizcochos que horneaba Trinidad para “enredar” la cuenta supo que por las buenas cualquiera era capaz de hacerlo desprenderse hasta de la camisa pero si que lo atropellaban tampoco le importaba cantarle las cuarenta al mismísimo Presidente de la República: y una tarde en una penca encontró al mejor cliente de Trinidad empacado y tristón y al saber que andaba seco como culo’e perro le ofreció la factura de fiado y el gordo se encaramó como un rayo en la jardinera y se

comió en cuatro patas todas las masas y los bizcochos que había y el General optó por sonreír frente a la bestialidad venial: y cuando determinó casarse con Evarista y Trinidad mostró su desacuerdo el hombre clarificó que él se iba a casar a su gusto y no al de ella y la vieja que solía caminar con pasos valseadores terminó por resignarse y en la foto del casorio se perfiló con la cara de todos los días.

-Vámonos a la mierda -ronca Manuelito.

Y cuando ya estamos en la esquina de la casa de Rosa me doy vuelta a contemplar la elegante pobreza del hombre alto -acompañando galantemente a las mujeres grises- y recuerdo el Monumento de la Plaza Virgilio.

MIENTRAS CRUZAMOS la cancha ya desierta del 13 me entero que el Papalote está refaccionando un aljibe en el chalé veraniego de un primo de Tomatito que se llama D'Artagnan. Me río del nombre del botija.

-¿Pero ustedes están en conocimiento de que los tres mosqueteros eran cuatro? -mariposea Tomatito.

-Yo lo único que sé es que vos un irresponsable que no tenés goyete -casi grita Manolo.
-¿Cómo le vas a decir al Papalote que yo dibujo almas? ¿Cómo me vas a comprometer a dibujar “el alma” de una gurisa? Mirá: Váyanse todos a la putísima madre que los parió.

Entonces el pelirrojo toma un trago muy largo de vineta y se pone en cuatro patas y jadea:

-Tené paciencia, hermanito. Te lo pide tu amigo perro.

Nos miramos con Manolo, y él levanta un rostro herido hacia las primeras estrellas y resopla:

-Bueno, vamos. Pero parate de una vez, carajo. Mirá si todavía la vineta te hace vernos pámpanos en la cabeza y terminás a manotazo limpio.

El chalé de la familia de D'Artagnan estaba deshabitado, pero la humareda inmóvil que emergía del aljibe lamía su oscuridad como un amanecer. Tomatito arrancó una rosa de la pérgola y se adelantó a depositarla en los dientes del Lobo, que apenas había abierto un ojo sin llegar ni a gruñir.

-YEMANJÁ DEL MAR DULCE -anunció a modo de contraseña, acodándose sobre el brocal plateado por el humo.

Inmediatamente asoma una escalera y bajamos tosiendo al gigantesco aljibe cuadrangular donde trabaja y duerme el Papalote. Yo me siento despeñado en una aventura más enervante que las de Sandokan.

-Bienvenidas, milicias -nos saluda el negro, y amontona una bolsa de arpillera para que nos acomodemos sobre el suelo de porlan.

-UUUU-UUUUH!!!! -prueba el eco Manolo, recuperando desorbitadamente el buen humor.

Pero el negro y Tomatito se miraron sin pestañear por encima de la fogata que culebreaba en la cavidad central y el pelirrojo dijo:

-Tarea cumplida, jefe. Yemanjá del Mar Dulce salió a escuchar la serenata y mi amigo la retrató.

-Mire: usted no le haga caso a este degenerado -se defendió Manolo, aunque dejó que Tomatito le sacara el block de las manos y se lo alcanzara al Papalote.

-Ma-macita -silabeó el negro después de observar el retrato, y manoteó una rosa que brillaba en el suelo junto a su panamá.

-¿Pero por qué le dicen Yemanjá si se llama Clota? -se anima a preguntar Manolo. Y me explica en secreto: -Iba a la escuela con nosotros, hasta el año pasado. Ahora vive encerrada con las Pito de Oro.

Entonces el Papalote levantó el grafito de la infanta en dirección a la pared recién revocada que quedaba a su izquierda y vimos proyectarse una figura de granulosidad reverberante como las del cine en technicolor: era una especie de elefanta marina con cabeza y con tetas de mujer (y la misma mirada giocondesca surgida del rancho-queco tras el vuelo del Papalote) que observó a Manolito y explicó agudamente:

-Yo soy todas las guazú-virá chumbeadas, rapaz. Soy la madre de este putísimo mundo y la diosa del agua embarrada. ¿Comprendiste? Y el negrazo me sacó el cuore a flote y vos lo dibujaste como Exá manda. Por eso estoy aquí, en el pozo del gascón camorrero. Para servirlos, che.

Nos miramos entre todos, y el Papalote usó la rosa como pañuelo para aplastar los lagrimones que le rayaban la cara caballuna.

-¿Precisan poner a prueba a alguien? -insistió Yemanjá. -Pidan nomás, que hay banca.

Volvimos a mirarnos con Tomatito, pero Manolo conservó el asombro clavado en el resplandor puntillista de la pared. Y de golpe se arrancó la boina y desembuchó:

-Yo quiero poner a prueba a mi viejo, qué joder.

-Cerrar los ojos -ordenó la diosa. -Y soñá lo que precisés para picanearlo. Pero tiene que ser esta noche o nunca más: aunque puede ser en cualquier época de la vida del viejo. ¿Entendiste?

Y le tiró un beso al negro y anunció:

-Tengo que volver al Tasende, mi héroe. Usted siga escarbando donde duele y no pierda la fe. Se pellen los que se pellen.

El Papalote sonrió arcoíricamente y le entregó el block a Tomatito. Cuando Manolo abrió los ojos Yemanjá ya había desaparecido.

AHORA ESTAMOS sentados entre el aliento a rosas que flota bajo la pérgola, y el General (que apenas cayó de visita dobló prolijamente un diario antes de acomodarse sobre el tablón polvoriento sostenido con ladrillos) le alcanza una botella de brebaje al negro. Tomatito hace circular su frasco de vineta pero Manolo lo rechaza gruñendo:

-Yo no estoy pa festejos.

--Yo festejo la pasión / que no se cae del olvido -brinda entonces el negro, con añejada prestancia payadoril. -Y antes que tu pelo herido / prefiero ser tu canción.

Entonces Manolito se levantó de un salto y quedó recortado sobre el amanecer lunar que doraba la sierra.

-Eso, General -dijo, como si fuera un Hamlet de Orihuela a punto de desamordazar la pureza de un cráneo. -A vos no te duraron mucho los bigotes con los que te casaste. (Aunque te duraron, sí.) Pero yo no voy a obedecer las órdenes de ninguna madre postiza que te guste.

Dijo. Y salió corriendo sin que nadie se animara a seguirlo.

-Cristo -resopla el General al rato, prendiendo una tagarnina. -Qué difícil es todo, la puta madre que me parió.

-Pero lo más difícil de todo es el amor -sentencia el Papalote, con pausada tristeza.

Y yo le acepto un trago de vineta a Tomatito y me parece ver a mi padre fumando sin hablar y espejando un mensaje del Mar Dulce a través de la oquedad de la Lucha: *En el principio flota y fosforece / como un humeante traje de carne desplegándose / sobre dos esqueletos apagados. / Después pasa la vida. / Y en la red de cloacales trincheras ciudadanas / quedan algunos huesos -solitarios o no- / luminosos y fieles / remontando la noche.*

De golpe el lobo empezó a aullar rabiosamente hacia la luna que recién terminaba de asomarse sobre el pinar de los Fabini. Porque no era una luna. Era un rostro de mujer con facciones hermosas y una especie de almíbar moribundo resplandeciéndole entre las arrugas: el llanto parecía recién surgido de la Fonte, pero la rocosidad del cráneo era monstruosa.

-VADE RETRO, PELUCA DE MEDUSA!!!! -se sumó Tomatito a los ladridos del perrazo-escudero.

Y el general debe haber comprendido ipso facto que ya no le valdría la pena casarse con Celina (una de las mujeronas que vimos en lo de Rosa) porque además no había derecho a refregarle el hocico con las privaciones acostumbradas.

-Yo me voy a timbear un rato al club -dijo.

Y tiró con violencia el resto de la targarina.

-Pero déjame la botella que tengo que brindar por una guazú-virá que reflatamos a medias con tu hijo -mostró su dentadura intacta el Papalote.

OCTAVA PUERTA: SIGLOS AROMÁTICOS

La puerta del cuadro resulta ser el recodo de un corredor palaciego donde avanzo hasta quedar parado frente a la cama de Luis XVI. Un ventanal da a un campo miniatúrescamente atravesado por el brillo de un tren que sube hacia París bajo un cielo del Greco, aunque todavía no llueve. Vuelvo a observar la cama y descubro los perfiles de dos cuerpos surgidos entre los pliegues brumosos de la colcha, igual que si coronaran tumbas medievales.

-A los pobres de espíritu nos protegen los ángeles -dice el rey. -Tenga fe. ¿Quién quiere asesinarlo?

-Los ojos del maligno.

-¿El maligno encarnado? Qué honor. A mí me corrían ratas de biblioteca que hablaban del Hombre Nuevo y se reían olímpicamente de Jesucristo. Disculpe la indiscreción: ¿por qué no va al toilet de una vez y hablamos más tranquilos? Se le nota a la legua que necesita proferir un chaparrón dorado.

-No puedo localizar un toilet por ninguna parte. Hace más de una hora que ando dando vueltas.

-Qué palacio asqueroso -plegó la frente el rey. -Vaya a orinar a los jardines, como hacíamos con Wolfgang Amadeus cuando venía a tocar para mi abuelo.

Entonces miro el cuerpecito que descansa al costado del hombre narigón y él me advierte:

-Mire que esta Nannerl, la hermana del celeberrimo. Wolfgang no me quería demasiado. Pero Nannerl tocaba mirándome a los ojos y al final no hubo forma de que me separaran la cabeza del alma. Estamos protegidos, no hay caso.

El perfil de la niña parece sonreír bajo la satinación ajada de la colcha y murmuro:

-Es verdad.

-Mire que reconocerlo es muy fácil. Pero hay que tener fe para no expulsar al Salvador del corazón cuando se pudre todo -retruca el rey, con erecta altivez.

HICE LO que tenía que hacer en un bosque lateral y ahora camino en paz bajo las primeras gotas. Hasta que entreveo el techo de una calesita y vuelvo a abrirme paso entre los árboles y descubro a Manolo y a Wolfgang Amadeus (uno con 37 y el otro con 10 años) enroscados en un diálogo más bufo que cortante.

-Yo lo único que os dije -acaricia Manolo el pelaje del caballo de madera donde está montado Wolfgang -es que vuestro apelativo suena brillante, “extravertido”, “fácil”, de una “convexidad” poco menos que briosa o exultante, sin “medias tintas”, como si dijera o diera a entender... “aquí estoy yo”... o “yo estoy aquí”, en fin. No pretendí ofenderos en grado alguno, creedme.

El niño se ajustó la casaca con festón y el enorme moño púrpura que ceñía su peluca para porfiar:

-Sin embargo habéis osado calificar el “discurrir musical” de Vivaldi (un libérrimo ensotariado) como poseedor de una “estocada” harto profunda, capaz de “interesar” -dicho en el idioma de los facultativos y los periodistas- la noble víscera pulsátil. Y habéis calificado el apellido de Haydn como más “aspirado”, algo más introvertido y con un “arco estructural” más “humilde” pero también más “extenso”, más intimista o recogido que el mío. ¿Es que acaso pretendéis que os desafore a pedos? VAMOS!!!! MONTAD, PARDIEZ!!!!

Después sonó una doble carcajada al unísono con un viborazo que pareció guillotinar los azules del greco y Manolo se encaramó sobre un petiso bayo y la calesita empezó a ascender como un trompo extraterrestre debajo de la lluvia.

-PERO CHE: A MÍ ME HUBIESE GUSTADO METER UN RATO EN EL HOCICO EN EL PALACIO, POR LO MENOS!!!! -escuché protestar a Manolo al completarse la primera vuelta.

-EL GRAN TIEMPO NO ESPERA!!!! -chilló el niño, aterciopeladamente incrustado en la tormenta.

Cuando la calesita desaparece tras el horizonte boscoso miro el reloj y compruebo que es hora de abandonar el refugio de Versailles: mi asesino se va definitivamente de París a las cinco de la tarde y yo debo tener los huesos más mojados que los de Nannerl Mozart mientras era olvidada por las cortes.

DOCE AÑOS más tarde remonto el alba primaveral de la rue-Monsiuer-le-Prince junto con un viejo y dos muchachas que acabo de ir a buscar al pub Saint-Germain. El viejo es detective privado y se hace llamar Isabelino Pena: mide 1.50, usa una gabardina y un gacho estilo Philip Marlowe y camina dándole el brazo a las chiquilinas como si fuera el boticario de *La verbena de la paloma*.

Pero las chiquilinas -B.T. y Ojos de Plata- apenas sonreían. B.T. usaba jeans y una polera insulsa, y el resplandor miel del pelo desgredado le afrancesaba retablemente el norte de la cara. Ojos de Plata usaba un traje escotado color almíbar y la fosforecencia de su melena flameaba París abajo hasta desamarrarla de las calles del mundo.

-Qué ciudad -dice Isabelino Pena, observando los graffiti de la larga pared de l'École de Médecine. -Y qué cerveza negra maravillosa sirven en ese pub. ¿Sabe a qué hora exacta llega mi hijo de la taberna española?

Eso me desacomoda.

-No importa. Es secundario -me interpreta enseguida el detective, y se frena un momento en la esquina de la rue Racine y casi canturrea: -No importan los peligros, Padre de todo amor. Queremos agradecerte porque nunca nos faltó nada para que amáramos. Y hoy sabemos que no hay sensualidad como la hora secreta en que te festejamos. Y festejamos todo.

Ojos de Plata le hace una guiñadita a B. T.

-¿Y el asesino de mi hijo? -pregunta de golpe el viejo, clavándome un verdor duro pero sereno. -¿Ya llegó?

-No -respondo, bajando la mirada. -Hay que esperarlos en el hotel Stella. Pero le paso el dato que Abel llega primero.

-Entonces tenemos que organizarnos mejor que en las Termópilas -se pone a masticar su pipa apagada Isabelino Pena.

-Pero lo que dice el ruso Mijail no es lo mismo que yo pienso. En absoluto -escucho vociferar a Manolo a través de la puerta de la chambre 9. -¿Cómo va a ser lo mismo **ilusión tridimensional de tiempo definitivamente detenido** que **realidad sosegada**? ¿Va a abrir otra botella? Digamé: ¿usted no será pariente de Empédocles, por casualidad? Bueno, en este caso os acompañaré haciéndole los honores a otra tranche de paté embaguetado.

Y se oye una combinación de manipulaciones voraces hasta que al pariente de Empédocles le chorrea una risita y parece dictar:

-Salud, padre. ¿Me permite que ladre? Ayer murió mi madre. Y hoy ya está con el Padre. ¿Y usted necesitó viajar al soberano cagadero de Europa para encontrar el tiempo detenido, amigazo Manolazo? Se le cayó un pedazo. De paté, digo. Acaso. Yo soy músico en vaso.

-Y yo te saludo por el embudo, como decía el gordo Améndola.

-Y yo soy el desubicado Amadé, para explicar a usted que mis melodías son rías doradas por las babas que dejaban los pies de Jesús al trasluz. Y al desgaire. Y en la tercera orilla del aire.

-Tomá pa vos.

Entonces me decido a golpear.

-Pero qué hacés, botija -sube los brazos Manolo, aunque no me invita a pasar.

-Estoy soñando la escena clave de una novela -confieso a quemarropa. -Y me parece que voy a precisarlos con urgencia. A vos y al Amadé.

-¿Y cómo nos encontraste, carajo?

-Estamos en el mismo hotel y te reconocí la voz a través de la puerta. En el Stella se oye hasta lo que no pensás.

Manolo me hace señas para que retroceda unos pasos por el corredor y murmura:

-Mirá que el Amadé anda mal. Me topó más desnortado que brújula de cementerio y me invitó a una reunión de brigada del Gran Tiempo. Pero apenas aterrizamos en París nos agarró un crecimiento de doce años y se le murió la madre. De sopetón.

-Le pegaban todos sin que él les haga nada -desversifica borrosamente Mozart en la chambre. *-Le daban duro con un palo y duro también con una soga.* Salud, César del alma. Pero mi mar va en calma.

Manolo fabrica una trompa con las cejas muy alzadas y no puedo evitar reírme ni preguntar cómo estuvo la reunión de brigada.

-Estuvo fenomenal: fue como si uno viera CATARATAS HUMANAS. Pero ahora se nos puso tristísima la cosa. ¿Y para qué nos precisás, si se puede saber?

-Para armar un Gran Tiempo con Hombre Nuevo.

-¿Y cuándo sería eso?

-Ahora. En el piso de arriba. Tengo tres personajes esperándome. Y dos más al caer.

-Bueno, voy a tratar de refrescarle la peluca al empedocliano. Pero levánta ese ánimo, qué joder.

-Es que tengo que demostrarle al mundo que estamos protegidos. Como cuando el General te colgaba el poncho salvador arriba de la cama.

En ese momento empezó a sonar el desafinadísimo piano de la chambre 9 igual que si nevara un rosario de huesos. Y las primeras frases rezaban:

-“Otros podrán / trenzar su amor / libres de culpa / y de horror. / Y escucharán / nuestra verdad / como el verdor de una heredad / creciendo alrededor”.

El andante de la concertante para violín y viola, pensé: ¿Pero lo habrá soñado tan joven? Manolo dio tres zancadas y al quedar recortado en el umbral del alba su mentón se cayó. Y el piano siguió llamando:

-“Otros podrán / ser los profetas de su tierra / sin proteger / su corazón como en la guerra Y escucharán / la caracola de otro mar / donde nos costó amar / tanto como luchar”.

Cuando me tocó el turno de asomarme a la chambre vi a un viejito completamente calvo aplastando las teclas color cadáver con una especie de índice-garfio. Y esta vez sentenciaba:

-“Yo puedo hoy / mojar mis manos / con el dolor / de mis hermanos / y debocar / mi corazón / como el jadear de una canción / porfiada en perfumar”.

No me animé a mirar a Manolo. Mozart tosió mocosamente durante unos segundos parecidos a los de la elevación del hongo nuclear y remató clarinando:

-“Yo puedo hoy / lavar la luz de la memoria / y alzar mi amor / sobre las sombras de la historia / para ofrecer / las llamaradas que lloré / las noches que incendié / el coraje que heredé”.

Y de golpe el pianista gira su resurrecto cuerpo de 22 años y anuncia alzando un dedo de borracho indecente:

-¿Es que por ventura habéis estercolado el impolutísimo campo de vuestro culero, desvergonzado público del gallinero? No temáis. No temáis por la mierda ni por la mar sin calma: pues acabáis de ver sólo el revés de mi alma.

-BROMAZO OLÍMPICO, SEÑORES!!!! -me zamarrea Manolo, feliz como un caballo.

MOZART SIRVE dos copas de un rosado insolado como sus clarinetes Y Manolo me pide que le cuente la trama de la novela. Demoro media botella en contarla.

-Pero mirá vos en qué enredijo se metió ese Abel Rosso, che. ¿Así que el Ray De Deus era como un hermano del alma y terminó queriéndolo limpiar? -liquida el paté Manolo y se moja los labios con la copa de Mozart. -¿Y eso te pasó a vos en este mismo hotel?

-En este mismo hotel. La única diferencia escenográfica es que el piano aparece en la chambre 22.

-¿Y el diablo era un hombrecito-simio-lagarto como lo acabáis de describir? -ahueva los ojos Mozart.

-No. Abel tiene mi físico. Pero el físico de Ray es completamente inventado. Menos los ojos, claro.

-Menos la **mirada**, querrás decir -me corrige Manolo, fingiendo divertirse. -EXPRESESE BIEN, CARAJO!!!!

-¿Y las muchachas? -insiste el empelucado, sacudido por un tic que parece encrestarlo como un plumón platónico. -¿Existieron tal cual las habéis escrito?

-B.T. existió tal cual. A la otra la soñé en el rancho de huéspedes de Fabini. Aunque no estoy seguro de que sea una muchacha.

-Bueno, pero explicá bien cuál es el problema que tenés para salvar a Abel -se impacienta Manolo. -Tenés al padre-detective-ángel, a la gurisa-Virgen María y al otro bicho con ojos de plata. ¿Qué más querés, muchacho?

-Es que el trío no funciona. Armé una especie de retablo en la chambre 23 con un destellador camuflado por el espejo del lavatorio y todavía no pude lograr que se filtrara una mísera burbuja de Gran Tiempo (y menos que menos con Hombre Nuevo) en la chambre 22.

-Entonces estará mal hecho el retablo -sacude la melena ya gris Manolo. -Vamos a tener que darle una mano a este escribidor o el héroe marcha a la parrilla. Pero escuchame, loco: vos sos un kamikze. ¿A quién se le ocurre hacerle perder el partido a Caín en este manicomio? ¿No te das que ni a los que inventaron la Biblia se les ocurrió semejante disparate?

Mozart abre otra botella de rosado color rubí y lo encorcha cuidadosamente.

-Permitidme llevar algo para el camino -carraspea. -Pardiez: estos hombrecitos-Gárgolas no descansan ni haciendo equilibriso en los acantilados de Notre Dame.

-No. Desde allí aprovechan para mearnos mejor -gruñe Manolo, triste.

La pared que separaba la chambre 23 de la 22 era unilateralmente transparente, como las que se utilizan para los reconocimientos policiales. Isabelino Pena festejó la llegada de los visitantes ilustres haciendo fondo blanco con dos copas al hilo y señaló la bohardilla de al lado con cara de San José.

-Quieren matar al nene -mostró una dentadura musgosa. -Y no puedo defenderlo.

Manolo y Mozart ni siquiera le contestaron. B.T. y Ojos de Plata les habían estrellado las miradas hasta el cenit sensual del enternecimiento.

-Pero es que aquí un retablo no sirve para nada -reacciona Manolo. -Mirá: yo acabo de aprender viajando por Europa que toda la arquitectura es PURA ESCENOGRAFÍA. Y esto no es el interior de una iglesia, botija. Le erraste.

-Esto es el interior de un sepulcro -complementa Amadé, volviéndole a llenar la copa al detective. -Aquí acaban de asesinar la inocencia de su hijo, Monsieur le Privé.

-YA SÉ!!!! -sube unos ojos incendiados Manolo. -Aquí hay que escenografiar uno de esos SOBREMUNDOS del Greco. Yo no pude ver el *Entierro del Conde de Orgaz* ni me entusiasma demasiado el Greco, tampoco. Pero sería una solución fenomenal. Vas a ver que desparramamos GRAN TIEMPO CON HOMBRE NUEVO como para barrer con todas las sabandijas juntas del Matto Grosso.

-¿No será una solución demasiado barroca? -se le enloquece el tic a Amadé.

-Vos callate, que estás mamado. Y ayudá, si podés.

Manolo destendió violentamente la cama y colocó el escritorio encima, asegurándole estabilidad. Después hizo sentar a Ojos de Plata en la cumbre de la escena semicubierta por colchas y sábanas, y le pidió a Isabelino Pena que cargara a B.T.

-Como si fuera “La Pietà” al revés -le explicó. -Y nosotros nos colocamos en un segundo plano de muchedumbre. El que va a interceder por el nene es usted, mostrando a la mamá recién resucitada. ¿Entendieron? Y que se venga el diablo, si es macho. Y si no es macho que también se venga.

LA LUZ artificial de la chambre 22 permanece prendida, aunque ya doblegada por el amanecer. Abel entra componiendo un legítimo Caballero de la Triste Figura, deposita el estuche de la guitarra en el suelo y se sienta a ojear un libro que estaba abierto sobre su cama. Después sacude la cabeza con serena tristeza y se pone el pijama y se acuesta a fumar un Peter Stuyvesant.

Ray De Deus llegó casi enseguida.

-Qué lindo está París para caminar de noche -dijo sin atreverse a mirar a la víctima.

La víctima se atrevió a mirar los ojos asesinos brillando a media máquina, y en ese momento el destellador propagó una marea de azules toledanos y Abel aplastó el cigarrillo y fue compactamente emponchado por el sueño.

-Qué lindo está París -repitió el riverense tirado boca arriba en su cama, aunque sin desvestirse. -Me cagaste la vida, votija. ¿Cómo se te ocurrió que me podías salvar, invécil? ¿Cómo se te ocurrió que podía ser tu hermano del alma? Amor mío.

Y torció una mirada relampagueante hacia la cama donde el otro ya roncaba y repitió:

-Amor mío.

Entonces pegó un salto y avanzó por el piso desparejo (y regado de puchos aserrín ropa sucia y cadáveres de cucarachas) hasta el rincón del piano.

-Cuidado -digo. -Si encuentra una cruz negra de oro macizo que hay escondida adentro del piano le parte la cabeza. Cuidado, por favor.

-Me parece que este sobremundo no alcanza para frenarlo -se le hinchan los tendones del cuello a Manolo.

-Dios -jadea el detective.

Y de golpe escuchamos un Andante silbado dulcemente y cuando nos damos vuelta vemos a Mozart-niño soplando en dirección a la carnalidad floral de Ojos de Plata.

Después la melodía se filtró en la bohardilla-sepulcro diciendo:

-No podrá el horror / hundir la piel del cielo / porque habrá un mar / bajo tu vuelo / hoy soy / hoy voy / hoy sé quién soy / y hoy doy mi fe / y hoy sé / que nos sabrá la belleza dolernos / porque nunca podrá el sol del agua clara / morir.

Entonces Ojos de Plata empezó a caminar por encima del vuelo del Andante (ya casi trasmutado en Adagio) del Convierto N° 21 para piano y orquesta y penetró en la chambre 22 fosforeciendo transparentemente. Y el niño remató la ilación del Gran Tiempo como si sentenciara:

-No podrá el dolor / hundir la piel del alma / porque habrá un pez / bajo tu calma / hoy soy / hoy voy / hoy sé / quién soy / y hoy doy mi fe / y hoy sé / que no sabrá la tristeza vencernos / porque nunca podrá el sol del hombre nuevo / morir.

Y cuando cuajó un silencio polvoriento bajo la floración de la silueta transfigurada en ORO Ray De Deus tiritó, se fregó la melena blanquirroja y volvió a su cama sin llegar a entreabrir el piano.

-¿Y qué guardaría ahí adentro ese sabandija? -me pregunta Manolo después que Ojos de Plata vuelve a la chambre 23 haciendo equilibriso de espaldas como si tal cosa.

-Y yo qué sé.

-Los pobres novelistas son igual que las vírgenes -me defiende B.T. -Se imaginan lo que pueden, nomás.

Isabelino Pena larga una carcajada y empuja la botella de rosado ojicerradamente.

-Lo que Nannerl esconde adentro del piano es el traje de novia que le robó a mi abuela - dice Amadé, con la gestualidad que acompaña a una ocurrencia chistosa.

Pero nadie se ríe.

NOVENA PUERTA: INTERROGACIÓN (TIEMPOS GIGANTESCOS)

El túnel desemboca en una orilla del Matajo y lo primero que me desconcierta es un rosal reverberantemente apareado a una palmera de erección gigantesca. Son las tres de la tarde y ya hace tres octubres que conocí al Papalote en el aljibe-cueva de D'Artagnan De Deus. Y mientras voy chuequeando para empezar a repechar la calle lateral de la escuela escucho que me llaman desde el arroyo.

-¿No te acordás de mí? -grita una chiquilina, cubierta hasta el mentón por el agua.

Y avanza haciendo emerger sus pequeños pechos desnudos y combados como alas de pagoda y agrega:

-Ahora me llamo Yemanjá del arroyo. ¿Venís a visitar a Manuelito?

Sonríó pero no contesto. Tengo 15 años, y es la primera vez en mi vida que veo una mujer desnuda.

-¿No me querés secar la cara con una rosa? -se acerca Yemanjá, y su triángulo enrulado brilla en la superficie con una sedosidad cetácea. -El maestro siempre me secaba así. Pero tenés que entrar al arroyo. Agarrá una rosa y sacate la ropa, dale. No seas bobito.

La ex-Clotilde tiene los ojos nacarados y el pelo del color del barro bajo la lluvia, pero pienso que el maestro puede ser Uruguay y me siento endurecer y ablandar al mismo tiempo.

-Dale -insistió Yemanjá. -Vas a ver que la pasamos precioso.

Entonces me doy vuelta y ella me grita PUTO!!!! pero no le doy corte.

Uruguay Artigas Yarce: que apareció en Solís con menos de 30 años y vivió dos temporadas escolares alojado en un hotel donde reunía a una especie de patrulla desencorsetada de túnicas y moñas y técnicas memorizadoras que Manolo rechazó desde siempre y hasta siempre con un fervor matrero: y daba la impresión de que Uruguay fumaba para dirigir el diálogo con aquella batuta luminosa sin imponer jamás una direccionalidad filosófica política o artística: pero cuando Manolo abandonaba el hotel a altas horas de la noche cargando obras de Dostoievski Rolland Istrati Vaz Ferreira o Rousseau era como si ya enfilara rumbo al profundo Sur de su mapa incanjeable y al otro día volvía a guerrear sistemáticamente contra las matemáticas pidiendo para ir al baño en el momento justo en que se empezaban a explicar los quebrados o la multiplicación por dos cifras: y una vez que se paró demasiado ostensiblemente arrancando hojas del cuaderno como si fuera a descerrajar una cagalera récord Uruguay se mordió el labio y empezó a sacarse el cinto y terminó gruñendo con un poso de risa retenida en su mirada-imán Pero usted no se da cuenta que está cometiendo una imprudencia incalificable frente a la clase y enseguida señaló la enorme dentadura del compañero de Manolo y agregó aprovechando para desencadenar la carcajada purificadora Y vos negro no te pongás a mostrar las mazamorras cada vez que reto a alguien o también te llevás un cintarazo: y cuando Uruguay se fue del pueblo Manolo le

regaló una caricatura puntillista donde aparecía rodeado por la patrulla nocturna y arriba figuraba estampada con pasión indeleble una leyenda-título-dedicatoria que decía A NUESTRO FARO.

DOS HORAS después de enfrentar a Yemanjá llegué a la casa de Pedrito Garateguy y encontré a la tía María contemplando con dulce estupidez la floración de los naranjos. Entonces comprendí que su madre había muerto y me quedé callado. Pero ella desarmó serenamente su extatismo y sonrió, reconociéndome:

-¿Qué precisaba, mijo?

-Manuelito está en cama y manda pedir la caja de termómetros rotos que usted tiene.

-Ah -graznó la mujer. -Pero mire qué cosa. Recién me entero que Manuelito se engripó.

-Él dice que es un resfrío, nomás. Pero el general no lo quiere dejar salir hasta que no se mejore.

Y me animé a contarle que el General acababa de romper dos termómetros por bajarles el mercurio golpeándolos contra la rodilla.

-Pero mire qué cosa -suspiró la mujer. -Cuando Manuel se empaca es así. Debe andar sin un peso. Bueno, espéreme un poco que ya le traigo la caja.

Y cuando me la entregó me hizo bajar los ojos advirtiéndome:

-Dígale a Manuelito que no haga muchas sinvergüenzas con esto.

Manuelito: que ya a los 12 años tenía una caja de colores al óleo que le regalaron los tíos Pedro y María y que después de visitar con la escuela un tren-museo detenido en

Empalme Olmos intentó reproducir la técnica realista de Blanes en un autorretrato con tricota roja que no lo conformó en absoluto aunque poco después copió la cabeza del violinista español Manolo Quiroga entusiasmado al mismísimo Eduardo Fabini que tenía amistad con el famoso instrumentista y diseñó una alfombra de corte “art-decó” a pedido de una vecina lo que ya confirmaba una notoriedad ganada trazo a trazo en el alertargamiento solisense: pero que simultáneamente perfeccionó su vocación bromística hasta el filo del abuso como cuando el general se quedaba atendiendo los trámites del pago de los sueldos de la comparsa trilladora y él almorzaba con los tíos Cecilio y Rosa y sus primos transformaban la mesa en un desaforado teatro de guarangadas hasta que a Manuelito se le ocurrió rubricar el saludo de despedida aullando desde afuera Tío Cecilio y tía Rosa váyanse a la putísima madre que los parió y al tercer día un vecino salió para advertirle Pero muchacho cómo vas a hacer eso y se acabó la joda.

Rosa: que perdió la razón varios años después y la recuperó gracias a un tratamiento que se hizo en Montevideo y al morir su marido volvió a quedar en un fondo de mar sosegado y luctuoso y vivió algún tiempo con el General y Manuelito hasta que la internaron definitivamente y cuando el general recordaba el episodio inapelable que lo había desligado de sus dos hermanos agregaba suspirando Pero si yo tuviese un peso así fue partido por la mitad Rosa no se iba más de al lado mío carajo.

-No escuchó los azahares? -agregó de repente la tía María, levantando su rostro hacia las constelaciones perfumadas que apenas se hamacaban en la paz de la tarde. -¿Usted sabe que mamá siempre nos arrullaba con la Canción del ladrón? Dicen que es una canción catalana, pero ella la entonaba sin la letra. Está allí. Cierre los ojos y oiga.

Y la brisa parece murmurar:

-“Qué verano me robó / los azahares de la infancia / con qué viento se voló / el trasluz de su fragancia. / Y qué lluvia deshojó / mis amores inocentes / y qué llanto se llevó / mis ojos adolescentes. / Qué ladrón desenjauló / a mis pájaros ausentes”.

Y de golpe nos sobrevuela una gran paz sin rostro y ella me roza el brazo para que no abandone la contemplación. Y la oscuridad dice:

-“Pájaros del corazón / que a la vida yo entregara / quién habrá sido el ladrón / que su vuelo me robara. / Pájaros de la estación / donde a solas yo soñaba: / hoy el canto mi perdón / a quien los desenjaulaba. / Ya he perdonado al ladrón / dueño de lo que robaba”.

Y cuando abrí los ojos María observaba el cielo mientras el quintero Despacito se empequeñecía procesionalmente en dirección a la casa de Eduardo Fabini.

-El Papalote -sentencia María. -A ustedes sólo puede salvarlos el Papalote.

-ME CAGO en Francia -vociferaba el General caminando a lo largo de la galería. -Somos más pobres que las ratas, me prestan un termómetro y lo quiebro y pido otro termómetro y lo vuelvo a quebrar y no puedo saber si el garbanzo tiene fiebre Cristo me cago en Chile.

Aproveché para entrar antes que él al cuarto donde Manolo me esperaba en la cama y le deslicé la caja de termómetros rotos por debajo de la frazada.

Esta vez no hubo necesidad de sacudir el termómetro N° 3 recién conseguido por el General. Cuando Manolo se lo colocó bajo la axila fabricando una trompita tuve que disimular la risa saliendo a la galería. Y escuché con total claridad una voz acaribeñada berrinchando en la esquina:

-Qué bien sé yo la fonte que mana y corre, / aunque es de noche.

No puede ser, pensé erizándome. Y volví a entrar al cuarto justo cuando Manolo observaba cuidadosamente la gradación del termómetro y se ladeaba para empalmar el roto que tenía escondido y terminaba levantándolo como quien va a tirar una pedrada y gruñía:

-¿Pero cómo? ¿Hoy de mañana no tenía fiebre ninguna y ahora tengo una fiebre bárbara? Este termómetro no sirve pa nada.

Y lo reventó contra los barrotes de la cama. Entonces el General se agrisó como una fantasma y dio una gran zancada preparando dos garras de Orlac.

-Era en joda, General!!!! -trató desesperadamente de atajarlo Manolo. -Este es un termómetro roto que le mandé pedir a María!!!!

Pero Orlac avanzó, implacable. Y entonces resonó el berrinche del Papalote, merengueando en la galería:

-Aquí se está llamando a las criaturas, / y de esta agua se hartan, aunque a oscuras, / porque es de noche! ¿QUERÉS PERDER AL GOFO, GENERAL?

Y el mundo volvió al cauce.

FINALMENTE SE pudo comprobar que Manolo no tenía fiebre y el General lo dejó levantarse. Ya atardecía. Manolo me contó que el día anterior había recibido una carta de un farmacéutico de Sarandí Grande donde se le informaba que el director del liceo del pueblo -que era el mismísimo Uruguay Artigas- había sido acusado de manosear a sus discípulas.

-Estoy juntando firmas de ex-alumnos porque pienso mandar una carta de solidaridad con Uruguay -resopló entreparándose para acomodarse la boina, que ahora resplandecía como un malvón. -Esto es una infamia que no tiene goyete, loco. Acá debe de andar metida la babosería política, con toda seguridad. Che, ¿pero qué te pasa? Quedaste más duro que sorete'e verano.

-Nada -mentí. -¿Y por qué decís de ir al chalé de D'Artagnan si él nunca fue a la escuela del pueblo?

-A buscar a Tomatito: ahora andan como culo y calzoncillo con el primo, y se maman en el club y se van a dormir la mona al aljibe de Yemanjá. ¿Vos llegaste a conocerlo a D'Artagnan? Che: contestá, carajo.

Pero no contesté. Sólo atiné a señalar un barrilete azul y negro que se clavaba sobre la alameda de Enrique Fabini.

-Mirá vos -sonrió Manolo. -Esta es la especialidad del Papalote. Ahora empieza a berrear y a dar vueltas por todo el pueblo juntando desgraciados. Este negro es el Uruguay Artigas de los desgraciados.

-MIRÁ VOS -sonrió Tomatito al otro día, ofreciéndonos un trago de caña de La Habana.
-¿Y para qué querés que firme? ¿Para felicitar al maestro?

Manolo me miró. Yo miré la cabeza cuadrada y muy engominada de D'Artagnan De Deus, que fumaba recostado en el aljibe con pose de George Raft.

-¿Pero qué estás diciendo? -se sacó la boina amenazadoramente Manolo.

-Nada del otro mundo. No te olvides que Uruguay nos enseñó a ser libres como Raskolnikov.

-PERO TAMBIÉN NOS ENSEÑÓ A SER LUMINOSOS, LOCO!!!!

Confía en tu amigo lobizón, Manolo. Cuando seas veterano y tengas el alma podrida igual que todo el mundo vas a pensar distinto.

Yo empecé a sentir ganas de morirme hasta que el barrilete negriazul nos sobrevoló espejando el manantial de seda del crepúsculo y el aljibe emitió (igual que si fuese un parlante volcánico) un discurso pronunciado por la voz de un Manolo viejo y casi lloroso:

Este hombre que se nos ha apagado entre las manos... era un jardinero, un jardinero que curiosamente no utilizaba, para sus plantas, para sus jóvenes árboles, la tijera de podar

o el rodrigón inflexible (ni siquiera, diríamos, el extraño, aproximado, silencioso injerto) sino, con mano un poco dubitativa, el dulcísimo riego intermitente y el abono de compenetración secreta. Claro está que algo de vigilancia ejercía frente a la amenaza constante de las “plagas”, por otra parte... siempre confusas y no siempre clarificadas con excesiva velocidad o tardanza. De las plagas individuales y de las plagas sociales. Pero le preocupaba y enternecía más, mucho más, el desarrollo de las respectivas, legítimas defensas... que su substitución alevosa. Salvar el crecimiento... de suyo dador y los frutos consiguientes! Porque un jardinero... es un maestro. Un maestro es un jardinero... y un plantador, además. Y nuestras palabras aquí, precisamente, son las palabras testimoniales de uno de esos arbolitos “con conciencia”, agradecido por su breve y acaso decisiva intervención.

En aquellos tiempos no parecía inclinarse tanto sobre el terreno específico de las vegetaciones concentradas... como a cierta distancia de sí mismo. Pues que era un jardinero nocturno, “fantasmalmente concreto” -si cabe fijarlo así-, de vocación “en llaga viva”, que gustaba demorarse en los aledaños olvidados, en las calles confinantes, en los amparos habitacionales... Liberado él mismo de esos impedimentos costumbristas o rutinarios de mezquina, raquílica raíz... asumía ciertos infalibles “entronques” totalizadores... siempre. Había aventado los alcances únicamente parciales.

El cariño por su oficio lo llevó también a convertirse en “acopiador”. Un acopiador sensitivamente rememorativo de datos identificadores (muy tiernos, temblorosos datos... a menudo referidos con particular “unción”) de cada vara en yemas, que fueran permitiéndole transitar y manejarse con un margen angostísimo, poco menos que inexistente, de desvío o de “ofensa”. Era entonces un escrupuloso baqueano... Su “insomniado” destino, sus objetivos de vibración asordada, se hallaban dentro de nosotros mismos, a nuestro “increíble” lado y detrás del horizonte. Pero no los tocaba! No osaba tocarlos! Respetuoso maestro de esta tierra general; parado en ella, en el estricto punto mínimo, sí, donde se hiciera necesario actuar, pero parado -¿cómo expresarlo?- no en el pago chico de “traza” distintiva... sino -entiéndase bien- sobre la enteriza tierra, es decir... sobre la rotunda curvatura del planeta común... como activo fragmento o corpúsculo del mismo. Sin fronteras, con un “ángulo de miraje” muy abierto y desmesurado. Y así en toda hora.

Nos sentiríamos mejor, desde luego, callándonos. Sin embargo queríamos decir algunas cosas, ahora... que este habitante de los zurcos frescos, de tan ejemplar erguidumbre, despega de ellos y se lanza más allá de ellos todavía, casi como los cosmonautas, al regazo insondable, por así estamparlo, del universo definitivamente impersonal. Y aquí quedamos nosotros -su compañera serenísima, sus hermanos y familiares rumorosos, sus amigos y discípulos deudores- con nuestra dura época encima de los hombros (época de

duración incierta, parecería, aunque presumiblemente corta), portadores de los desvelos vitales de esa irradiada, abstracta heredad. Portadores de su “sobrevida”, de la que le queda. Sus carnosos, oscuros labios... continuarán, sin duda, moviéndose lentamente en la memoria, como antes, alcanzándonos sus ya pronunciadas preocupaciones humanistas. Cada uno de los que le quisimos... tendremos de tal modo su blanda, móvil, “derivada” estatua, intimísima... pero también transferible.

Decirle, por lo tanto, HASTA SIEMPRE... maestro o... jardinero, o... amigo, o... compañero, o, simplemente, Uruguay, es lo único que podemos hacer en el día de hoy. Y es bastante, sin embargo. Porque a través de nosotros, HOY Y MAÑANA, de él será el futuro espejado y luminoso, sin trabas o prejuicios absurdos, sin murallas inaccesibles, separatistas, sin centros enteros ni debilitadas orillas, que tanto pronosticó y quiso y por el cual se levantó, con ánimo alborado, todos los días. Podría, sí, afirmarse que ya lo conquistó -ayudó a conquistarlo!- en buena ley y para siempre... QUÉ MÁS SE LE PUEDE PEDIR A UN HOMBRE?

-Tomá pa vos y tu tía Gregoria -desnudó los colmillos Manolo. -Esto es lo que voy a pensar de Uruguay toda la vida.

-Ta bien -me clavó una mirada sangrienta Tomatito. -Entonces pedile al socio fundador de El Bromazo que te cuente lo que vio en el arroyo. O que te lleve hasta allí. Si se anima.

Y le hizo una guiñada a D'Artagnan mientras Manolo -que ya era mucho más alto que yo- se calzaba la boina mirándome de reojo.

-¿Y ahora qué? -ladró Manolo, cuando me escondí atrás de la palmera fagocitada por el rosal y le pedí que mirara fijo el arroyo. -¿Pero estamos todos locos? ¿Qué diablos querés que vea en esta oscuridad?

Pero el Mataojo conserva la supervida del crepúsculo. Y en ese vaho azul fuego se recorta la silueta de Yemanjá, con las alas de pagoda y el triángulo cetáceo brillando increíblemente.

-Manuelito -se alisa el pelo. -Sacame de esta trampa. Si alguien entra a sacarme y me limpia con una flor puedo dejar de hacer chanchadas para vivir. ¿Sabés cuántos me acariciaron con una rosa?

Entonces Manolo se hincó (o cayó) sobre la orilla y se tapó los oídos con los dedos erectos como pinceles para sentenciar:

-Mirá: yo lo que sé es que vos no sos vos. Vos debés ser una de esas sirenas que aparecen en los libros para tentar a la gente. Y estoy seguro que jugás en el mismo cuadro que Tomatito y D'Artagnan. Así que no te gastes en tratar de encastrar a nadie porque vas a echar culo. ¿Entendés? Había un guerrero griego que las pasó más fieras que yo, pero se aguantó firme.

Y de golpe se oye aullar:

-En esta noche oscura desta vida / qué bien sé yo por fe la fonte frida, / aunque es de noche!

Y mientras observamos el resplandor estelar del barrilete que cuelga sobre el arroyo aparece un perrazo con una rosa en la boca y empieza a nadar hacia Yemanjá.

-FUERA, BICHO DE MIERDA!!!! -chilla la chiquilina, sin poder evitar que el lobo la roce con la flor y ella salte descubriendo su extremidad de pez y se hunda para siempre en el Mataojo.

Después corremos desahogados en dirección al fondo de la escuela, donde el Papalote sigue berreando (con la guayabera el panamá las pupilas de tigre y los dientes de caballo, radiantemente desplegados hacia el estrellerío) el “Cantar de la alma que se huelga de conocer a Dios por fe”. Y alrededor se azulan los perfiles de Eleuterio (“que siempre acompañaba los entierros al costado del cortejo por las cunetas paralelas del camino voceando quedamente Viva Batlle Viva Batlle mientras un hilo de saliva le colgaba del grueso labio inferior”) Ranchito (“una especie de bichicome de campo que entraba cada dos semanas conduciendo una pequeña carreta siempre vacía tirada por la yuntita de bueyes a quien el carpintero Eufrasio Villalba desafiaba apuntándole desde su taller con una escopeta ficticia y recibiendo andanadas de piedras que rebotaban sobre

las chapas del galpón”) el Mochuelo Correa (“a quien achacaban comer carne de gato para hacerlo renegar haciéndole creer además que tenía una fuerza irresistible en la mirada lo cual lo ponía en trance para desafiar los desafíos pupilares de cualquiera”) el negro Bernabé (“que se hacía el rengo para conmovier a algunos comerciantes ligando - no siempre- algunos reales que le permitieran tomar su buen vaso de vino tinto o garnacha”) el loco Acevedo (“al que no se podía mirar de frente porque era como chancearlo teniendo en cuenta su gran fuerza muscular y sus trastornos psíquicos”) el viejo Camacho (“que había sido quintero ocasional de Eduardo Fabini lo mismo que Despacito y a quien el músico hacía hablar para sentir el arrastre gangoso de sus erres ‘con gusto a tierra’ y que usaba diariamente el sombrero sobre un pañuelo negro que le cubría la parte posterior de la cabeza”) y el loco Mayobre (“un hombre silencioso único habitante de su espaciosa casa y soliloquista ensimismado).

-Miralo a Despacito allá en la esquina -codeo a Manolo, que contempla la danza virtual de los desgraciados como quien asiste a la renovación del Bolshoi.

Y vemos al quintero -¿ex-guardia de honor de Santos?- como si fuera una contrafigura abismática de la tía Rosa, erguido y soñador en la paz de la noche.

DÉCIMA PUERTA: INTERRUPCIONES

ABRO LA puerta de mi apartamento y encuentro al detective, vestido con una gabardina y un gacho estilo Philip Marlowe en pleno diciembre de 1994. Lo hago pasar al escritorio, donde estoy escuchando a Álvaro Pierri. El viejito saca la cabeza por la ventana para enfocar el fondo de la casa contigua y murmura sin tristeza:

-Qué mal podado está el eucalipto rojo. Durante los diez años que viví en este apartamento fue el iluminador oficial de mis diciembres.

-¿Mate o whisky? Me regalaron un Something Special para Navidad.

-Oro escocés, of course. Con poca agua y sin hielo.

Cuando vuelvo con los vasos encuentro a Isabelino Pena observando maravilladamente el comienzo de la lluvia y digo:

-Unas gotas del reino. Por fin.

-Unas gotas del reino y Álvaro Pierri y un etiqueta negra. ¿Qué más quiere, mijito?

-Si la vida me diera de nuevo la oportunidad / de volver a vivirla otra vez / no la quiero más -recito. -Salud, Monsieur le Privé.

-A la suya. ¿Le gusta esa canción tan horrible?

-La canción será horrible, pero si me dieran la oportunidad de vivir **la misma vida** otra vez tampoco la querría. Por nada del mundo.

-Disculpa la indiscreción: ¿pero probó a otorgarle esa chance hipotética a algún maestro del alma como Espínola Gómez, por ejemplo? ¿Qué le contestaría?

Nos medimos fijamente por sobre los vasos.

-Espínola Gómez la viviría otra vez, of course. Pero me parece que usted anda atrás de otra cosa -engullo un trago largo. -Así que ahora me toca preguntarle qué busca concretamente en mi casa, don Isabelino.

El viejo saca su clásica pipa vacía de la gabardina y la utiliza para señalar al azar un cajón del escritorio.

-Me gustaría vichar el libro que está escribiendo sobre Espínola Gómez -abre una risa oscura. -Quedé muy intrigado cuando tuve el honor de participar en el episodio del hotel Stella.

-A esta altura me parece un absurdo que lo lea -pongo cara de perro. -No tengo claro para dónde voy ni por dónde voy a salir.

-Caramba, la **Canción del ladrón** .me interrumpió el detective torciendo la pipa hacia el casetero. -Qué versión, madre mía.

La lluvia arcoirisó su mirada fluvial y yo sentí un socavón vallejiano aterciopelándome el buche.

-Esta guitarra tiene la misma fibra que el Andante de Mozart por donde caminó Ojos de Plata allá en París -cabeceó el viejo, calmo.

Y al terminar la obra apagó el casetero y abrió la ventana para incrustar ojicerradamente la cabeza en la lluvia.

-¿Le traigo una toalla? -pregunté al rato.

-No, muchísima gracias. Yo después seco todo. Ahora podríamos seguir paladeando el Something Special, mientras atardece. ¿Sabe qué significa lo que acabo de hacer?

-Se acaba de sacar la caspa del infierno.

-Y acabo de encasquetarme el brillo del Hombre Nuevo, además. Cada tanto lo perdemos.

-Es verdad.

-¿De verdad no se conforma con haber implantado a Ojos de Plata en el medio de este infierno? ¿Necesita forzosamente un Domingo de Ramos para sentirse firme?

-A veces sí.

-¿Y Espínola Gómez necesitaría un Domingo de Ramos?

-No, Con dejar terminado su museo personal le alcanza.

-Entonces es más humilde que usted.

-Puede ser.

Isabelino pena volvió a prender el casetero y liquidamos la botella entre un profundo azul satinado por las Bagatelas de Walton. Hasta que el viejo desembuchó:

-Esta mañana me surgió un caso extraño, compañero. Una voz amariconada me advirtió en el teléfono que la decoración del Edificio Independencia y el museo de Manolo están amenazados por las maquinaciones del Maligno. Me dijo sólo eso. Pero desde que sonó el clic tuve la sensación de que en su libro hay pistas que pueden ayudarme a rastrear la amenaza.

-El libro está a la orden. Pero precisamos la autorización de Manolo. Yo tengo que encontrarme con él esta noche. Si quiere vamos juntos, pero no le mencione lo del Maligno porque anda con la presión oscilante.

Ya no llovía. El poniente había engendrado altas estrías rosadas y me sentí obligado a aclararle al detective:

-Cuesta mucho aceptar que la vejez sea esta necesidad de reventar de asco frente a cada consagración estelar de los homúnculos, aunque uno sepa que va a seguir hasta el final tratando de ayudar a salvar el tesoro. Con Ramos o sin Ramos.

El viejito alzó la pipa para clavársela en su dentadura sarrosa pero antes murmuró:

-Todavía estamos en la prehistoria.

EL DETECTIVE estaciona su Renault Fregate unos metros más debajo de la puerta del museo y enseguida distinguimos a Manolo regando la pequeña escalinata con una botella de litro y medio.

-La mantiene siempre mojada para que no se le instalen los bichicomes -le explico al detective. -A veces se le duermen allí.

El viejito y el Viejo se saludan como si fueran remotos compinches del quartier latin y yo aprovecho para sugerir que a don Isabelino le gustaría vichar el lugar del museo. Manolo acepta, resoplando un poco.

-Estas cosas que ve desparramadas de aquí hasta el fondo estaban amontonadas en el último cuarto -explico al bajar al subsuelo que mide media cuadra de largo. -Hubo que desalojarlas a lomo porque en agosto se atrabancaron las cañerías y podrían estropearse.

-La mitad de las cosas ya están medio jodidas -se friega la melena Manolo y vuelve a enjarrar los codos contra sus laderas elefantiásicas. -Pero algunas se podrían exponer en un saloncito de allá arriba, digo yo. Si llega a haber museo.

El subsuelo parece un pedazo de feria de Tristán Narvaja trasladado a una emulsión nocturnal donde apenas perviven los objetos atesorados por el Viejo en el taller de Avenida Brasil durante dieciséis años -y sobre después de aceptar una jugosísima oferta por *Cresponarios de la media tarde y Serenísimo paisaje encabezado* y llegar a comprar lotes enteros de remates casi sin revisarlos.

-Yo considero que nada de lo humano tiene desperdicio. NADA -pone cara de estar empujando un camión con la mano Manolo. -Yo me resisto a eso.

-¿Y pudieron averiguar por qué se taparon las cañerías, al final? -saca a relucir la pipa Isabelino Pena.

-No. A lo mejor fue una rata con cría que se pudrió en el caño y lo taponeó.

-Mientras no haya sido la paloma del Espíritu Santo va a haber museo, mi amigo. No se preocupe -camina hacia el fondo el detective, y de golpe empieza sacudir sísmicamente su gran nariz grumosa.

-Pero che -me zamarrea un hombro el Viejo. -¿Vos sabés que yo nunca sentí estornudar a nadie con tanto jedor a whisky? Ustedes dos deben ser parientes muy directos de Empédocles, loco.

-Nosotros somos de las milicias de la redención -retruca Isabelino Pena, apelotonando un pañuelo muy poco católico. -Something Special, maestro.

Y al acercarnos a las dos puertas que enfrentan la escalera del fondo me adelanto y explico con voz de cicerone:

-El primer cuarto era la caja fuerte del banco. Ahí está metido el grueso de la obra que Manolo donó al Estado.

Entonces el viejito levanta una cabeza de muñeca que corona una Remington gliptodóntica y estornuda-pregunta en tres tandas flemosas:

-¿Pero cómo puede ser que todo este cachivacherío estuviera metido en el último cuarto? ¿La falta de humedad que tiene una caja fuerte bancaria es la misma que necesita el depósito de un museo? ¿Me permite echarle una brevísima ojeada al interior de los cubículos, don Manolo?

-Salud, salud y NO!!!! -mofletea desmelenadamente el Viejo. -Déjese de joder. Además tengo un huésped en el cuarto del fondo. Un esquizofrénico azul -no un mamado de mierda- que me estaba esperando empapado hasta los huesos cuando volví del billar.

-Yo conocí esquizos amarillos, violetas y verdes -me hace la seña del dos el detective, y besa la cabeza de la muñeca y vuelve a depositarla en el carromato. -Pero azules jamás. Bueno, a lo mejor Van Gogh-

-¿Así que no me creéis, zoquete? -se hincha de hombros y cejas Manolo. -Pues ya comprobaréis lo que de vero os he hablado, cerdos empedoclianos. ¿Y si por ventura os contara lo que soñé antenoche también ignorarían las perlas de mi punción subacuática?

-Eso es distinto -me río ya sin burlarme.

-SOÑÉ CON OJOS DE PLATA!!!! -me hace erizar Manolo. -¿Se acuerdan de la chambre 22, botijas?

No me atrevo a mirar al detective, pero escucho el castañetear de sus dientes sobre la pipa.

-¿Pero saben dónde estaba ese bicho tan divino? -entristece como un chiquilín el Viejo. - EN MI CAJA FUERTE. Y TENÍA UNA PALOMA EN LA MANO Y LE CAÍAN DOS LÁGRIMAS ROJAS COMO RUBÍES!!!! Y NO PODÍA SALIR!!!!

-Dios -dice el detective.

-¿PERO CÓMO voy a tener problemas en que usted viche el libro que está escribiendo mi sepulturero? -se sirve otra porción de raviolos a la romana Manolo. -¿O usted no sabe que el sotype es mi sepulturero oficial? Ahora se le ha metido en la cabeza que tengo que publicar los poemas. Y se encopa y me jode y me sigue y me sigue jodiendo.

Y me frota la pelada con una especie de picardía secretamente lacrimosa y se dedica a devorar los raviolos que nos cocina por encargo del dueño del bolichito de Florida y Canelones.

-Se lo agradezco mucho -levanta un brazo para pedir otra jarra de rosado el detective. -
Está demás decir que también me interesaría leer los poemas. Pero cuénteme bien cómo
fue el lío del Palacio Estévez.

-¡El lío del EDIFICIO INDEPENDENCIA, querrá decir: EXPRÉSESE BIEN, carajo!!!!
¿Hace casi diez años que la vieja Casa de Gobierno ya no se llama Palacio Estévez y usted
como si nada? ¿Pero qué les pasa a los uruguayos? ¿Ya ni información tienen? Porque lo
que se dice Cultura no tuvimos casi nunca, sobre todo en los últimos cuarenta o cincuenta
años: a esta altura debemos ser el caso de ESCLEROSIS INVESTIGATIVA
INDEPENDIENTE más avanzado que se conoce a escala planetaria.

*Manolo se divertía desplegando un auténtico rictus de desprecio mientras rebañaba el
esplendor degasiano de la salsa, pero Isabelino Pena ya no estaba escuchándolo. Una
vieja surgida de atrás de un plátano irrumpió blancamente en el boliche y se acodó en el
mostrador para pedir cognac: usaba vestido largo guantes a medio brazo y capelina
terciada a lo Dietrich, aunque los lentes negros alados y la turgencia bermellón de la
boca la retrotrajeran a un hervor marosiano. Manolo ni la miró.*

-Ta: el Edificio Independencia -concede el detective, contrabandeándome una seña
alusiva a la momia del mostrador. -¿Cómo fue el lío, al final?

-No fue un lío -chista el Viejo. -Nos encajaron un brulote sin firma en la página editorial
de El País. El arquitecto Benech les contestó enseguida y al poco tiempo se publicó otra
carta contraria al brulote que mandó el arquitecto Lorente cuando vino de España y chau.
Ya no pasó más nada.

-Lo que pasa es que los salones que Manolo remodeló en el piso de arriba son
considerados **indecentes** -intervengo.

-Epa: Manolo y los arquitectos Benech y Colet -corrige el Viejo. -Y yo no diría que
consideran **indecente** la remodelación. Bueno, han dicho que el salón azul se parece a un
quilombo del Chuy y yo qué sé qué más. Pero lo que no entienden (o no quieren entender)
es que uno les armó una **escenografía**, me cago en Dios: la política es teatro y el teatro
precisa eso. Andá a Europa y vas a ver.

-“Primero hay que saber sufrir, vierge folle” -pareció contestar la mujer del mostrador, fabricando arabescos con un cigarrillo que no olía exactamente a haschich. -Y después adorarlo y chau pinela.

Manolo torció la cara con violencia y sondeó de arriba abajo el contraluz cadavérico y a la vez apechugonado de la momia.

-Somos la última dama -vació el cognac la mujer y sacudió un momento el hedor celestísimo como quien se abanica. -Somos la última mierda y el primer corazón que se aguantó en el palco.

-Jefe -levantó la pipa Isabelino Pena. -Sírvale otro cognac a la señora, por favor.

-Señorita -corrigió la vieja sin mirarme. -La Mermelada para los amigos.

Tuve la sensación de que tanto las cejas como los lunares averrugados de Manolo se oscurecían con peligrosidad. La Mermelada hizo relampaguear el segundo cognac y agregó roncamemente:

-Brindo por los corazones que te adoraron desde el palco, Rimbe. Preferiríamos quedarnos bizcas campaneando el bordecito de plata de tu rostro incrustado en la platea que escuchar un monólogo de Hamlet. Y después una salía haciendo eses por la pasiva como si fuera Ofelia o Moncha. Y Artigas y el Palacio Salvo eras vos y los mamertos y las yiras y los poetastros y los marineros y cualquier tarro lleno de humanidad podrida eras vos y el Estévez parecía el Partenón y una sentía que iba arrastrando una cola de novia por la plaza y cuando metía la trompa en el cacho de espuma que les salía volando a los chopps del Tasende llegaba Yemanjá y pedíamos una al tacho. Hasta que me fui a Rusia. Y aquí estoy otra vez, después de la revolución de los tomates.

Entonces Manolo me mira como diciendo:

-Ahora sí que soné. Esta debe haber andado conmigo y ni siquiera la reconozco.

Yo recuerdo a Yemanjá y al Tasende y siento que el cigarrillo de la Mermelada huele más a Elsinore que al Pantanoso.

-Qué equivocado estás, “Adán de sangre” -la momia clavó por primera vez sus lentes amariposados sobre el desconcierto del Viejo. -Yo no fui de tu harén, aunque nunca ignoré que “buscabas desnudos que fueran como un río”!!!! Y que cada seis árboles amarillos te quedabas con la mortaja del amor devorado inflamándote los húmeros!!!!

-Pero fueron paisajes de SEDA -se conmovió Manolo. -Y ahora es como si uno viviera cargando TONELADAS DE SEDA.

-O de sábanas -lo picaneó el detective, etílicamente travieso.

-Los recuerdos de los sudarios de los amantes son como los de las capas valientes de los toreros -se impacientó apenas la vieja y pidió otro cognac.

-Tomá pa vos y tu tía Gregoria -sonríe Manolo, henchido.

-¿Y si invitamos a la dama a comer el postre con nosotros? Hay duraznos flambé, me parece.

-Merci bien -hamacó su tercer cognac la vieja. -Pero le advierto que los postres flambé me caen peor que los best-sellers kitsch con un pasado revolucionario.

-A mí me pasa exactamente lo mismo -se sonó la nariz Isabelino Pena.

-Yo prefiero irme a dormir con un resabio dulce en la boca -porfió el Viejo. -En este país tenés que inventarte buenos métodos para tragar saliva o estás frito, botija.

-Perdón: ¿qué es lo que está fumando? -me animé a preguntarle a la Mermelada.

-Hasch prensado con opio -contestó acomodándose la blanchura azulada de la peluca que derramaba churruquerescamente sobre su busto. -Estoy sentada en el palco campaneando el bordecito de tu alma, gentil Rimbe. Lo demás no se ve. Se ve un viejo con gacho y pinta de detective y un muchacho cincuentón que tiene un parecido lastimoso con Cézanne.

-A ver -saltó el Viejo. -Diga en qué se parece mi sepulturero a Cézanne. Diga, que así le damos guasca con todo.

-Bef -chistó la mujer con soberbia parisina. -¿Yo lo manyo desde el cielorraso y usted bolichea con él y se chupa el dedo?

-Diga y no joda más -se zafó gozosamente Manolo.

-Bon. La cara no es igual porque la tiene un poco hinchada. Pero hay un calco físico en la barba y la pelada que delata una certeza de Dios que quiere transmitir y no puede. El problema es que no quiere entender que la certeza de Dios no puede transmitirse. Y sufre como un pelotudo.

-Apártate de mí, Satanás -le digo en serio a la vieja, y el detective descerraja una carcajada que me hace calentar.

-Estos están en pedo -rezonga el Viejo. -No les lleve el apunte, mademoiselle. ¿Sabe que Empédocles se suicidó zambulléndose en el Etna?

¿Puedo entrar en su redondel lumínico? -arremetió Isabelino Pena.

-Ya está adentro -fabricó una trompa más sangrienta que obscena la Mermelada.

-¿Usted se arriesgaría a afirmar que soy un detective de verdad?

-Mire, señor: si yo veo un tipo por la calle vestida con una camiseta amarilla y negra a rayas que tiene un bruto 2 blanco en la espalda me doy cuenta de que está disfrazado de back derecho de Peñarol. Eso es lo único que me arriesgaría a afirmar.

Ahora fue Manolo el que festejó el diálogo con un espesamiento facial amendoliano y yo le agarré un hombro al viejito y murmuré:

-No dé pelota. Es satánica. Se lo aseguro yo: Gárgola made in France.

--SATÁNICA TU MADRE!!!! -me oyó la Mermelada. -¿Usted cree que no sé que este qui jotín disfrazado de detective es un pobre jubilado que se piró leyendo novelas policiales y se dedicó a imitar a Humphrey Bogart?

-A Philip Marlowe -la corrigió con humildad Isabelino Pena.

-¿Y usted cree que además no sé que este pitufo de Blancanieves es un personaje de sus novelas oportunistamente resucitado para poder zafar a una trama-colcha-de-retazos?

Me asusté. Entonces la vieja se acomodó la capelina aviborando una ceja a lo Bacall y me dio el tiro de gracia:

-Yo también soy un personaje de sus novelas. Pero en la actualidad no puede reconocermé. Ni darme órdenes, por supuesto.

-Che loco -se incorpora Manolo. -Mejor nos vamos sin comer el postre. A mí ya me tienen podrido los uruguayos con estas discusiones. Y además tengo al esquizofrénico azul esperándome en el museo. Y la presión oscilante, qué joder. Uno viene a pasar un rato como la gente y terminan todos a las patadas.

-Me disculpo con el cuore en la mano -sonríe la Mermelada. -¿Aceptarían los caballeros ser alcanzados hasta el museo en mi limusina blanca?

-Dejesé de embromar -espanta la humareda Manolo. -A mí siempre me intrigó saber cómo se vería la ciudad desde uno de esos bichos. Pero si maneja usted ni soñar.

La momia le ofrece un brazo a Manolo y otro al detective pero me mira a mí cuando explica con las pecosas arrugas incendiadas:

-Moby Dick se maneja sola, señores. No tengan miedo, que van del brazo de la Secretaria General de Yemanjá del Mar Dulce. ¿No te suena ese nombre, Cézanne de cuarta?

LA LIMUSINA era idéntica a la de Ray De Deus y estaba estacionada entre el Tasende y la antigua Casa de Gobierno remodelada por Manolo. Acabábamos de repechar Florida a paso de entierro, aunque durante las dos cuadras me mantuve varios metros detrás del trío formado por la Mermelada y los dos Hombres Nuevos. Ellos casi flotaban agarrados del brazo de la momia, y yo sólo podía arrastrarme contemplando los plátanos polifocalistamente hinchados por las luces de mercurio.

Padre mío iba rezando, con superlucidez de borracho: Sólo vos y yo sabemos que desde que nací cargo todo el sufrimiento del mundo en los huesitos y ya no puedo más. Agradezco tu gracia pero la pido sólo para ellos: te doy todos los huesitos por la gracia de todos. Y alcanza.

-Digamé: ¿Moby Dick tiene refrigeración? -le pregunta fatigadamente Manolo a la Mermelada. -Porque a mí no me importa que no tenga chofer, si funciona como la gente. Pero sería fenomenal darse una refrescada antes de meter el hocico en el calorón del museo. Acá las lluviecitas de verano son más inútiles que las inquietudes culturales de los políticos.

-Esperemos que con el nuevo gobierno se puedan terminar el ex-Estévez y el museo -fabrica una trompa / semáforo se asentimiento la momia, y el detective da un paso atrás empalmando la pipa y me desliza una seña del dos.

-Ah: yo hasta que no lo vea no lo creo -se protege igual que un golero el Viejo. -Subí vos primero, petiso.

-No. Yo me tomo un 142 por acá nomás -murmuro. -Mañana tengo que escribir temprano.

-Yo sí los acompaño -se encorva arduamente Isabelino Pena. -A ver si Manolo me presenta al esquizofrénico azul y charlamos un rato sobre Van Gogh.

-Eso ni se lo sueñe -sentencia el Viejo, serio.

UNDÉCIMA PUERTA: SOTERRADEZ

UNA SEMANA después entré al Tasende para encontrarme con el detective, y recién al terminar de retener el primer sorbo de whisky bajo la lengua le comunicué que Manolo nos estaba esperando en el museo.

-Me llamó por teléfono hace un rato -agregué, ya aliviado.

-Hasta el bagual solisense busca a Marlowe con la seca -me ofreció un Peter Stuyvesant el viejito.

-¿Dónde consiguió esos cigarrillos?

-La Mermelada me regaló un cartón el otro día.

-Ahá. ¿Y cuándo piensa conocer a Yemanjá del Mar Dulce?

-Touché -sonrió Isabelino Pena. -No quise comentárselo, pero podría ser hoy mismo. -Aquí mismo.

-¿Ahora mismo?

-Es posible.

Entonces una oleada del atardecer escandalosamente azul-turquesa vitrifica los ojos y los dientes del viejo y es como si rezara: “La luz te acariciaba los huesos de la nuca / como un rayo nocturno proyectado en el mundo / desde las contracciones del útero del tiempo. / La adolescencia muerta te embolsaba los ojos. / Hoy hay que dibujar -con ciencia sobrehumana- / cada gesto en el círculo del sol que no se incendia. / Y lo demás no importa”.

-¿Qué le pareció el manuscrito? -reaccioné paladeando el tabaco de los tiempos heroicos.
-¿Tuvo tiempo de ojearlo?

-Lo leí la misma noche que me lo entregó. De un tirón. Y después lo rayé puerta por puerta, tratando de encontrar direccionalidades.

-¿Y qué encontró?

-Peligros. Pero permítame acorralarlo con una pregunta que no le va a gustar nada: ¿para qué se metió a escribir este **cronotopo biográfico novelesco**? No es biografía del todo ni novela del todo. ¿Es **verdad** que manda Dios en el libraco?

-Apártate de mí, Satanás -murmuré, para regocijo y arrepentimiento del hombrecito de dentadura enmohecida.

-No se ponga así, mijo. ¿Lo invito con otro whisky?

-Sí. Doble, por favor. Estoy muerto hace días: acabo de publicar una novela donde inventé una especie de Jesús puntaesteño y ya hay quien me acusa de querer erigirme en Jesús.

-Piense en Ojos de Plata: ¿ella lo acusaría? -me sondeó a través del segundo vaso en alto Isabelino Pena.

-No. Ella me conoce bien.

-Entonces no joda más, hermano.

-Pero me siento muerto.

-¿Usted no tuvo la sensación de ser un Hombre Nuevo cuando terminó de dormir la siesta en lo de Fabini? ¿No sabe que un Hombre Nuevo con vocación de eternidad (no un atropellador filosófico disfrazado de profeta) puede masticar el polvo igual que si fuera gofio pero no va a acucarrarse jamás, como diría Yupanqui? Tenga calma. Calma y fe.

-Tengo fe.

-Eso ya es mucho. Y ahora explíqueme bien por qué se encamotó con *Los recovecos de Manuel Miguel*, si no es mucha molestia.

-Por el polifocalismo. Pienso que el clima de los cuadros polifocalistas de Espínola Gómez y alguna de las grabaciones de Álvaro Pierri son las dos altitudes artísticas que ha dado el Uruguay capaces de agregarle un GRAN TIEMPO CON HOMBRE NUEVO AL LOMO PLANETARIO.

-Esa opinión no voy a rebatírsela, por más arbitraria que pueda parecerme. Pero insisto: ¿para qué un cronotopo a media agua?

-Para METAFORIZAR LA CUAJADURA Y LA POTENCIALIDAD REVULSIVA Y SOSEGADORA de un hombre que ni siquiera fue al liceo pero que terminó por implantar un OBELISCO ESPIRITUAL lamentablemente casi desconocido todavía, acá y en todo el mundo.

-Ahí llegó Moby Dick -se incorporó de un salto Isabelino Pena. -Otra cosa que me olvidé de avisarle es que lo de la falta de chofer era una boutade de la Mermelada. El chofer nos estaba esperando en el Tasende.

-Y era Ray De Deus.

-Exacto.

No me doy vuelta. Y mientras el detective taconeaba en dirección a la puerta principal el crepúsculo segregaba una atmósfera de cedros empotrados en volutas geométricas que amurallan el cielo de la Ciudad Vieja como si sentenciaran: "Giren tus ojos hacia la batalla. / Lo que se ve no es vida / pero vive. / Lo que quisiste ver se ha muerto -como un llanto. / Pero la vida va llorando sola. / ¿Y qué quisieras ver? / Giren tus ojos hacia la batalla".

Mucho gusto, Patrona de la Garra Celeste y el Aura del León -se presentó murguísticamente Isabelino Pena, apenas el jadeo de Yemanjá y el tintineo de las pulseras de Ray resonaron atrás mío.

-AURA sí que nos jodimos -largó una carcajadita desganada la diosa. -Otro pa enchalecar. Aunque me caés simpático. Vo, Pelado: ¿cómo te fue con el agua tenebrosa, al final? ¿Hay Exá o no hay Exá en este queco de Abita?

No quise contestarle para no darme vuelta.

-Ma qué Exá -hizo cascabelear el pulseraje Ray. -Lo salvó el colorete del pelotudo de Espínola, que cree que va a aguantarle la tacada a la nada con los destelladores octogonales. Fue puro orto, patrona.

-Pero PURO!!!! -ladró Yemanjá. -Y POR HOY NO HABLES MÁS PORQUE ME RAJO UN PEDO ORTOGONAL Y DESAPARECÉS COMO LOS RUSOS ROJOS!!!!

El detective festejó la parada de carro con una risotada-estornudo-atorón y al final preguntó:

-¿Y qué vendría a ser **el queco de Abita**, patrona? Disculpe la ignorancia.

-Abita vendría a ser el Comandante en Jefe del Ejército de las Gárgolas Fiscalizadoras - ironicé, manoteando los cigarrillos que había dejado al lado de su whisky.

-Che, respetá -cacareó la diosa. -¿Vos te creés que el Mudo Jefe iba a bancar botones en el Ortolimpo, rapaz?

-Los fiscales son peores -porfié. -Son diablos puros.

Lo único que recibí por respuesta fue un cascabeleo de Ray.

-Perdón, señor De Deus -se sonó poderosamente la nariz Isabelino Pena. -¿Le molestaría precisarme si existe algún grado de parentesco entre usted y el ex-amigo perro de Espínola apodado Tomatito? Porque De Deus no hay muchos.

Ray volvió a sacudir las pulseras ofídicas pero no dijo nada.

-Che, enano de jardín: pero vos resultaste un detective en serio -coqueteó la diosa. -Voy a tener que invitarlos con un caballito, a ver si el peladín de la justicia se nos desencocora.

-Ya nos vamos -gruñí. -Manolo nos está esperando hace rato en el museo.

-Perá, varón. Perá -se decidió a tutearme el detective. -Digamé, doña Yema: ¿usted por casualidad no sabe dónde puedo encontrar a Tomatito después de tantos años?

Entonces acepté que hasta los personajes de *Los recovecos de Manuel Miguel* se me iban de las manos y durante unos segundos me sentí ilevantablemente muerto.

-CHE: ¿PERO QUE ESTÁN ESPERANDO PARA TRAERME LA NAFTA? -protestó Yemanjá con timbre de sirena. Y demoró en agregar -Lo último que supe del Tomatito es que seguía garrapateándole la sangre a los rusos. Se ve que ese aprendió a chupar la vena con bolches o sin bolches.

-¿Y quién le contó eso, si se puede saber?

-Mi Secretaria General y hembra de compañía. ¿Quién va a ser? La principal adoradora del polifocalístico.

En ese momento escuché los pasos del mozo que traía la botella de White Horse y pensé en escaparme por la puerta del costado para no ver a Ray. Pero me fue imposible eludir la batalla.

Y cuando enfoco uno de los ventanales que dan hacia la calle San José veo los lentes de Ray espejando una espesura irradiada por las altas entrañas del Edificio Independencia y comprendo que el alma de Manolo acaba de interponerse como un filtro-envoltorio entre la insipidez del crepúsculo y mi desesperación. Y el último gran rojo que derrama desde la antigua Casa de Gobierno parece rubricar: "La ponencia del sol entre la sangre / dice que cada vuelo reverdecerá. / La golondrina entre la noche blanca / grita que todo roble resucitará. / La sentencia del mundo entre las islas / dice que cada vela permanecerá.

-Nos tenemos que ir -agarré del brazo al detective, y le mostré los dientes a Yemanjá para advertirle: -Otro día conversamos. Pero sin chofer, por favor. Huele a slip de zorrino.

-Brindo por eso -sacudió su gran escote moka la diosa. -Me hubieras avisado que andabas arrugado, rapaz.

Y se tiró un pedo-misil apuntando hacia Ray y el chofer-gárgola se invisibilizó con más velocidad que la promesa del Hombre Nuevo en la propaganda marxista-leninista.

CUANDO LLEGAMOS a la esquina -justo en el momento de doblar por Florida hacia la rambla- nos cubre una marejada de niebla donde apenas refulgen los plátanos bruscamente desnudos y el detective dice:

-“Múdese todo muy enhorabuena, Señor Dios, porque hagamos asiento en ti”.

Y al subirnos al Fregate agrega, señalando el casetero:

-¿Te acordaste de traerme la grabación de Álvaro Pierri que tiene los Estudios de Villa-Lobos? Me parece que vamos a precisar un contrapeso extraordinario para poder llegar hasta el museo.

No pregunto por qué. Simplemente contemplo el retorcimiento invernal de los plátanos y acepto -con agradecimiento- cualquier mutación cruel.

-Allá viene -se clava la pipa en la sonrisa Isabelino Pena, enseguida de doblar a la izquierda por Maldonado. -Rápido: poné el cassette o la quedamos, macho.

Y mientras hago arrancar la meteórica versión del Estudio N° 12 descubro a Moby Dick recortada a contramano y grito:

-Esquivala, carajo.

La monstruosidad se elastiza hacia arriba igual que en los comics y el Fregate parece tajar la niebla con dos arpones de oro.

-MIERDA VOY A ESQUIVARLA!!!! -se afirma en el volante Isabelino Pena.

Entonces atravesamos limpiamente la gran blancura blanda de la limusina y la vemos ascender entre el estrellerío resurrecto del verano como un Graf Zeppelin con dos panzas de fuego.

-Salute Moby Dick -sentencio, reverenciando la dulzura final con que Álvaro resuelve el bajo post-redoble.

-ASÍ QUE la despanzurraron a Moby Dick, nomás? -suspiró cavernosamente Manolo, después que terminó de regar los escalones y nos hizo pasar al museo. -Che: ¿y ese supertortazo no será una alucinación proveniente de la ingesta de whisky en el Tasende? Aunque te reconozco que la Yemanjá del Mar Dulce es un bicho macanudo, por más caballitos blancos y ornitorrincos rojos que le anden alrededor.

-Las alucinationes las debés tener vos adentro de este horno -se frenó el detective para darse aire con el gacho en la mitad de la escalera que nos llevaba al entrepiso.

-Este infierno, querrás decir -lo corrigió el hombre alto, secándose la cabeza con el pañuelo.

Pasamos a través de la pequeña sala destinada a la exposición de objetos y entramos al apartamento privado de Manolo, que tenía un dormitorio-escritorio con baño y mesada y un cuarto-biblioteca. Todo era un revoltijo.

-Pero qué biblioteca te mandaste, morochito -estudió las flexiones casi moriscas de las estanterías Isabelino Pena. -Esto sí que confirma la teoría de Guillermo Fernández. Sos un barroco y medio, no hay caso.

Manolo frunció una mueca de humilde aceptación y señaló las montañitas y envoltorios de papeles que nos cortaban el paso por todos lados.

-Ahí tenés los paquetes que trajimos de allá abajo cuando se taparon los caños -me explicó, resoplando. -Pero los poemas viejos no los encontré, todavía. ¿Y vos podés creer

que los catálogos de la segunda exposición de la segunda exposición del Grupo Sáez están todos amazacotados?

Y se agacha a recoger una especie de hojaldre fungoso y murmura:

-Esto no tiene arreglo. Y era de una importancia estratégica muy clara.

*Entonces queda englobado por un aura azul piedra que parece la condensación-transcripción de un vapor de mordaza: **¿Me tendré que morir sin haber podido instalar el espectáculo de las obras de mi propio museo?***

El detective esperó que se esfumara la tristeza que parecía ahorcar a Manolo y preguntó:

-¿Cuándo calculás que van a retomarse las obras del museo?

El Viejo midió al viejito con dulzona insolencia antes de retrucar:

-Pero mire que resultaron curiosos los parientes de Empédocles. Decime: ¿Y no querés que te cante el Gordo de Fin de Año, así cambiás ese cascajo que ya era antiguo cuando a Jean Gabin todavía se le encabritaba el gatillo? ¿O aun no os habéis desayunado de que existen incógnitas indescifrables hasta para el Gerente General del Universo -más vulgarmente conocido como Tata Dios?

-Mirá: lo de que mi glorioso Fregate te parezca un cascajo podría dejártelo pasar -volvió a abanicarse con el gacho Isabelino Pena, en el momento en que empezaba a sonar el teléfono. -Pero para fundamentar convincentemente esa tesis del gerente General del Universo vas a precisar unas pelotas metafísicas que no te veo, morocho.

-A lo mejor con verme el tamaño de las otras ya te irías a baraja -me hizo una guiñada Manolo mientras entraba contoneándose al dormitorio.

-¿Sí? -lo oímos atender con un jadeo cortante. Y después de unos segundos gruñó: -Andá a hacerte dar, concha de perro. Y decile al Maligno Criollo que en este rancho lo que sobra es aguante. Y que el miedo lo perdí viendo timbear al General cuando era un guacho chico.

Nos miramos con el detective.

-Lo que me faltaba era un mariposón jugando a las películas de terror por teléfono - demoró en reaparecer Manolo en la biblioteca, con el aura agrisada hasta la decrepitud.

-¿Hace mucho que te llama? -sacó la pipa de un bolsillo interior de la gabardina el viejito.

-Más o menos. Ahora hacía bastante tiempo que no llamaba. Che, pero que yo sepa los detectives apuntan en todo caso con pistolas y no con pipas.

Y nos reímos un poco.

-¿Y qué fue lo que te mandó decir el Maligno Criollo, si se puede saber? -insistió Isabelino pena.

-No se puede saber -rejuveneció relampagueantemente Manolo. -Y además yo os cité para mostraros algo fenomenal, caballeros. Así que trasladémonos hasta el subsuelo a ver si tenemos suerte y el ángel canta algo.

-¿Pero no era un esquizofrénico color cielo de Auvers? -protesté sin burlarme.

-¿Vos por casualidad no te acordás del molino del ruso, allá en Punta Gorda? -me agarró un hombro el viejo cuando terminamos de bajar la primera escalera. -¿No te acordás de aquel destellador de películas con ángeles?

´-Claro.

Bueno: este es uno de esos bichos, aunque se haga el tilingo. A mí no va a pasarme. Es un GUARDIÁN DEL ORO, como decía Chapete. Estoy seguro.

-Pero contá un poquito los detalles -se encrespó el detective. -Hacés tanto misterio que terminás tragándote la aceituna del cóctel.

Entonces Manolo nos lleva hasta el taller que queda en el fondo de la planta baja y cuenta:

*-Fue el mismo día que salimos a comer los ravioles y conocimos a la Mermelada. Esa tarde esperé a que escampara en Los Charrúas y cuando vuelvo a dormir la siesta me lo encuentro esperando. Parecía “El pensador” emponchado por una especie de ictericia intempérica. Y me dice sin mirarme: **Vine a cuidarle el sótano, don Manolo. No sé por cuánto tiempo. Soy un esquizofrénico azul escapado del limbo.** Tenía puesto un short de baño, nomás. Y los ojos y los dientes le fosforecían. **Bueno, pase** le digo: **Pero mire que en este sótano hay una mugre infernal.** Y él me da el brazo para empezar a caminar igual que si fuera un tullido y retruca: **¿Dónde vio infierno limpio, don Manolo?** Y cuando llegamos allá abajo se sentó con las piernas cruzadas y rezó un Padrenuestro. Y al rato le pregunto si puedo ofrecerle algo y contesta: **Lo que preciso es PAX. ¿No me podría leer un poema de los suyos?** Y yo no quise discutirle, pero cuando volví con el fajo le aclaré que lo mío no era la poesía. **Si quiere abro la caja fuerte y se despacha a gusto con la pinturita** le propuse. Y entonces se destapa la cara y sube los bochones y me doy cuenta de que es CIEGO.*

-¿Ciego? -mordió la pipa Isabelino Pena. Y casi enseguida diagnosticó: -Es un crucificado.

-Vos dejate de embromar con los intrínfulis teológicos -resopló el Viejo, observando melancólicamente el retrato que le hizo el belga Stevens a Fabini. -La cruz la cargamos todos, botija.

-Una cosa es cargar la cruz y otra vez haber sido crucificado -porfió el viejito. -Pero seguí contando, por favor.

-Bueno, y ahí nomás me encandila con los dientes y echa el resto como si nada: **Usted debe tener algún poema SIN AIRE, don Manolo. Eso es lo que preciso. Algún verso solisense, por ejemplo. ¿Puede ser?** Y yo orejeo el papelerío y digo: **Puede ser.** Y mientras voy leyendo MONTEVIDEO SOLISMO NTEVIDEO el loco empieza delinear una especie de voluta con mucha delicadeza y de golpe me doy cuenta -**TAN CLARÍSIMAMENTE** como frente a una atmósfera succionada por Seurat- de que está acariciando una **PALOMA INVISIBLE**.

-Madre de Dios -suspiré, terminando de entender que el esquizofrénico azul era el Jesús puntaesteño.

-SHHHH!!!! -me escupió el viejito. -¿Y qué más?

Y Manolo cuenta que el Guardián le pidió para dormir allí abajo y él no tuvo más remedio que acomodarlo en el cuarto chico.

-Por suerte no hubo necesidad de ponerle un colchón porque me aseguró que al dormirse **flotaba** -sonríe el Viejo, intrigante. -Y **FLOTABA, NOMÁS!!!!** Como cincuenta centímetros. Apenas se horizontalizó perdió la gravedad y se horizontalizó igual que un astronauta. Y de golpe bosteza y me dice: **Vaya tranquilo, don Manolo. Y mañana me lee algún poema sin aire y yo le canto un rock. Hoy ya no me da el cuero. Pero aquella madrugada (después que me trajeron en la limusina) no me pude aguantar y bajé para ver cómo andaba la cosa y lo encuentro levitando entre una garúa de oro que te hacía RESPIRAR EL ANDANTE DEL CONCIERTO N° 21 PARA PIANO Y ORQUESTA DE MOZART.** Era algo digno de Kubrick, aquello. ¿Y vos sabés que esa noche soñé que estaba en mi museo **TERMINADO?** No sé dónde ni cuándo. Pero yo ya estaba allí, carajo. Y sentí que la paloma invisible del guardián me había devuelto algo que ya no podía perder de ninguna manera.

Mientras avanzábamos en dirección a la escalera que bajaba hasta el sótano empecé a intervislumbrar la quietud de una llama -como una **resplendencia** de vitral gótico- sosteniendo mi cansancio. Y de golpe le dije al detective:

-Esta tarde en el Tasende me fue imposible aportarle un dato fundamental, compañero: D'Artagnan De Deus era el padre de Ray. Fue asesinado en defensa propia por Luz Adrogué, la encarnación lubola de Yemanjá del Mar Dulce.

-Ah, no te quepa la menor duda que el primo de Tomatito era un pichón de Gárgola -chistó Manolo. -Al mosquetero ya le veías en la gomina que era un hombre-plaga, loco. Lástima que el proceso evolutivo necesite erosionarnos con los orines de esos bichos rabiosos.

-Así que D'Artagnan era el **padre** de Ray De Deus -masticó cómicamente la revelación el detective. -Entonces hay que ir a Rusia a buscar a Tomatito!!!! Que cada cual se arregle como pueda.

-No hay caso. Yo nací pa chapalear entre sepultureros. Te juro que ni Hamlet se la buscó peor -resopló Manolo, serio.

DUODÉCIMA PUERTA: ENTRAÑA Y LÍMITE

Los eructos de los cuervos llenaban la noche blanca mientras el tránsito de la avenida Kutuzov crecía haciendo crujir el piso 15 del hotel Ukraina donde yo no podía dormir hasta que los 30 grados diurnos trasmutaban mi sudoración depresiva en un ensopamiento sin mundo. Y antes de fumar el último cigarrillo soviético cantaba puntualmente:

-En mi noche larga prenden sus fuegos / los tucu-tucus del desengaño.

-El mal pago -graznó alguien a través de un postigo entreabierto. -Bienvenido a los bas-Urales de la ingratitud. ¿Puedo pasar?

Ni siquiera contesto, y un cuervo de ojos azules (y humeantemente humanos) se desplaza entre la plata del cuarto hasta posarse sobre el mantel chorreado.

-Me presento en plural -hace zigzaguear el pico sin prestarle atención a los restos de comida. -Somos los malos bichos que no queremos que se nos pudra el alma y tratamos

de ir de vuelo. La peor de nuestras tristezas no son los 20 millones de rusos que murieron peleando contra Hitler ni los 40 millones que arrasó el padre Stalin: la peor son los que quedamos sin que nos enseñara a ir de vuelo. “Oh dulcísimo amor de Dios, mal conocido! El que halló sus venas descansó”.

Eso me obliga a sonreír.

-¿Y usted qué hace en este infierno? -bizqueó desopilantemente el pajarraco.

-Me reciben por convenio gremial.

-¿Es comunista?

-Cristiano-comunista.

-Ah, sí. Y nosotros somos gallos que no saben cantarle al amanecer.

La carcajada-pedorrera hizo que me retorciera de felicidad por primera vez en tres días.

Mire -agrega, con la negrura erecta. -Si acá volara toda la basura sacralizada por el Partido no veríamos el sol.

-Ya me estoy dando cuenta. ¿No desayunaría un pan con ricota?

Pero él me clava los bochones lleno de una humareda de terciopelo y antes de escaparse reza:

-“¿Pues qué pides y buscas, alma mía? Tuyo es todo esto, y todo es para ti. No te pongas en menos ni repares en migajas que se caen de la mesa de tu Padre. Sal fuera y glóriate en tu gloria. Escóndete en ella y goza, y alcanzarás las peticiones de tu corazón”.

A LAS diez de la noche -después de haber tomado algunas vodkas y una botella de vino con la cena- ya estaba sentado en la plaza que quedaba entre el Ukraina y el río, sudorosamente sobrio: había una fila de camiones llegados desde los Urales estacionados en la rambla fluvial, y se podía ver con nitidez a las putas que salían del hotel y se ocupaban cinco o diez minutos en las cabinas de los semi-remolques.

-Tiens -le dice la Mermelada a Isabelino Pena, y mi sobresalto hace carcajear con fruición al detective.

-Tiens -escruto la policromía incolora de Moby Dick que refulge en la capelina y el vestido Pompadour de la vieja. -Se vinieron en yunta.

-Banqué yo, por supuesto -aclara ella, emboquillando un porro. -¿Y usted? ¿Dónde consiguió los rubr(l)os?

*-Vine a Lathi invitado por los finlandeses y me tomé un tren hasta aquí: tenemos un convenio de mutua asistencia entre las asociaciones de escritores. Lástima que los tavarich se olvidaron de ir a buscarme a la estación y me las tuve que arreglar solo el sábado a mediodía, con 35 grados. Al final logré que entre un taxista y una traductora al inglés me ubicaran aquí. Recién hoy tomé contacto con los colegas: ligué un guía macanudo, aunque implacablemente perestróikico. A los cinco minutos de salir a dar vueltas me agarra un hombro lo más pancho y me dice: **Estoy a las órdenes, camarada. ¿Le escondo o le muestro?***

El viejito usa un traje de dril y un panamá que parecen condensar todo el sosiego del atardecer.

-Qué lástima -comenta. -A vos te tocó la URSS del 89. Manolo se reenganchó en el 57, cuando vino invitado al Festival Internacional de la Juventud. Hoy lo vimos. Anda lagrimeando de felicidad: dice que las estaciones aldeanas enteras salían a recibir con flores a las delegaciones y bailaban abajo de la lluvia y aquello era un aquelarre social de una blandura inédita.

-Todos los pueblos son maravillosos. Pero yo me gané una visita guiada por las cloacas del Kremlin, compañero.

-Bueno, ahora lo que importa es tratar de encontrar al dichoso Tomatito -me ofreció un Peter Stuyvesant el detective. -O mejor dicho: lo que hay que encontrar es el retrato de la guazú-virá chumbeada que grafitó Manolo en la puerta 7 de su libro. Ese retrato fue robado por el pelirrojo después que el Papalote hizo aparecer a la Yemanjá lubola en el aljibe y Manolo pidió para poner a prueba al estoico General. ¿Por qué me mira así?

-Porque no entiendo bien adónde nos lleva eso.

-Nos lleva a entender el eje que usted nunca soñó para su propio libro, viejo: Tomatito es un tío segundo de Ray De Deus que se infiltró en Solís y terminó por transformarse en el Maligno Criollo. Así como lo oye.

Entonces la Mermelada pide permiso para sentarse al lado mío y las volutas podres del haschich me retrotraen al vértigo de los tiempos heroicos.

-Tenga fe -me acaricia la vieja, irradiando una viscosa humildad de murciélago. -Yo también soy parienta de Ray De Deus. Somos perras de la guarda, en el fondo. Enamoradas.

-Pero mire qué bien.

-Es la pura verdad. Les ladramos a los hombres que eligieron servir al envoltorio cósmico. O al Dios suyo. Es lo mismo. En el fondo somos Gárgolas que suben a los camiones a pagar.

-Pero matan.

-Pero somos necesarias para la evolución. Espínola Gómez piensa eso.

-Espínola Gómez el Dios de Job Yemanjá del Mar Dulce Jung Teilhard de Chardin and Company -nos interrumpe el detective, consultando su reloj. Dentro de media hora empieza la pulseada entre Dostoievski y Tolstoi, con Manolito de moderador. ¿Arrancamos, muchachos?

EL DETECTIVE estacionó la limusina negra frente a la casa de invierno de Tolstoi y anunció acomodando el espejo retrovisor:

-Nos persigue un borracho. Estaba despatarrado frente a un almacén pero cuando nos vio pasar salió como chijete. ¿Te acordaste de traer la llave, ma chérie?

La Mermelada se tanteó el busto de ballena y murmuró.

-Está aquí, en la cueva del tesoro. La KGB no falla, campeón. Y menos si hay pulseada entre zares metafísicos.

-¿Conocés al borracho?

-Sí. Es el pater Marmeladov. Déjenme bajar sola que yo le parto el alma comme il faut.

.....

Los jirones del frac de Marmeladov resplandecen como alas entre la luz boreal. Y cuando se hinca frente a la vieja dice:

-No peques más, tumor de mi palacio.

-¿Cuánto necesitás?

-PRECISO QUE TE SALVES!!!! PRECISO QUE SE SALVE EL BASTIÓN DE LO ETERNO!!!!

-Digo cuánto necesitás para retocarte el pedo, lobizón de probeta. El discurso redentor podés metértelo en las hemorroides.

Entonces los ojos-rajas del viejo de altos pómulos emigran hacia un celeste que creo reconocer. Y de repente aúlla:

-YO CHUPO PORQUE AQUÍ YA NO HAY GRAN TIEMPO NI EN EL MERCADO NEGRO, ¿ENTENDÉS? YO NECESITO EFERVESCENCIA QUIETA!!!! PERO ENTERRARON TANTO LA FONTE QUE ESTO SE VA LLENANDO DE CUERVOS PEDORREROS!!!! NO HAY OTRA FORMA DE SOBREVIVIR!!!!

-¿Te alcanzan 5 rublos?

-Vendrían bien. Pero hasta que no te transformes en un cuervo guardián Dios no va a perdonarte. Te lo advierte el inspirador de tu santo nombre.

Durante unos momentos la vieja parece aguantar el llanto enchastrándose las paletas postizas con el rouge: después escarba en su pechuga, saca un billete apelotonado y lo deja caer en el suelo mientras retruca como si escupiera:

-Ya me morí, papá.

EL HIBERNADERO de Tolstoi es un gran chalé-casilla que recorta su verdor tristemente latoso sobre un fondo con árboles. La Mermelada pide que nos calcemos las galochas impuestas a los visitantes y el detective me hace una guiñada y murmura:

-El perfecto espionaje. Che: ¿alguna vez soñaste con ver desde tan cerca a un borracho de Dostoievski?

-Todavía estoy erizado. ¿Y a ella le dicen la Mermelada por Marmeládov, nomás?

-Eco. Ella vivió unos cuantos años aquí en Moscú trabajando como corresponsal fantasma para Latinoamérica. Igual que Tomatito.

-SHHHH!!!! -levanta un candelabro principesco la vieja, y cuando las tres llamas vuelven a su lugar me imagino a Satanás travestido con oro. -Ahora suspendan las mormoraciones. En este momento somos una patrulla de la KGB vigilando el laboratorio del Espíritu Santo. Y si al pelado no le gusta, que devuelva el carné del Partido y contrate a James Bond.

Entonces el detective me clava una pureza fluvial que parece reclamar mansedumbre de serpiente y astucia de paloma.

-Ma qué James Bond, hermana. Si el imperialismo inglés estás más pasado de moda que el centralismo democrático -me arriesgo a retrucar.

Pero ella sonríe:

-Bien sûr. Por fin vas entendiendo que todos los manifiestos de la VERDAD y el VERBO son morfe de gusanos. Vengan de donde vengan.

EL ESTUDIO de Tolstoi estaba separado de los salones por una pared unilateralmente transparente. Había demasiado humo. Bajtin y Lezama Lima sacaban apuntes detrás del escritorio, mientras Manolo (de boina y casaca llena de medallitas, como aparecería en una postal conmemorativa) daba zancadas enjaulado entre Dostoievski y Tolstoi. Y de golpe se frenó y gritó en dirección al escritorio, con las cejas crispadas:

-Disculpe, don Mijail. Pero yo no me puedo seguir prestando a participar en este papelón. Son dos tremendos genios y se pelean como gurises chicos, en vez de aprovechar la

oportunidad que les da la Brigada del Gran Tiempo para conocerse personalmente. No tiene el menor goyete.

-Yo les daría un descanso antes del último round y le echaría un ojazo a tu pintura, chico -jadeó Lezama Lima, volviendo a prender su habano. -¿Puede ser, Mijail?

*Bajtin se apoya el lápiz en la oreja con indolencia de almacenero y utiliza la pipa para accionar un destellador que podría confundirse con un aparato de aire acondicionado. Entonces vemos proyectarse una especie de estuche atmosférico donde las obras de Manolo parecen ir encorporando -en un trastrocamiento cronológico seriado de acuerdo a la irradiación de los grosores, vacíos o transparencias- una **más dimensión** sin densidad ni humo.*

-Es clarísimo -cabeceó Lezama Lima, pidiéndole por señas a Bajtin que inmovilizara un momento el foco. -Después de la fatiga verbal que se observa ya en la época de Felipe IV, tiene que acudir el encantamiento de la voz que se alza corpulenta como la noche que absorbe el ombú de los cielazos y los cielitos (independentistas) de la Banda Oriental. El americano recibe una tradición de platería pletórica sino la pone en activo. Y las palabras que fue reuniendo se le concentran en las exigencias del nuevo paisaje, trocándolas en corpúsculos coloreados. La espuma del tuétano quevediano y el oro principal de Góngora, se amigaban bien por tierras nuestras, porque mientras en España las dos gárgolas mayores venían recias de la tradición humanista, en América gastaban como un tejido pinturero, que ha estado por los alrededores y que tiene sobremesa, le queda un buen reojo para la cortesanía, para la fulminación de la maldad y para la gracia de la verba pintada. Porque en el señorío barroco americano, el estoicismo quevediano y el destello gongorino tienen soterramiento popular. Engendran un criollo de excelente resistencia para lo ético y una pinta fina para el habla y la distinción de donde viene la independencia. La libertad del Nuevo Mundo, sigue siendo una profecía, una divinidad para el futuro.

-Pero qué oscuración más estrellado la de su desfuellado reverbero alveolar -lo parodizó Manolo, con timidez y euforia. -Aunque le informo que en ese cubículo aparecieron obras más que yo ni siquiera recuerdo haber realizado.

-Lo que pasa es que las pintó en el futuro -puntualizó Bajtin. -Acá nos importa el **totum**.

-A ver: permitamé, profesor -alza un brazo Dostoievski hacia el tiempo detenido y la luz /personaje de “Cresponarios de la media tarde”. -A lo mejor estoy al borde de un ataque epiléptico fatal, pero desde el momento en que usted dijo **totum** empecé a ver transparentarse a través de todo el cuadro la palabra **PAX** por triplicado y con un sol encima.

-No creo que sea epilepsia. Eso ya es un delirio místico total -bufa Tolstoi, tirándose de las aletas blancas de la barbaza. -Porque allí lo único que se ve es un entierro satinado por la luz de la caverna platónica, Fiodor Mijailovich.

-Yo tampoco veo nada más que un ritual solisense -gruñe Manolo.

-No -se para Bajtin, con los ojos muy fruncidos. -Es verdad. Está allí, es el logotipo hecho para la organización **PAX** en la década del ochenta. No se puede creer: vendría a ser como una penetración del logotipo en el trasluz del cuadro.

-No, Mijail -se asmatiza orgásmicamente Lezama Lima. -ES MUCHO MÁS QUE ESO!!!! ES LA EFERVESCENCIA QUIETA DE LA IMBRICACIÓN GRECO-CRISTIANA QUE SE COAGULA EN EL RENACIMIENTO!!!! ES EL VENTARRÓN BARROCO DE LA RESURRECCIÓN!!!! EL LOGOS KERYGMÁTICO!!!! EL VELLÓN DE LA FONTE PLANETIZADA!!!! EL HOMBRE NUEVO SUPERPUESTO AL GRAN TIEMPO ECUMÉNICO!!!! LA VERBA DE ORO INGRÁVIDO DEL ESPÍRITU SANTO!!!!

-Hay que resignarse, conde -le dice Dostoievski a Tolstoi, con ronquera canallesca. - Usted es un gran artista. Es perfecto como Homero. Pero no acepta el PLUS: cree en Dios Y NO VE EL REINO PRESENTE EN LA LLAMARADA DEL PERDÓN INSURRECTO. Prefiere la MODERNIDAD RAZONABLE (con pecado entronizada) a la SANTIDAD ICÓNICA. Por eso tiene impulsos suicidas, querido zar no oficial y mesías opulento de los desposeídos.

-Hoy quisiera morirme, nomás -tose León Nicoláievich, muy gris.

-¿Y yo? -jadea Manolo. -¿Todos chupan naranjada y el pobre naranjo nada? ¿Qué dejan para mí que creo en la anchurosidad infinita del universo y en el hombre como su rostro

consciente pero individualmente perecible? LO QUE YO OBRO ES UNA SUCCIÓN BIÓPSICA DEL MISTERIO VESTAL, CARAJO!!!! Y NADA MÁS QUE ESO!!!!

-Tú eres el gran mujik de la estepa rioplatense que objetiva la hilacha del nuevo eón y se la cose al mundo sin reclamar maná ni hocicarle al soberbio -chista Lezama Lima. -Yo soy un comemierda mucho más impenitente y apresado que tú y sin embargo soy feliz, chico. No te preocupes.

-Macanudo con b larga. Y mirá que yo también me revuelvo, botija -retruca el solisense acomodándose la boina con yeito de galán. -Te puedo asegurar que cuando me tiro en pelotas en la azotea a darme baños de estrellas soy más alto que el cielo.

MANOLO SE fue al otro día de Moscú y yo seguí yirando hasta el sábado, erizado por revelaciones tan estimulantes como la de que el pueblo soviético había tenido que esperar una década y pico para ver el alunizaje por televisión.

-En el 69 prohibieron la transmisión para no desanimar a la vanguardia de la revolución mundial, camarada -me hizo una guiñada el guía mientras hacíamos cola en una de las heladerías callejeras instaladas a todo bombo por Gorbachov. -Fue un gesto inolvidable.

Isabelino Pena y la Mermelada no volvieron a aparecer hasta el viernes de tarde. Yo acababa de prepararme un vodka on the rocks y trataba de esculpir mentalmente un poema en homenaje a la moribundez agrisada de Tolstoi, y cuando escuché los golpes en clave 1 / 4 / 2 supe que Tomatito iba a entrar en mi pieza.

Pero el visitante introducido por el detective liliputiense y la vieja de lentes amariposados no es Tomate De Deus.

-Marmeládov -trato de no caricaturizar mi reverencia. -Adelante, consejero. No puede existir mayor honor para ningún novelista del mundo que emborracharse con usted.

*-Qué hermoso -brinda él, después que nos sentamos alrededor de una botella llena de noche blanca. -Qué hermoso es el dolor de los que amamos mucho. Gracias a Dios volvimos a encontrarnos anoche en Arbat viejo con mi ahijada la pecosita y ella me perdonó. Y hoy los ayudé a buscar a Tomatito por las covachas de borrachos más asquerosas de todo Moscú pero no hubo manera: se lo tragó el horror. ¿O el amor? ¿Qué sabemos del doblón invencible que arde en la podredumbre de cada soledad? ¿Sabe cómo conocí a esta dama? Mendigando por Arbat, como ayer. Pero esa noche yo no mendigaba ninguna copeica. Y cuando me enfrenté a aquella medusa que parecía una Ofelia representada por el espía más astuto y miserable de la KGB me arrodillé a rogarle que me arrastrara de los pelos hasta que mi cabeza quedara crucificada contra los adoquines. Y ella me contestó: **Ni siquiera tengo nombre. Acabo de nacer a la vergüenza pública y no puedo dejar de apiadarme por todo.** Y yo le contesté: **Entonces voy a llamarte la Mermelada, hija. Vale más la dulcísima mariposa de tu letrina que el placer de mi muerte.***

Nos quedamos muy callados. Y recién cuando traje la segunda botella de la heladera me animé a reclamarle al detective que fundamentara con precisión su teoría sobre el eje central de mi cronotopo. El hombrecito llenó los vasos y casi canturreó:

-El trabajo del Ejército de las Gárgolas Fiscalizadoras amparadas por el Jehová precristiano y Yemanjá del Mar Dulce se desarrolla en dos frentes complementarios (aunque muy desconcertantemente barajados, of course). Puerta 2: **usted mismo** (acusado por el medusón invasor) pone a prueba a Manolo y él lo desencajona de la muerte-en-París-con-aguacero, emponchándolo con el OJO de María Carmen Portela. Puertas 6 / 8 y 11: aparece Ray de Deus (sosías espiritual de la Gárgola parisina) poniendo a prueba a Manolo, a Mozart y a Álvaro Pierri. Puerta 5: Tomatito se infiltra en Solís y desafía a Manolo con un bromazo olímpico. Puertas 7 / 1 / 3 / 4 y 9: Tomatito roba el retrato de la guazú-virá y desafía a Manolo y al General con lobizones carreteros presagios lacrimales fantasmagorías fabinianas y sirenas del Mataojo. Lo difícil en estos casos fue entender que el personaje operaba con una **retroactividad narrativa no prevista del todo por usted.**

-¿Y en la puerta 10 qué pasa? -lo pican después de retener un gran trago de plata bajo la lengua.

*-Ahí aparece **ella** -hace la clásica seña del auto-stop Isabelino Pena. -La maja de los porros.*

-Perdón -interrumpe Marmeládov. -¿Pero esa contrahechura novelesca no raya en lo churrigueresco?

-Puede ser. Y con toques de churriguerismo a la rusa, además -se incorpora el detective, y le mete una mano en el busto a la vieja (que se deja escarbar con dignidad) y termina por sacar el retrato que Manolo le grafitó a la sobrina de la Pito de Oro.

-Aquí está el tesoro -bufa. -El grafito utilizado por Tomate De Deus (alias la Mermelada) para conjurar a Yemanjá y orinarle la vida a Manuel Espínola Gómez. Su amado. Y AQUÍ ESTÁ EL TRAVESTIDO MALIGNO CRIOLLO QUE NOS ROMPE LOS COCOS POR TELÉFONO. EL HIJO DE PERRA. AQUÍ. AQUÍ SENTADO FRENTE A NOSOTROS. Y acabo de entenderlo gracias al testimonio del primer encuentro que tuvo con ella, ilustre consejero.

Entonces la Mermelada / Tomate De Deus empieza a dejar caer mansas estrías de llanto que se coagulan como pecas boreales debajo de sus lentes, y tengo la certeza (por primera vez en mi vida) de que el mal no es eterno.

-Por fin me descubrieron -dice al rato, muy erguida. -Sientesé, detective. S'il vous plaît. Ya no ataco.

Isabelino Pena se acomoda el panamá y se guarda el grafito en el bolsillo interior del saco.

-El problema principal fue haberme acostumbrado desde tan chico a disfrazar la desesperación con vineta -demora en agregar el Maligno Criollo. -Y el segundo fue haberme enamorado (después que murió Chapete y volvimos a Solís) del polifocalístico. Aunque ni siquiera sé si soy un travesti vocacional. Lo que sé es que empecé a vestirme de mujer recién cuando entendí que aquí en el socialismo TODO ESTÁ DISFRAZADO. Es mucho peor que allá. Allá los marginales que se fajan para eyacular CULTURA INVESTIGATIVA sueñan a la intemperie. Pero son segregados del palacio con más delicadeza. Pobre viejo Bajtin: ningún genio tan grande como él fue obligado a comer tanta mierda burocrática. Ninguno. Estoy seguro. Ni Sócrates. Ni Van Gogh. Ni Cervantes. Ni Mozart.

Y de golpe nos encandila una especie de implosión meteórica revoloteante y escuchamos berrear a Marmeládov, transformado en un cuervo de ojos celestes:

-Las gargolitas / las gargolitas / siempre nos van a mear / mientras no reine / mientras no reine / la belleza principal.

*Entonces la Mermelada / Tomate De Deus levanta los lentes para que contemplemos la triplicación insolada de la **PAX** rebrillando en el humo de sus pupilas y nos informa:*

-Resucité, muchachos. Yo también vi el logotipo en el hibernadero. Y ahora voy a tratar de sobrevivir de vuelo junto con Marmeládov. Pero quiero advertirles que mi última maldad fue pedirle a Yemanjá que le robara al ángel del museo de Manolo la paloma invisible. Así que van a tener que seguirla peleando allá en Montevideo. Quevachaché. Espero que me perdonen. Y saludos al Viejo.

Después de trasmuta en cuervo y se escapan por la ventana con el consejero, para que terminemos de emborracharnos escuchando disminuir las pedorreras de la avenida Kutuzov.

TÚNEL FINAL: INTERMEZZO GIOCOSO

1

Primer brazo

El túnel comunica directamente con el Paso Molino, donde viví hasta los 5 años. La calle Valentín Gómez muere en un Prado transfigurado que recuerda el paisaje de La anunciación de Leonardo. El liceo Bauzá no existe, aunque la iglesia de las Carmelitas se recorta con una estremeciente mansedumbre amarilla sobre el raso lunar. Y en la ventana del altillo del caserón natal arde un azul sin fondo.

Todas las Tardebuenas mi padre vaciaba el comedor y armaba un gran pesebre con arena y piedrones que acarreaaba desde el Prado ayudado por mi abuelo materno, capataz de albañil. De noche abrían los postigos y el balcón se transformaba en un palco para el barrio.

Hoy no hay nadie en la calle. La luz del comedor se proyecta sobre el empedrado y la vereda de enfrente con sólida humildad, y encima del balcón vigila una paloma.

Torres-García y Manolo tomaban café en un rincón vacío del comedor.

-Giovanetti era el hombre de la cuadra que pensaba por todos -dijo don Joaquín, observando un ciervito blanco que corría entre las piedras. -¿Qué le parece si sacamos ese juguete, Espínola? Desentona con lo áureo.

-NOOOO -sacudió una trompa escandalizada Manolo. -Discúlpeme, maestro. Pero acá hay un testimonio de la más DURA HISTORIA (hoy tan desguazada por estos desmadrados tiempos modernos) que no tiene **ningún desperdicio**. Dejeló. Hágame caso.

-Bueno, pero no me llame maestro. Y no se olvide que la TRADICIÓN ÁUREA es la HISTORIA ANGULAR. No hay dureza más básica que la que nos religa con lo INVISIBLE, Cristo.

-¿Y entonces por qué nombra a Cristo? -se erizaron las cejas de Manolo. -¿Cristo era invisible, acaso? ¿O acaso usted es un obrador plástico que se disfraza de predicador cuando nos muestra esos inquilinatos de Mondrian más inhumanamente llenos de monigotes que un talud del Estadio?

Entonces Torres-García estiró un brazo hacia el ciervito con ojos asesinos y Manolo lo frenó jadeando:

-¿Pero cómo puede ser que el hombre que pintó *La colada* y fundó LA SERENIDAD CÓSMICA DEL TIEMPO DEFINITIVAMENTE DETENIDO en la vida uruguaya se las agarre con una VOLUTA DE ARGAMASA OBRERADA que es MISTERIO HORADADO, carajo? ¿Estamos todos locos?

-No hay espíritu visible -gruñó Torres-García, y yo me acordé de Tolstoi.

Pero en ese momento la paloma sobrevoló el pesebre para posarse en la cabeza blanca de don Joaquín y Manolo sentenció:

-Cuando PODAMOS DESFONDAR TODO EL MISTERIO con la misma certeza con la que ahora estamos VIENDO a esa paloma va a acabarse la muerte.

-¿De qué paloma me habla? -sonrió Torres-García, crispando el entrecejo.

La puerta de calle está abierta y en el zaguán me encuentro con el esqueleto de mi madre, que viene a traerles más café a los maestros.

-Estamos enterrando el corazón de tu padre -murmura. -¿No vas a darme un beso?

Del esqueleto sobresalen tres rosas frescas y erectas.

-Habría que perdonarse -trato de sonreír.

Mi madre se arranca una corola-pecho para secar la viscosidad que me hiela la frente y siento que ya no hay Gárgola sobre su calavera. Entonces me arrodillo a besarle la rosa esencial.

Seguí avanzando solo.

-

En el gran comedor diario con claraboyas veo el esqueleto de mi abuela materna despatarrado en su sillón de hamaca. Me doy cuenta que duerme (y que sueña) porque adentro le llovizna una constelación de jazmines del país campesinos y previos al egoísmo perverso. La saludo con un brazo.

Torcí hacia la cocina.

Mi abuelo materno devora calmosamente una tortilla de papa y cebolla, tomando medio litro de vino tinto. En su interior hay un trasluz de templo enturbiado por el porlan. Y me dice:

*-Cuando se pone la última hilada de una pared bien hecha **parece que va a caerse porque oscila un poco. Pero así es cuando está bien.***

Le acaricio la boina y los húmeros le brillan.

En la pieza del fondo me encontré con Guillermo Fernández, acodado sobre la mesa donde las mujeres planchaban horrores por venir. Tenía los ojos muy ahuevados.

-Tu viejo era un amigo sin suplente -me dijo.

Y me señaló la escalerita que subía hacia el atillo.

Entro al denso cubículo azul como la noche que sobrevuela las Carmelitas, y la voz de mi padre murmura:

-Mucho cuidado.

No me animo a moverme, pero el altillo empieza a agrisarse con la ferocidad de una cámara de gas y él agrega:

-Hay una cosa peor que tu terribilitá neurótica y tu egocentrismo, hijo mío. Y es ese brazo izquierdo que se quiere morir. Te mata. Eso nos mata.

Y entonces oigo a Guillermo que se asoma a advertirme:

-Mirá por la ventana, Huguito. Rápido, que se va.

*Y en la tercera orilla de Valentín Gómez veo proyectarse una trasmutación del **Entierro del conde de Orgaz** emergiendo desde el ventanal donde los maestros velan el pesebre. La franja terrenal es una estructura-madre de hombres ortogonales que relanzan a mi padre hacia la eternidad. Y el resto es el revuelo de una más dimensión politextural / polifocal de muchedumbres mágicas donde puedo distinguir a mis abuelos paternos curvados bajo la cúpula-reino Ojos de Plata.*

Después prensé los párpados sintiendo que el brazo izquierdo se alegraba por todo, y el altillo amainó.

2

Segundo brazo

Manolo terminó de leer el diario y empezó a hacer firuletes con una birome sobre el reverso del ticket de la consumición.

Y de golpe te distrae el relámpago bermellón de un gallo solisense que aterriza en la vereda, cargando a dos jinetes. Felisberto Hernández y una Hortensia de minifalda y top

no demoran en entrar al boliche con paso procesional, y cuando lo invitás a sentarse en tu mesa el hombre se señala su único ojo y sonríe:

-No se asuste. El otro huevo frito me lo arrancó un caricaturista piadoso. Ahora sólo juno el valle de las fidelidades.

Lo ayudás a sentar a la muñeca-prostituta, y apenas ella empieza segregarse goterones que caen sobre tu brazo Felisberto pregunta:

¿Qué le pasó en el húmero derecho? Lo tiene medio muerto.

-A mí no me pasa nada -zamarreó los mofletes Manolo, reacomodándose. -Estoy viejo, nomás. ¿Qué se van a servir?

-Un chivito canadiense. Y un buen vino de Francia con mamadera aparte para que chupe Hortensia. ¿Y eso qué es? ¿Un boceto?

-No. Son rayas que hice por joder. De aburrido, nomás.

-¿Está pintando algo?

-Nada. Hace quince años que no pinto ni una puerta.

-¿Y el museo cómo marcha?

-De eso mejor ni hablar. ¿Y usted de dónde viene en un gallo de mi autoría, si se puede saber?

-Vengo del Intermezzo Giocoso. Es un hotel que queda en el caserío de *Alborada en las gargantas*. El Papalote precisaba una Hortensia para desempacar al General, que no quería seguir timbeando ni a ganchos.

Pero después que el mozo trae el vino de Francia no te animás a preguntar más nada. Felisberto te explica que la muñeca es muy moderna y puede cantar o llorar cuando a ella se le ocurre.

-Pero lo que tiene que tragarse lo decide el usuario -especificaste, irritado.

Felisberto no contesta. La Hortensia tiene pechos de cierva y te sigue escrutando fijamente el brazo derecho. Y al terminar la mamadera canta con voz de yuyo:

-Qué verano me robó / las glicinas de la infancia / con qué viento se voló / el trasluz de su fragancia.

El hombre se cuelga una servilleta y espera la comida frotándose las manos. Y apenas el chivito ilumina la mesa ella vuelve a cantar:

-Y qué lluvia deshojó / mis amores inocentes / y qué llanto se llevó / mis ojos adolescentes. / Qué ladrón desenjauló / a mis pájaros ausentes.

-Qué lo tiró. Me hizo acordar al crucifijo estelar que sobrevuela los estilos de Amalia de la Vega -aplaudís, lacrimoso.

-Lo malo es que el canadiense se me haya puesto tan triste -protesta Felisberto. -Mire la palidez de esta pobre panceta. Pero a caballo regalado no se le vicha el alma.

Y cuando los acompañás hasta la vereda notás que Dieciocho de Julio es como una foto en blanco, gris y negro -igual que los árboles de “Sonoras siestas lejaneras”- enfrentada a la granulosis clarinante del gallo. Y sentís que tu brazo derecho tiene ganas de seguir firuleteando hasta el amanecer.

DOS MESES después Manolo estaba en el bar de enfrente terminando una cincuentena de composiciones abstractas -que trabajó con distintas biromes, lápiz y marcador amarillo sobre el reverso de una satinadísimas recetas de cocina- cuando vio aterrizar el gallo.

La cola del vestido de la Hortensia permanece flotando unos segundos como la signatura surreal de un cometa, antes de derramarse sobre el hormigón. Y esta vez Felisberto la hace entrar al boliche con una novelería de padrino que te conmueve.

-Buenas y santas -dice. -Parece que se largó a laburar al galope, nomás.

-Sí -resoplaste. -Anduvo la cosa. Se ve que tenía el chorro apretado con la pata y explotó de repente. Y además encontré un mecanismo de impresión para ampliar los originales y fijar inmediatamente el color de las biromes, que tiende a debilitarse con el tiempo. Nunca pensé que pudiera servir para nada el trazo uniforme de los bolígrafos. Pero sientesé y cuente, carajo: ¿a usted cómo le fue en el Intermezzo Giocoso? Si se puede saber, por supuesto.

Entonces Felisberto acomoda en una silla a la Hortensia entulada y murmura con voz de sinvergüenza (aunque el ojo-huevo frito se le disloca enternecidamente):

-¿Sabe que me gustaría probar un canadiense de este boliche? A lo mejor no llora cuando cante la novia.

-¿Así que el Papalote precisaba a la Hortensia para eso y chau pinela? -se contorsionó Manolo, reclamándole otro helado al mozo.

-Y no es poco, aparcero -sentenció Felisberto. -Mire que muchas veces lo que parece un vicio es la forma de serle fiel a la crema escondida de nuestra luna. Aunque nadie lo entienda.

-En eso estoy de acuerdo. Pero lo que yo no termino de entender es qué tenía de extraordinario lo que le hacía el negro a la Hortensia, al final. ¿La masturbaba y listo?

-No. No la masturbaba. La casaba con el Gerente General del Universo: esperaba que yo tocara el Andante del Concierto N° 21 de Mozart en el piano y se ponía a acariciarle la patria triste, recitando una lira de San Juan de la Cruz.

-Eso ya me lo dijo. Está bien: vamos a suponer que el Papalote le acariciara el dulce de leche escondido de la vulva (o la casara con el Gerente General del Universo, como quieran ustedes) y semejante rito **pudiera no considerarse una masturbación**. ¿Pero qué tiene que ver mi viejo con este sainete?

-Déjeme terminar, don Polifocalístico.

-Lo que pasa es que usted da más vueltas que Ciocca en pedo, hermano. Y conste que yo considero que el fútbol es la expresión cultural más formidablemente barroca que dio el Río de la Plata (sobre todo el recostado a nuestra orilla).

-Es que a mí hasta las plantas me crecen haciendo moñas.

-Bueno, pero desembuche más rápido. O no pago la cuenta y van presos los dos: usted y la Hortensia. Y yo me guardo el gallo, qué joder.

Entonces el hombre desliza una guinda del helado en la boca de la muñeca y cuenta que aquella noche llovió tanto que apenas se oía el piano. Y que el General terminó por chamuscar una palma bendecida para que las coces de los truenos no rompieran la puerta del hotelito.

*-Y cuando amaneció descubrimos a la Hortensia vestida así de novia, cantando entre unos árboles que parecían uvas planetarias al sol -se entusiasma Felisberto. -Fue una cosa de locos. Y al rato el General desafía al Papalote a jugar al gofo y me explica, desahogado: **Ahora que veo esta gloria estoy segurísimo de que al brazo derecho del***

garbanzo le debe haber llegado la pulsación que no pudo recogerme antes que yo me muera. La andaría precisando pa cuerpear la ingratitud de los dueños del mundo. Pobrecito.

TÚNEL FINAL: INTERMEZZO GIOCOSO

3

Primera carambola

Acabábamos de entrar por turno al túnel final: a mí me había tocado viajar al Paso Molino y recuperar la fuerza del brazo izquierdo para hacerla una especie de transfusión-trasplante al Jesús puntaesteño. Y funcionó enseguida. Ahora veíamos a Manolo despedir a Felisberto y a la Hortensia con el brazo derecho recauchutado, y cuando se apagó el destellador que irradiaba los viajes laberínticos el detective chistó con sequedad de tahúr:

-Descónfio, doña Yema.

-Coño -se sirvió más caballito la diosa. -Estos intelectuales no creen ni en Maracaná. Vas a ver que cuando aparezca el superchoma se terminó el desastre.

-Bueno, pero tenga la delicadeza de echarnos nafta a todos -rezongó Isabelino Pena, tropezándose con una máquina de escribir dinosaurica.

-Gracias, capitán -dije, frente al chorro de oro curvado sobre mi vaso. -Le puedo asegurar que usted conoce las penurias de Nuestra Señora la Celeste tanto como el Negrazo Jefe.

-Se cagó la comparsa: el paladín de la justicia ya está medio mamado. PERO SILENCIO TODO EL MUNDO, QUE AHÍ SALE MANOLETE!!!! -puso a hacer equilibrio el vaso sobre su gigantesco escote Yemanjá del Mar Dulce.

Manolo emerge del túnel contoneándose pero todos observamos al ángel de ceguera fosforecente que agoniza sentado bajo las cañerías: ahora tiene un brazo resurrecto (gracias a mi via crucis) y en posición de sostener la paloma robada. Entonces Manolo se le acerca sin soltar la carpeta donde guarda los biromazos y se frota el otro húmero con suavidad, hasta que el guardián del ORO muestra sus dientes verdes y su mano derecha se alza desde la mugre pero parece no encontrar nada -ni siquiera invisible-. para acariciar.

-Tranquilo, ángel. Tranquilo -se incorporó eléctricamente el detective. -Después que la quedaste **por ser vos mismo** el Padre no te abandona ni aunque te haya tocado vivir en el Uruguay.

Nos miramos con Manolo.

-¿Y ustedes qué se creían? -carcajeó Yemanjá con ruindad cabaretera. -¿Yo dije en algún momento **que la paloma iba a aparecer si le recauchutaban los brazos al tilingo**? ¿Dije así? ¿O les batí **que tenían que tenían que recauchutarle los brazos al tilingo para que la paloma apareciera**, per-fe-ti-si-mos i-nectos?

-Eco -apoyó el vaso en el suelo Isabelino Pena, y escarbó en su pantalón de dril para desapelotonar por centésima vez un pañuelo brumoso. -Falta una carambola, todavía. Ahora falta liberar al NUEVO EÓN que el Maligno Criollo mandó encerrar adentro de la caja fuerte. Y ahí se acabó la joda.

El hombrecito se interrumpió para descerrajar un tableteo de estornudos que divirtieron hasta el llanto a la diosa y después sacó el retrato de la infanta solisense y jadeó:

-Ahora soy yo el que cierra los ojos y pide que pongas a prueba a Álvaro Pierri, madre del mundo. Rápido. Mirá que ya tenemos los kinotos atragantados de cuerpear tus fiscales.

Nos volvimos a mirar con Manolo.

Y en un chasquear de dedos vemos aparecer a Álvaro corriendo por el túnel: usa frac y lleva la guitarra en la mano, y al enfrentarse al cachivacherío del sótano se ordena la melena ya canosa y sonríe:

-Opa, vo. ¿Qué es este despelote?

*-El subsuelo del futuro **Museo Espínola Gómez** -le explica el detective. -Lo que necesitamos es que toques la “Canción del ladrón”. Nada más.*

-Okey -informa Álvaro, escrutando como un espectador de ping-pong a la diosa del mar y al Jesús puntaesteño. -Mientras pueda seguir actuando en Salzburgo dentro de diez minutos no hay problema ninguno.

-Te sobra el tiempo.

-¿Y qué onda? ¿Toco de parado, nomás?

-De parado es gustoso -se seca los corpúsculos de nácar Yemanjá, revoleando la lengua. -Apoyá el pie en la escalera como los payadores, mijito. Y chapás lo que tenés que chaparle a la cueva y topún: listo el polvo.

*Entonces escuchamos la canción catalana arreglada por Llobet y en cuestión de segundos vemos a Ojos de Plata salir de la caja fuerte a través de la pared: ahora no tiene sexo definido, y flota floralmente sobre el hilo melódico con **la más dimensión palomar** en la mano. Y cuando el crucificado recupera el perfil ya visible del ORO y empieza a acariciarlo el sótano se inunda de una PAX mozartiana y nos evaporamos.*

Estábamos cenando ñoquis caseros en el club de billar Los Charrúas y el Viejo preguntó:

-¿Y vos cómo adivinaste que yo había tenido una pesadilla con alguien que estaba **preso de verdad** ahí adentro?

-Porque *algo* nos ayuda -retrucó el detective, contrabandeándome una seña del dos. -¿Vos acaso no adivinaste que la mejor de las calificaciones posibles para nuestra estadía terrena entre el pre-nacimiento y la vida eterna es la de **Intermezzo giocoso**?

Yo no les di mucha pelota porque estaba calculando si me alcanzaba para pedir otra jarra de rosado. Y recé mentalmente: *Suficiente será con que ganes tu sesgo de luz para la tribu.*

-Mirá: no me empecé a hinchar con los firuleteos teológicos -simuló fastidiarse Manolo. -**Intermezzo giocoso** es el nombre que lleva esta serie de divertimentos estacionada entre mis obras polifocalísticas y los próximos cuadros con aquel mismo enfoque. Y chau pinela, pibe.

-Mozo: arrime otra fonte, por favor -hice una seña, ya sintiéndome invenciblemente instalado en la heredad azul que construyó mi padre. -Quisiera que brindáramos por el avance de la Sacratísima Humanidad hacia la PERFECCIÓN DEL REINO, señores.

-Bueno. Voy a acompañarte a brindar con un dedido acostado -me cacheteó la calva Manolo. -Che, ¿y por qué no terminás el libro haciéndome perder de vista igual que Chaplin? A patacón por cuadra, nomás. Y aparte podés poner que me gustaría ir recitando la poesía más profunda y sencilla que se escribió en la historia del hombre: *Y tú Dios por quien todos vemos / y que ves las almas / dinos si todos un día / hemos de verte la cara.* Pero no vayas a poner Dios con minúscula como los batllistas cuadrados, loco. Mirá que el viejo Machado tenía vuelo de verdad.

-Ah: yo liquidaría el cronotopo brindando por esta última carambola -sugirió el detective.

-Hecho -me entusiasmé.

1993 / 98

SOBRE LA RETROSPECTIVA DE MANUEL ESPÍNOLA GÓMEZ EN EL MNAV, QUE SEGÚN HUGO GIOVANETTI VIOLA DEBIÓ LLAMARSE “EL MIRADOR ACUSANTE”

por MARTÍN SALABERRY

La única biografía “autorizada” que se ha publicado sobre el que hoy puede ser considerado como uno de los mayores plásticos americanos del siglo XX se titula *Los recovecos de Manuel Miguel / Desbocada reinención de la vida de Manuel Espínola Gómez* (Ediciones Caracol al Galope, Montevideo, 1999) y fue escrita entre 1993 y 1998 por Hugo Giovanetti Viola (bajo la severa vigilancia aprobatoria del biografiado) y presentada en la Galería Latina, donde en 1980 se había montado la legendaria primera retrospectiva del juglar solisense. La primera edición en soporte papel de esta extensa “especie de novela-ensayo-testimonio absolutamente no convencional” (según la definiera Saúl Ibargoyen en la revista mexicana *El Entrevero* en 2001) se agotó en poco tiempo y fue reeditada en formato WEB por el Montevideano Laboratorio de Artes en 2016, sumándosele ahora una nueva edición virtual aumentada que tendrá una difusión internacional “teledirigida”, como sucedió con otros títulos cardinales de la Biblioteca Hugo Giovanetti Viola: *Viaje al fin del miedo / Creer o reventar* en formato bilingüe (*Voyage au bout de la peur / Croire ou crever*), *Yo el Protector / Memorial personal de Pepe Artigas (en una doble versión escrita y de audiolibro)*, *Morir con Aparicio y Puro verso / poesía completa 1973-2021*. La presente entrevista también será incluida en esta tercera “excavación” en los subsuelos “no oficiales” de la durísima aventura existencial que sigue afrontando el maestro traicionado por la Toldería de Tontovideo al que le fue dedicado, en el centenario de su nacimiento, hasta un sello del correo, para maquillar mejor el despojo profundo.

¿Cuándo iniciaste la amistad que se fue volviendo tan fuerte como un vínculo de sangre con Manuel Espínola Gómez?

A Manolo lo conocí en el boliche que queda frente a El Gaucho, en abril de 1975. Yo había llegado de París en diciembre del 74, y esa tarde nos reunimos junto con Saúl

Ibargoyen, Juan Carlos Macedo, Tarik Carson, Laura Oreggioni y Ricardo Grasso para fundar una revista como herramienta de resistencia cultural a la dictadura, que ya se estaba poniendo negrísima. Durante los próximos meses, fuimos elaborando el primer número de aquella publicación que se iba a llamar *Palabra* en encuentros clandestinos realizados rotativamente en las casas de algunos integrantes y disfrazados de “tallarinadas festivas”, por ejemplo, aunque en plena clandestinidad, porque la pandemia fascista prohibía las “aglomeraciones” igual o peor que ahora. Me acuerdo que al terminar aquella primera juntada en el boliche de El Gaucho nos fuimos a cenar a un fondín con Saúl y Manolo, que nos habló de los “serenísimos paisajes geometrizados” que iba a exponer en la Galería Losada en noviembre, desbordando un entusiasmo tan contagioso que estuve a punto de preguntarle si no se podía pasar a verlos en el apartamento que él alquilaba en Avenida Brasil, pero no me animé.

Y ya en pleno invierno, después de una reunión en la casa de Macedo donde el Peludo me frotó dos o tres veces el poco pelo que me quedaba (y yo sentía que su manaza chistosa irradiaba una especie de amistad irreversible) me ofrecí a llevarlo hasta su casa en la camioneta de mi padre y él me “invitó” a comer en una parrillada-galpón que había frente al zoológico “siempre que yo pagara”. “Yo ando sin un peso” me explicó, con una picardía muy bonachona: “Pero apenas cobre la jubilación te devuelvo el importe”. Y mientras devorábamos unos chorizos y unas morcillas dulces que funcionaron como postre me explicó que lo que quería lograr con la muestra de noviembre era **una serenidad mozartiana para esperar a la muerte**. Y entonces me animé a pedirle que me mostrara los paisajes geometrizados. “Yo te los mostraría, pero el problema es que todavía no los pinté” me contestó sacudiendo la melena como un perro mojado: “Todo este asunto de la revista no me ha dejado concentrar, pero en cualquier momento les meto el diente”. Y de golpe entendí por qué alguna gente me había dicho que era un hombre medio loco, pero no le perdí la fe.

Cuando llegó la primavera mandamos componer el primer número de la revista “Palabra” con autorización del Ministerio de Cultura y después que recogimos las pruebas de galera para hacer la primera corrección el Ministerio del Interior secuestró los plomos (ya pagos) de la imprenta y nos quedamos sin publicación y sin plata, aparte de que Leonidas Spatakis -que figuraba como redactor responsable- fue interrogado durante horas en el Departamento 4 del Ejército. Ya estábamos a fines de setiembre, y apenas me enteré del desastre fui a avisarle a Manolo y me gritó que pasara y lo encontré parado (con el pecho desnudo y las elefantiásicas piernas entreabiertas igual que en un duelo a pistola del Far-West) frente a uno de los ocho cuadros polifocalistas (“Cierta regreso, cierta continuidad, cierto sueño”) descargando “pincelazos percutientes” y alcancé a ver otro de los paisajes terminado (“Más allá de nuestros días”) y tuve la erizante sensación de estar contemplando **un reino que trascendía al desasosiego de este mundo**. “Seguí tranquilo” murmuré, y volví a mi casa igual que si me hubiera zampado un hongo de los que le trastocaban el punto de encaje a Castaneda.

¿Cuál pensás que sería la mejor definición de la postura estética de Espínola Gómez?

Bueno, él dejó especificado con mucha claridad en sus escritos que no se suscribía a la clasificación epistemológica occidental (de neto corte cartesiano) que separa a los **científicos** y a los **artistas**, por ejemplo. Y se consideraba nada más que un **obrador investigativo**, ya sea pintando como remodelando espacios arquitectónicos o escribiendo poesía. Su objetivo era HORADAR EL MISTERIO HASTA RESTITUIRLE ALGO ASÍ COMO LA INMACULACIÓN DEL *IN ILLO TEMPORE*, porque consideraba que **no estamos hechos para ser felices** y que **mientras el misterio permaneciera totalmente inasible habría tristeza**.

En tu biografía hablás del “mirador cavante” que él fue ya desde niño, en su mítica infancia solisense.

Sí, eso está tomado del catálogo de la primera exposición polifocalista, donde Manolo explica que en su pueblo ya buscaba -entre otras cosas- *el descubrimiento, a través de “golpes afortunados de pupila -en realidad pupila gobernada-, de fisonomías frescas, no demasiado familiares, “incontaminadas” para obtener la “restitución” -de una parte al menos- del “misterio original”, en cierto modo perdido o manoseado.*

Una búsqueda que podríamos emparentar con la “persecución metafísica” que obsesiona al saxofonista de Cortázar.

Exacto. Porque en los dos casos nos encontramos frente a un EXÓTICO Y DESEQUILIBRANTE PERSEGUIDOR DEL ABSOLUTO: dos representantes del SEÑORÍO BARROCO AMERICANO DE DESTELLO GONGORINO Y SOTERRAMIENTO POPULAR que definiera indeleblemente Lezama Lima en las conferencias donde anunció la consolidación del rol libertario que le correspondía asumir al NUEVO MUNDO.

¿Y no pensás que ese absoluto también podría ser llamado Dios? Johnny Carter (el clon cortazariano de Charlie Parker) termina por reconocerlo.

Bueno, siempre hay que tener mucho cuidado con esa palabra. Porque en el libro de Jorge Abbondanza que editó Galería Latina, Manolo -que respetaba y valoraba mucho a las religiones en su rol de “sostén civilizatorio”- la caricaturiza satíricamente diciendo que un eventual DIOS sería, a lo sumo, una especie de GERENTE GENERAL DEL UNIVERSO. Y sin embargo aseguraba que el poema más profundo y sencillo que se había escrito en la historia del hombre es aquella cuarteta de Machado que reza: *Y tú Dios por quien todos vemos / y que ves las almas / dinos si todos un día / hemos de verte la cara.* Y el saxofonista de Cortázar acepta que ha vivido buscando (o persiguiendo) a Dios, pero en el cachetazo final que le encaja al crítico fariseico se desmarca de cualquier teología con ferocidad: *Sobre todo no acepto a tu Dios. No me vengas con eso, no te lo permito. Y si realmente está del otro lado de la puerta, maldito si me importa. No tiene ningún mérito pasar al otro lado porque él te abra la puerta. Desfondarla a patadas, eso sí. Romperla a puñetazos, eyacular contra la puerta, mear un día entero contra la puerta.*

Aquella vez en Nueva York yo creo que abrí la puerta con mi música, hasta que tuve que parar y entonces el maldito me la cerró en la cara nada más que porque no le he rezado nunca, porque no quiero saber nada con ese portero de librea, ese abridor de puertas a cambio de una propina.

Ahora me traslado a una zona de hielo frágil. ¿Qué fue lo que pasó al final con el inconcluso Museo Espínola Gómez de la calle Paraguay, entre Canelones y Maldonado?

Pa, Este tema me hace sentir tan penosamente identificado con Barteby que la mejor respuesta sería: “Preferiría no tener que contarlo”.

Pero vos no estás tan loco como el personaje de Melville. Y en Tontovideo estamos cansados de esconder la verdad abajo de la alfombra (empezando por la endémica falta de profundidad con la que se sigue estudiando la epopeya artiguista).

Tenés razón. Me acuerdo que cuando empecé a escribir “Los recovecos de Manuel Miguel” el Peludo empezó a llamarme “mi sepulturero”. Porque lo que él pretendía era que yo, a partir de la base de su historia “verídica” le inventara OTRA VIDA. Y en esa *otra vida* era inevitable caer en el espinoso tema de la concreción de su museo personal con el que siguió soñando hasta cerca de 2000.

Y vos terminaste haciéndolo dialogar ucrónicamente con Mozart, Bajtin, Tolstoi, Dostoievski y tutti quanti. Mirá si se te ocurría engancharlo con el Rey Lagarto hasta hacerlo volverse un tejedor “de nidos mojados de pelo y piel” o con el estrabismo místico de Patti Smith.

En ese libro podía entrar cualquiera, siempre que hubiera “loqueo” fructífero. Esa era la consigna estética de Manolo: lograr, a través de SÍMBOLOS IRRACIONALES DE VALOR COGNITIVO TAN VEROSÍMIL COMO LOS HALLAZGOS DEL FISICALISMO (y en esto coincidía totalmente con Jung), **el desmantelamiento de la carcelaria corrección positivista que nos exige el establishment y bucear en el inconsciente hasta obtener lo que él llamaba BIOPSIAS DEL TEJIDO IMAGINATIVO.** Pero eso me fue exigiendo pararme en los pedales (fue un libro tan terriblemente difícil de SOÑAR Y ESTRUCTURAR que me quedé trancado varias veces y él me toreaba haciéndose el canchero: “Pa mí que vos no vas a terminar nunca ese cronotopo, sotype”) **hasta desembocar levantándole el velo a la ignorada historia de su museo inconcluso.** Y a pesar de que me fue controlando capítulo por capítulo y letra por letra (me tachó un montón de cosas) **permitió que lo hiciera aparecer diciendo que la cultura de este país siempre estuvo dirigida y manipulada por CRIMINALES (incluidas las universidades, a las que les llamaba STUDS).** Y pienso que era por eso que me llamaba mi “sepulturero”: porque lo iba dejar tan escrachado como al mismísimo Imperator que nos lapidó llamándonos la “Toldería de Tontovideo”.

Lapidación que el establishment no le perdonó nunca a Julio Herrera y Reissig.

Además de condenarlo al “ninguneo maquillado por honores oficiales” que se le siguen concediendo para llenar el ojo. Y lo más espantoso es que lo hayan despedido frente al panteón nacional para hacerle creer a la gente a través de una fotografía que le iban a conceder por lo menos el reconocimiento de alojarlo en nuestro “Olimpo Fúnebre”. Pero cuando García Lorca vino en el 34 y le pidió a Amorim para leer en el cementerio un soneto “herreriano” que le había escrito al “maestro de maestros iberoamericanos”, hubo que explicarle que el destrato pos-mortem con el que se lo humilló fue tan eficaz que no sabremos nunca donde está enterrado.

¿Y vos en qué momento conociste el local del futuro museo?

Yo me reencontré con Manolo en el 90, después de años de no vernos. Y cuando Carlos Marchesi me ofreció desempeñar la Jefatura de Redacción de la revista “Proyección” me ofrecí a pedirle a Espínola un diseño para la tapa. Lo encontré en el boliche de turno (que en ese momento era “el de la pared caliente”, en la esquina de Paraguay y Mercedes) y en un par de semanas me llevó a conocer el gigantesco local que había pertenecido a ASSE y que durante la primera administración de Sanguinetti le fue concedido en comodato por treinta años. El proyecto estaba muy avanzado, y en el entresuelo de la primera planta se había construido un apartamento completo donde él vivía soñando y esperando que quedara terminado el museo. Yo nunca supe si hubo un canje o algo por el estilo, pero Manolo (que siempre fue poco prolífico) había donado casi treinta de sus obras grandes al Estado, y lo único que le importaba era dejarle a su país aquella especie de “fortaleza plástica”. Pero cambiaron los gobiernos y la poca plata que se necesitaba no apareció nunca, hasta que durante la administración de Mujica un mandamás posmoderno del Ministerio de Cultura, Hugo Achugar, se apoderó del local argumentando que un Inspector había informado que el tránsito de camiones por la calle Paraguay era perjudicial para la conservación de obras pictóricas y Chau Pinela, diría Manolo. Nos robaron el museo. Magalí Sánchez asistió a la reunión donde el Inspector (que era el yerno del Ministro Erlich) expuso aquel disparatadísimo informe y cuando ella argumentó que a esa altura de la calle Paraguay nunca pasaban camiones de carga se dio cuenta de que la habían invitado a un baile *sin derecho a protestar*, como dice Rubito Lena en la polca *De cojinillo*.

No entiendo. ¿Por qué decís “nos robaron”?

Porque los encargados de custodiar la obra de Manolo éramos cuatro albaceas nombrados por él (que asumimos jurídicamente, papel sellado mediante, la custodia de la heredad espinoliana): la tapicista Magalí Sánchez, la cineasta Ximena Oyanedel, el arquitecto Mariano Arana y un servidor. Pero el problema de fondo es que a partir de 2003, cuando faltó Manolo, nunca se consiguió dinero para el mantenimiento de un edificio que se inundaba a cada rato y necesitaba una urgente refacción en la azotea. El lugar igual siguió

funcionando muy precariamente con el nombre de Fundación Espínola Gómez, y me acuerdo que en 2010 exhibimos una *avant-première* montevideana del cortometraje *Esto lo aprendí de Onetti* (estrenado en una edición del Festival de Cine del Mar montada en el hotel Conrad), que guioné a partir de unos de mis relatos breves y dirigió Álvaro Moure Clouzet. Pero pocos años después kaput: hubo que disolver la Fundación y entregar las obras al MNAV (en un perfecto estado, porque los cuadros eran revisados, rotados de posición y refrescados cada seis meses) para que se salvaran. Todo ese material fue recibido por Enrique Aguerre en presencia de escribanos del MEC. Hasta que en la siguiente administración (la de Vázquez) aquel hermoso local por el cual yo vi llorar una noche al Viejo pasó a llamarse de golpe *Espacio Espínola Gómez* y a albergar oficinas ministeriales donde se tramitaban los Fondos Concursables.

Pero tengo entendido que también se exponían algunas obras de Espínola Gómez.

Sí, eso fue producto de un verticalazo de la Ministra María Julia Muñoz, una pintoresca dama de mano dura para los conflictos salariales (los gremios de la enseñanza la recuerdan muy bien) y una envidiable agilidad para candombear en las Llamadas. El problema es que la doctora Muñoz, que es especialista en enfermedades infecciosas y epidemiología, no tenía la suficiente cultura sanitaria para prever que las obras que se expusieran en aquel lugar lleno de polvo y agredido muchas horas por el sol vespertino se podían deteriorar. Uno de los más impactantes cuadros polifocalistas, por ejemplo, *Más allá de nuestros días*, cuelga en este momento en el Museo del Parque Rodó sin haber sido reparado. Y algunas de las famosas *Interrupciones* (conocidas en el ambiente plástico como *Persianas*) tuvieron que ser restauradas por Magalí Sánchez antes de la entrega del acervo. ¡Y estaban colgadas a cinco metros de altura porque en el Ministerio no disponían ni siquiera de un guardia! ¡Pero además Hugo Achugar, Erlich y su yerno tuvieron que aceptar que por la calle Paraguay no pasaban camiones de carga! Lo triste es que es gracioso.

¿Y a quién se le encargó la curaduría de esas obras?

A Enrique Aguerre, un hombre de innegable eficacia y conocimientos al que le debe haber sido imposible desobedecer a la Ministra de Hierro. Pero lo que uno se pregunta es quién fue que el que realmente inventó esa “tapadera con cola de paja”, porque no creo que la tramoya se le haya ocurrido a María Julia Muñoz. Es un acto criminal demasiado sutil, típico del maquiavelismo cobarde de los burócratas que actúan detrás de esa clase de cortinados donde Hamlet tenía que clavar la espada a ciegas.

El día de la inauguración de la excepcional retrospectiva que se le está dedicando en este momento a Manuel Espínola Gómez, concurrí a primera hora (porque a mí, uno de los albaceas y único biógrafo del homenajeado, no me invitó nadie ni me avisó que esa noche iba a haber un festejo adonde concurrirían las máximas autoridades nacionales) y cuando nos saludamos chocando pandémicamente los puños con el curador Oscar Larroca, me identifiqué como el autor de la biografía de Espínola Gómez y él sonrió forzosamente: “¿Qué biografía?”. Yo lo dejé pasar, como suele decir Philip Marlowe, y después de un

rato lo felicité por la prolijidad del homenaje (que Manolo no hubiera aprobado, sin embargo, porque como se demostró en la maravillosa retrospectiva realizada en el SUBTE en 2000, prefería el ordenamiento *imprevisiblemente diacrónico* de sus obras, al punto que la responsable oficial del espacio, Alicia Haber, hizo público su desacuerdo con aquel montaje “incorrecto”) y de golpe le pregunté: “¿Y cuando termine esta exposición toda esto va a ir va a parar al sótano el Museo?”. “Por supuesto” me contestó Larroca, que daba la impresión de sentirse el artífice más importante de aquella explosión de depuraciones transpirada por Manolo a lo largo de medio siglo: “Pertenece al Estado”.

¿Y no le preguntaste si estaba al tanto de toda la maniobra que terminó por sepultar al mismísimo museo?

Sí, pero a Larroca se le oscureció mucho la mirada y murmuró, ayudándose a desbloquear la desvergüenza con el tapabocas: “Bueno, sobre ese asunto sé algunas cosas de las que ni siquiera quiero hablar”. Y yo me fui pensando que la fastuosa exposición conmemorativa se parecía al mausoleo que le dedicó el Ejército fascista al más despreciado de los orientales, por lo que tendría que haberse llamado por lo menos “EL MIRADOR ACUSANTE”. Y ya que hemos nombrado el coraje de Federico cuando se hizo llevar al Cementerio Central a leer frente a cualquier tumba el soneto dedicado al Imperator, creo que vale la pena terminar esta entrevista que “preferiría no haber contestado” citando los versos más impresionantes de *Oficina y denuncia* (y dedicárselos a los Ministerios de Cultura de todas las banderías que terminaron por robarle a Espínola Gómez su sueño más amado): *Óxido, fermento, tierra estremecida. / Tierra tú misma que nadas por los números de la oficina. / ¿Qué voy a hacer? ¿Ordenar los paisajes? / ¿Ordenar los amores que luego son fotografías, / que luego son pedazos de madera / y bocanadas de sangre? / San Ignacio de Loyola / asesinó un pequeño conejo / y todavía sus labios gimen / por las torres de las iglesias. / No, no, no, no; yo denuncio.*

